

## CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Gabriel García Márquez, 1967

En 1964, García Márquez dijo a su amigo Álvaro Mutis: «No volveré a escribir nunca más.» Llevaba una mala racha de cuatro años sin conseguir publicar una sola obra literaria. Un día se fue de vacaciones con su mujer y sus dos hijos. En el camino descubrió que era capaz de recitar palabra por palabra el libro que había querido escribir desde que tenía quince años. Regresó a casa y se encerró en su despacho para trabajar ocho horas diarias en una historia sobre la dinastía de los Buendía. Dieciocho meses después, cuando las deudas de la familia ascendían a casi un millón y medio de pesetas, envió a una editorial el manuscrito de *Cien años de soledad*.

«Cuando escribí mis cinco primeros libros, siempre tuve la sensación de que faltaba algo, pero no sabía el qué. Sólo sabía que quería escribir un libro en el que pasase de todo. Me había dado cuenta de que las cosas más fantásticas y sobrenaturales pasan en la vida real en las islas del Caribe. Así que llegué a la conclusión de que si mi abuela me había contado esas historias y yo me las había creído, ¿por qué no escribir de la misma manera?». El primer libro que había leído era *Las mil y una noches*. «Pensé: ¿Por qué no tienes el valor de escribir así. Allí volaban alfombras y la gente se lo creía. Yo no puedo escribir sobre alfombras, porque en mi pueblo no hay alfombras, pero hay esteras de paja. Así que las esteras de paja vuelan y también volará la gente.»

La primera edición se agotó en cuestión de días. Se vendieron millones de copias del libro y se tradujo a docenas de idiomas. Sin embargo, cuando en la década de los setenta le preguntaron cuál era su libro favorito, respondió que *El otoño del patriarca*; en los ochenta, *Crónica de una muerte anunciada* y en los noventa, *El amor en los tiempos del cólera*: «Ése es el mejor, ése es el libro que escribí desde mis entrañas.»

Entrevista por Saguy Green, El País 5/05/96

«Originalmente, iba a ocurrir todo dentro de la casa, y por eso pensé que se iba a llamar *La casa*. Pero rápidamente me di cuenta de que eso no era posible, pero sí no sale de Macondo. Por que si es cierto que el coronel Buendía se va a hacer sus guerras en Centroamérica, el relato no sale de Macondo. Llegan las noticias, pero el punto de vista está siempre en Macondo. Esa era la novela que yo quería escribir cuando quería que fuera una novela donde todo sucediera. [Pero] ese no es mi libro. Mi libro es *El amor en los tiempos del cólera*. Ese es el libro que va a quedar. *Cien años de soledad* es un libro mítico y yo no trato de disputarle ningún mérito. Pero *El amor en los tiempos del cólera* es un libro humano, con los pies sobre la tierra, de lo que somos nosotros de verdad».

Gabo. *La escritura embrujada*, vídeo

«*Cien años de soledad* es una obra revolucionaria, que abrió una etapa con la misma fuerza germinal de José Martí para el romanticismo hispanoamericano, de Rubén Darío para el modernismo de los altísimos poetas de los Andes, Vallejo y Neruda. Gabo es el brujo mayor de América: el más grande alquimista de la palabra, un inventor de fábulas arrancadas de la realidad misteriosa». Augusto Roa Bastos

García Márquez no permitió que *Cien años de soledad* se llevara al cine pese a que tuvo ofertas millonarias.

Miguel Ángel Asturias consideró que en *Cien años de soledad* García Márquez había plagiado *El señor Presidente*, escrito en 1946.

## ESTILO

- Lenguaje de gran riqueza, sencillez y precisión<sup>1</sup>.
- Desprecio por las leyes que rigen la materia: fantasía, exageración, sobrenaturalidad<sup>2</sup>.
- Fortaleza de la mujer frente al hombre.
- Omnipresencia de la muerte y del sexo.
- Absoluta liberalidad carnal, siempre erótica, nunca pornográfica.
- Recreación en lo repugnante: “con la piel reventada en eructos pestilentes y cocinándose a fuego lento en un espumoso y barboritante caldo de perlas vivas”<sup>3</sup>.
- Referencias literarias<sup>4</sup>.
- Descuidos y confusiones<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Tiestos de begonias, macetas de helechos, potes de orégano; creyó que su temeridad era diligencia, y que su codicia era abnegación y que su tozudez era perseverancia; cristianizar a circuncisos y gentiles, legalizar concubinarios y sacramentar moribundos.

<sup>2</sup> Entroncamientos consanguíneos que producen vástagos con cola de puerco (29); esteras voladoras, conducidas por un gitano, que surcan el cielo de Macondo como trenecitos turísticos para diversión de los niños (41); frascos vacíos tan pesados que no hay quién los mueva, cazuelas de agua que hierven sin fuego, canastillas que se pasean por el dormitorio llevando un bebé a bordo (45); un anciano de casi 200 años que ha derrotado al diablo tocando un acordeón que le regalaron allá por el año 1600 (62); una adolescente que cada noche se entrega a setenta hombres (63); un sacerdote que para levitar sólo necesita tomarse una taza de chocolate (95); un protomacho comparable al trueno y al sacudimiento sísmico, un ser sobrehumano de respiración volcánica y potencia ciclónica, capaz de dormir tres días seguidos, comerse dieciséis huevos crudos, vencer el pulso de cinco hombres simultáneos, arrancar de cuajo un mostrador que no pueden mover diez hombres y, por supuesto, exhibir una masculinidad inverosímil (103); milagros (135); cualidades sobrenaturales (139); un hilo de sangre capaz de abandonar el cadáver para recorrer todo el pueblo, girar curvas, sortear obstáculos y encontrar su destino (146); un cadáver cuyo olor a pólvora perdura durante años aunque lo hiervan, aunque lo entierren en un ataúd hermético reforzado con planchas de hierro (147); pájaros suicidas que atraviesan las alambreras de las ventanas (148); un hombre capaz de aumentar voluntariamente de peso hasta el punto de que siete hombres no pueden levantarlo (153); lloviznas de flores que atascan las puertas y sofocan a los animales (155); ollas de leche que se convierte en gusanos (195); gemelos comunicantes que saborean lo que el otro bebe (199); cuartos cerrados durante años en los que ni la tinta se seca ni el rescoldo se extingue (200); recuerdos hereditarios que permiten conocer lo no vivido (201); una mujer de ciento cuarenta y cinco años (419); obsesiones que perduran más allá de la muerte (436); profetas de sí mismos (442).

<sup>3</sup> En 1959 había escrito contra los novelistas de la violencia: “Pero acaso la misión del escritor en la tierra no sea ponerles los pelos de punta a sus semejantes”, (*Obra periodística*, p. 766).

<sup>4</sup> En el cuarto oloroso a espuma de coliflores hervidas donde había de morir Rocamadour (431). Fernanda sostiene que ha encontrado al hijo de Meme en una canastilla: «Si se lo creyeron a las Sagradas Escrituras, no sé por qué no habían de creérmelo a mí.» (318). El mismo argumento es empleado por García Márquez para defender su exposición de “las cosas más fantásticas y sobrenaturales. Si mi abuela me había contado esas historias y me las había creído, ¿por qué no escribir de la misma manera?”

<sup>5</sup> «Una vez iba de Barcelona a Ginebra en un tren. Llevaba *Cien años de soledad* para un amigo. Como se me acabó todo lo que llevaba para leer, empecé a hojear mi novela. Al instante agarré el lápiz y me puse a corregir. Cuando llegué a Ginebra tuve que comprar otro ejemplar para mi amigo». Todavía se lleva las manos a la cabeza al recordar sus olvidos, como cuando descubrió que no había detallado cómo Úrsula Iguarán va reduciéndose poco a poco hasta acabar en una cajita.» Carlos Arroyo Jiménez. *El País*, 31/12/2005

En la edición que comento, impresa en 1982, ya se describe el encogimiento de Úrsula, pero hay muchas otras faltas, incongruencias, confusiones temporales. Por ejemplo, cuando se narra la pérdida de virginidad de Aureliano:

1. Hasta la llegada de Amaranta Úrsula, Aureliano sólo ha salido de la casa en dos ocasiones.
2. Amaranta le da una asignación semanal y le obliga a buscar entretenimiento fuera de la casa.
3. Aureliano sale con asiduidad.
4. Conoce a la prostituta Nigromanta.
5. “Aunque algunas veces sintió la tentación, no se acostaba con ella. De modo que Aureliano seguía siendo virgen cuando Amaranta Úrsula regresó a Macondo” (408).

Esta afirmación sitúa la relación entre Aureliano y Nigromanta antes de la llegada de Amaranta, lo que resulta imposible porque, antes de llegar su tía, Aureliano sólo había salido de la casa dos veces. Más adelante, Márquez dice que los apuros económicos llevaron a Aureliano a vender trastos de la casa para pagar los servicios de Nigromanta. Tanto la penuria económica aludida como la venta de chismes sólo podrían corresponder a un tiempo anterior a la llegada de Amaranta: porque una de las primeras disposiciones de Amaranta es vaciar la casa de recuerdos y cosas inservibles y porque es gracias a la suma de dinero semanal que da a Aureliano que éste puede conocer a Nigromanta. Márquez crea aquí un bucle irresoluble.



EXTRACTOS DE “CIEN AÑOS DE SOLEDAD”  
(La numeración de las páginas corresponde a la edición de Orbis)

[Cap. 1]

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo [la aldea era visitada por una familia de gitanos, gobernada por Melquíades, que les mostraba un imán,] la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia (9) [o un catalejo,] último descubrimiento de los judíos de Ámsterdam, [mediante el cual] «Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de casa» (10). José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza (9) [compra al gitano sus prodigios y, con una lupa, construye un arma que debe inaugurar] la guerra solar (12).

[Mientras su familia se desloma para salir adelante, Buendía, que ahora tiene un astrolabio, una brújula y un sextante, se encierra en su gabinete, llegando por sí mismo a la conclusión de que la tierra es redonda. Admirado de su talento, Melquíades le regala un laboratorio de alquimia con el que Buendía destruye unas monedas de oro, herencia de su mujer (15). Descripción de Melquíades (13). El gitano exhibe en Macondo una dentadura postiza,] el más fabuloso hallazgo de los naciencenos, [que provoca en José Arcadio una nueva crisis de mal humor. «Ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como los burros» (16). [Descripción de José Arcadio y de Úrsula, su mujer (17).]

En su juventud, [José Arcadio Buendía] y sus hombres, con mujeres y niños y animales y toda clase de enseres domésticos, atravesaron la sierra buscando una salida al mar, y al cabo de veintiséis meses desistieron de la empresa y fundaron Macondo para no tener que emprender el camino de regreso (19). [Entonces, Macondo era] una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto (18).

De acuerdo con los cálculos de José Arcadio Buendía, la única posibilidad de contactar con la civilización era la ruta del norte (19). [El patriarca y algunos de sus hombres se ponen en camino, adentrándose en un bosque tan espeso que] el mundo se volvió triste para siempre. Durante una semana avanzaron como sonámbulos por un universo de pesadumbre, alumbrados apenas por una tenue reverberación de insectos luminosos y con los pulmones agobiados por un sofocante olor a sangre. No podían regresar, porque la trocha que iban abriendo a su paso se volvía a cerrar en poco tiempo, con una vegetación nueva que casi veían crecer ante sus ojos. [Al salir del bosque ven un galeón español] enclavado en un suelo de piedras (20). El hallazgo del galeón, indicio de la proximidad del mar, quebrantó el ímpetu de José Arcadio Buendía. -¡Carajo! Macondo está rodeado de agua por todas partes (...) Aquí nos vamos a pudrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia (21).

[El siguiente intento de abandonar Macondo tropezó con la firme resistencia de Úrsula.] –No nos iremos. Aquí nos quedamos porque aquí hemos tenido un hijo. - Todavía no tenemos un muerto. Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra. –Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me muero (22).

[José Arcadio Buendía tenía dos hijos.] José Arcadio, el mayor de los niños, había cumplido catorce años. Fue concebido y dado a luz durante la penosa travesía de la sierra, antes de la fundación de Macondo. [Macondo, por tanto, tiene entre trece y catorce años de existencia.] Aureliano, el primer ser humano que nació en Macondo, iba a cumplir seis años. [José Arcadio es fuerte y voluntarioso como su padre, pero carece de imaginación. Aureliano es sensible, «había llorado en el vientre de su madre», y tiene un don adivinatorio] (23-24).

[Úrsula pide a su marido que olvide sus veleidades y se ocupe de sus hijos.] José Arcadio Buendía tomó al pie de la letra las palabras de su mujer (23) [y] les enseñó a leer y escribir y a sacar cuentas, y les habló de las maravillas del mundo forzando a extremos increíbles su imaginación. Fue así como los niños [aprendieron] que era posible atravesar a pie el mar Egeo saltando de isla en isla hasta el puerto de Salónica (24).

Los gitanos una vez más llegaban a la aldea, pregonando el último y asombroso descubrimiento de los sabios de Memphis [un bloque de hielo]. Eran gitanos nuevos, hombres y mujeres jóvenes, ejemplares hermosos de piel aceitada y manos inteligentes, cuyos bailes y músicas sembraron en las calles un pánico de alborotada alegría (25). [El gitano Melquíades ha muerto.]

## [Cap. 2]

[Noticia de la bisabuela de Úrsula, que en el siglo XVI se abrasó el culo al sentarse en un fogón encendido, asustada por los cañonazos del pirata Drake durante el asalto a Riohacha. El bisabuelo de Úrsula, un comerciante aragonés, estableció con José Arcadio Buendía, criollo cultivador de tabaco] una sociedad tan productiva que en pocos años hicieron una fortuna. Varios siglos más tarde, el tataranieta del criollo se casó con la tataranieta del aragonés (28). Por eso, cada vez que Úrsula se salía de sus casillas con las locuras de su marido, saltaba por encima de trescientos años de casualidades (29). [Los vocablos “bisabuelo” y “tataranieta” deben ser entendidos como sinónimos de “antepasado”. Entre una mujer y su bisabuela sólo hay cuatro grados generacionales, que caben en un siglo; en el relato, en cambio, entre Úrsula y su bisabuela hay “trescientos años”.]

[José Arcadio y Úrsula] eran primos entre sí. Aunque su matrimonio era previsible desde que vinieron al mundo, cuando expresaron la voluntad de casarse sus propios parientes trataron de impedirlo. Tenían el temor de que pasaran por la vergüenza de engendrar iguanas. Y existía un precedente tremendo. Una tía de Úrsula, casada con un tío de José Arcadio, tuvo un hijo que nació y creció con una cola cartilaginosa en forma de tirabuzón y con una escobilla de pelos en la punta. Una cola que le costó la vida cuando un carnicero amigo le hizo el favor de cortársela con una hachuela de destazar. José Arcadio resolvió el problema con una sola frase: «No me importa tener cochinitos, siempre que puedan hablar» (29).

[Atemorizada por los presagios de su madre, Úrsula duerme con un pantalón de castidad, decisión respetada por su marido. Sin embargo, la falta de descendencia

del matrimonio hace correr habladurías sobre la virilidad de José Arcadio. Dieciocho meses después de la boda, un vecino lo afrenta y él le arroja una lanza: “con la misma dirección certera con que el primer Aureliano Buendía exterminó a los tigres de la región, le atravesó la garganta” con su lanza (30). [De nuevo habrá que establecer una sinonimia impropia entre el tigre asiático y cualquier tipo de pantera americana, como el jaguar, el puma o el ocelote]. Esa noche, José Arcadio desvirgó a Úrsula.] –Si has de parir iguanas, criaremos iguanas. Pero no habrá más muertos en este pueblo por culpa tuya.

[La mala conciencia hace que el muerto se les aparezca a Úrsula y José Arcadio, que en vano trata de ahuyentarlo. (31)] Fue así como emprendieron la travesía de la sierra. A los catorce meses, Úrsula dio a luz un hijo con todas las partes humanas. Después de casi dos años de travesía (...) vieron la vertiente occidental de la sierra (32). Pero nunca encontraron el mar. Después de varios meses de andar perdidos por entre los pantanos, acamparon a la orilla de un río pedregoso. José Arcadio soñó esa noche que en aquel lugar se levantaba una ciudad ruidosa con casas de paredes de espejo. Preguntó qué ciudad era aquella, y le contestaron con un nombre que nunca había oído, que no tenía significado alguno, pero que tuvo en el sueño una resonancia sobrenatural: Macondo. [Al día siguiente, empezaron a construir la aldea] (33).

El joven José Arcadio se convirtió en un adolescente monumental. Una noche, Úrsula entró en el cuarto cuando se quitaba la ropa para dormir [y se asustó al ver el tamaño de su miembro. Temiendo que fuera] algo tan desnaturalizado como la cola de cerdo de su primo [consultó a] una mujer alegre, deslenguada y provocativa, que ayudaba en los servicios domésticos (34). [Tras constatar las dimensiones, la mujer auguró gran felicidad al chico.] Días después, la mujer (...) le pidió que esa noche fuera a buscarla (35) [y el chico obedeció] (36).

[La mujer] se llamaba Pilar Ternera. Había formado parte del éxodo arrastrada por su familia para separarla del hombre que la violó a los catorce años y siguió amándola hasta los veintidós. Había perdido en la espera las fuerzas de los muslos, la dureza de los senos, el hábito de la ternura, pero conservaba intacta la locura del corazón. Trastornado por aquel juguete prodigioso, José Arcadio buscó su rastro todas las noches (37).

[Mientras tanto, su padre y su hermano logran recuperar el oro de Úrsula, gracias a un proceso de alquimia. Toda la aldea lo celebra. José Arcadio Buendía se lo enseña a su hijo mayor.] «¿Qué te parece?» «Mierda de perro.» Su padre le dio con el revés de la mano un violento golpe en la boca que le hizo saltar la sangre y las lágrimas (...) [Llevado del] rencor mordiente que sentía contra su padre, y la inminente posibilidad de amor desaforado, [hace a su hermano confidente de su relación con Pilar] (38). Muy pronto padecieron ambos la misma somnolencia, sintieron el mismo desprecio por la alquimia y la sabiduría de su padre, y se refugiaron en la soledad. [Úrsula tiene una hija, Amaranta.] Era liviana y acuosa como una lagartija, pero todas sus partes eran humanas (39).

[Los gitanos traen una alfombra voladora.] La gente desenterró sus últimos pedacitos de oro para disfrutar de un vuelo fugaz sobre las casas de la aldea (40). Una tarde se entusiasmaron los muchachos con la estera voladora que pasó veloz al nivel de la ventana del laboratorio llevando al gitano conductor y a varios niños de la aldea (41).

[Pilar dice a José Arcadio que espera un hijo suyo] (40). José Arcadio no se atrevió a salir de su casa en varios días (41). Perdió el apetito y el sueño, sucumbió al mal humor. Una noche fue a confundirse con el tumulto de la feria [y] se fijó en algo que no estaba en juego: una gitana muy joven, casi una niña, la mujer más bella que José Arcadio había visto en su vida (41). Fueron a la carpa de ella, donde se besaron con una ansiedad desesperada mientras se iban quitando la ropa (42). [Intimidado por la cercanía de la gente, José Arcadio no responde al fuego de la niña, hasta que otra pareja entra en la tienda y hace el amor junto a ellos.] José Arcadio se sintió entonces levantado en vilo hacia un estado de inspiración seráfica (...) La noche del sábado José Arcadio se amarró un trapo rojo a la cabeza y se fue con los gitanos. [Al saberlo, su padre lo celebra] (43).

[Úrsula va en pos de su hijo, extraviándose. Durante tres días es buscada sin éxito por su marido y algunos hombres de la aldea. Intuyendo la culpabilidad de Pilar, Aureliano la aleja de la casa] (44). Meses después de la partida de Úrsula, empezaron a suceder cosas extrañas. Un frasco vacío se hizo tan pesado que fue imposible moverlo. Una cazuela de agua hirvió sin fuego hasta evaporarse por completo. Un día la canastilla de Amaranta empezó a moverse con un impulso propio y dio una vuelta completa en el cuarto. De pronto, casi cinco meses después de su desaparición, volvió Úrsula. Llegó exaltada rejuvenecida. José Arcadio Buendía [celebra el ansiado regreso de su mujer.] Pero ella no compartía su alborozo. Le dio un beso convencional, como si no hubiera estado ausente más de una hora, y le dijo: -Asómate a la puerta. [Afuera hay una muchedumbre con carretas cargadas de viandas, muebles y utensilios.] Venían del otro lado de la ciénaga, a sólo dos días de viaje, donde había pueblos que recibían el correo todos los meses y conocían las máquinas del bienestar. Úrsula no había alcanzado a los gitanos, pero encontró la ruta que su marido no pudo descubrir (45/46).

### [Cap. 3]

El hijo de Pilar Ternera fue llevado a casa de sus abuelos a las dos semanas de nacido. Úrsula lo admitió [con] la condición de que se ocultara al niño su verdadera identidad. [Arcadio, así lo llamaron, y Amaranta son encomendados a Visitación, una india guajira que llegó a Macondo con un hermano huyendo de la peste de insomnio que había atacado a su tribu.] Macondo estaba transformado. Las gentes que llegaron con Úrsula divulgaron la buena cualidad de su suelo de modo que la escueta aldea de otro tiempo se convirtió muy pronto en un pueblo activo y una ruta de comercio permanente (47).

José Arcadio Buendía perdió todo interés por el laboratorio de alquimia y volvió a ser el hombre emprendedor de los primeros tiempos que decidía el trazado de las calles y la posición de las nuevas casas. Adquirió tanta autoridad [que] se determinó que fuera él quien dirigiera la repartición de la tierra. [Vuelven los gitanos, pero José Arcadio no está con ellos,] así que no se les permitió instalarse en el pueblo [por considerarlos] mensajeros de la concupiscencia y la perversión (48).

Mientras su padre ponía en orden el pueblo y su madre consolidaba el patrimonio doméstico con su maravillosa industria de gallitos y peces azucarados, Aureliano vivía horas interminables en el laboratorio (49). [Aureliano anuncia la llegada de alguien.] -No sé quién será, pero el que sea ya viene en camino. El domingo llegó Rebeca. No tenía más de once años. [La trajeron] unos traficantes de pieles que recibieron el encargo de entregarla junto con una carta en la casa de José Arcadio



Buendía. [Entre su exiguo equipaje llevaba un talego con] los huesos de sus padres (50).

[La carta dice que la niña es hija de los difuntos Nicanor Ulloa y Rebeca Montiel,] cuyos restos adjuntaba para que les dieran cristiana sepultura. [Aunque en la carta se afirma que la huérfana es prima de Úrsula, ni ella ni su marido] recordaban haber tenido parientes con esos nombres ni conocían a nadie que se llamara como el remitente. [La niña no parece entender sus preguntas.] Su piel verde, su vientre redondo y tenso como un tambor, revelaban una mala salud y un hambre más viejas que ella misma. Se quedaron con ella porque no había más remedio (51).

No lograron que comiera en varios días hasta que los indígenas descubrieron que a Rebeca sólo le gustaba comer la tierra húmeda del patio y las tortas de cal que arrancaba de las paredes con las uñas. [Para quitarle lo que considera un vicio pernicioso, Úrsula la obliga a ingerir una pócima amarga a base de naranja y ruibarbo (52). La niña se resiste con mordiscos, escupitajos y obscenidades en lengua india.] Úrsula complementó el tratamiento con correazos [y] en pocas semanas Rebeca empezó a dar muestras de restablecimiento. Participó en los juegos de Arcadio y Amaranta y comió con apetito, sirviéndose bien de los cubiertos. Pronto se reveló que hablaba el castellano con tanta fluidez como la lengua de los indios, que tenía una habilidad notable para los oficios manuales y que cantaba el valse de los relojes con una letra muy graciosa que ella misma había inventado (53).

[Una noche, Visitación descubre que Rebeca padece la peste del insomnio,] enfermedad cuya amenaza los había obligado, a ella y a su hermano, a desterrarse de un reino milenario en el cual eran príncipes (54). [Según Visitación, la enfermedad borra la memoria del enfermo hasta convertirlo en un idiota. José Arcadio Buendía no se lo toma en serio, pero pocos días después todos los de la casa han contraído el insomnio (54). Los caramelos hechos por Úrsula contagian la enfermedad a toda la población.] Al principio nadie se alarmó. Al contrario, se alegraron de no dormir, porque entonces había tanto que hacer en Macondo que el tiempo apenas alcanzaba (55). [Trabajando día y noche, acaban todas las tareas y se pasan la noche contando el cuento del gallo capón. Para evitar que la enfermedad se propague, José Arcadio Buendía prohíbe a los forasteros entrar en el pueblo. Y si alguno insiste, le entregan una campanita para que los enfermos no se le acerquen] (56).

[Para combatir el olvido, Aureliano etiqueta los objetos del laboratorio, método que su padre impone a todo el pueblo.] Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: mesa, silla, reloj, puerta, pared, cacerola. Fue al corral y marcó los animales y las plantas. [Cuando comprende] que podía llegar un día en que se reconocieran las cosas por sus inscripciones, pero no se recordara su utilidad [cuelga, como muestra, un letrero en la cerviz de la vaca: (57)] Esta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche. Así continuaron viviendo en una realidad escurridiza, momentáneamente capturada por las palabras, pero que había de fugarse sin remedio cuando olvidaran los valores de la letra escrita (58).

En la entrada del camino de la ciénaga se había puesto un anuncio que decía *Macondo* y otro más grande en la calle central que decía *Dios existe*. Pilar Ternera concibió el artificio de leer el pasado en las barajas como antes había leído el futuro. José Arcadio Buendía decidió entonces construir la máquina de la memoria (58). Había logrado escribir cerca de catorce mil fichas, cuando apareció por el camino un

anciano estrafalario que venía del mundo donde todavía los hombres podían dormir y recordar. Fue directamente a la casa de José Arcadio Buendía [y] sacó un maletín con muchos frascos. [El] recién llegado era Melquíades (59). [Melquíades trae un daguerrotipo con el que graba una placa de toda la familia. Úrsula decide que Melquíades se quede a vivir en la casa] (60).

Aureliano era un orfebre experto, estimado en toda la ciénaga por el preciosismo de su trabajo. En el taller apenas si se le oía respirar. Aquella consagración al trabajo [y] el buen juicio con que administraba sus intereses, le habían permitido ganar en poco tiempo más dinero que Úrsula con su deliciosa fauna de caramelo, pero todo el mundo se extrañaba de que fuera ya un hombre hecho y derecho y no se le hubiera conocido mujer (61).

Meses después volvió Francisco el Hombre, un anciano trotamundos de casi 200 años que pasaba con frecuencia por Macondo divulgando las canciones compuestas por él mismo. Si alguien tenía un recado que mandar o un acontecimiento que divulgar, le pagaba dos centavos para que lo incluyera en su repertorio. Francisco el Hombre, así llamado porque derrotó al diablo en un duelo de improvisación de cantos (61), cantaba las noticias acompañándose con el mismo acordeón que le regaló Sir Walter Raleigh [Raleigh murió en 1618. Si tenemos en cuenta que el daguerrotipo se dio a conocer en 1839, el Hombre no tendría casi 200 años, sino bastantes más] (62). [Con el Hombre viajan una mujer muy gorda y una mulata adolescente que entrega su cuerpo por veinte centavos.] Antes de Aureliano, esa noche sesenta y tres hombres habían pasado por el cuarto (62). Según los cálculos de la muchacha, todavía le faltaban unos diez años de setenta hombres por noche [para saldar la deuda contraída con su abuela.] Aureliano tomó la serena decisión de casarse con ella para liberarla del despotismo de la abuela y disfrutar todas las noches de la satisfacción que ella le daba a setenta hombres (63). Pero cuando llegó a la tienda de Catarino, la muchacha se había ido del pueblo (...) El tiempo agravó su sentimiento de frustración. Se refugió en el trabajo. Se resignó a ser un hombre sin mujer toda la vida (64).

[José Arcadio Buendía resuelve utilizar el laboratorio de daguerrotipia] para obtener la prueba científica de la existencia de Dios. [A través de las predicciones de Nostradamus, Melquíades llega a la conclusión de que Macondo sería en el futuro] una ciudad luminosa, con grandes casas de vidrio, donde no quedaba ningún rastro de la estirpe de los Buendía. [Úrsula amplía su negocio, creando un horno de repostería.] (64).

[Previendo el incremento de la familia, Úrsula se mete en reformas.] Nadie entendió muy bien cómo fue surgiendo de las entrañas de la tierra la casa más grande que habría nunca en el pueblo [y] la más hospitalaria (...) de la ciénaga (66).

Don Apolinar Moscote había llegado a Macondo sin hacer ruido (66). Su primera disposición fue ordenar que todas las casas se pintaran de azul para celebrar el aniversario de la independencia nacional. [Úrsula quiere pintar su casa de blanco. José Arcadio Buendía visita al corregidor.] –Y para que lo sepa de una vez, no necesitamos ningún corregidor porque aquí no hay nada que corregir [insistiendo en que] ellos no habían fundado un pueblo para que el primer advenedizo les fuera a decir lo que debían hacer (67).

[José Arcadio Buendía echa del pueblo al corregidor, que una semana después regresa con seis soldados armados con escopetas, su mujer y sus siete hijas. Los

vecinos quieren expulsarlo, pero JAB aplaca su indignación pactando con el corregidor] (68). –Muy bien, amigo, usted se queda aquí, pero no porque tenga en la puerta esos bandoleros de trabuco, sino por consideración a su señora esposa y a sus hijas. Sólo le ponemos dos condiciones. La primera: que cada quién pinta su casa del color que le dé la gana. La segunda: que los soldados se van en seguida. Nosotros le garantizamos el orden. –¿Palabra de honor? –Palabra de enemigo. Porque una cosa le quiero decir: usted y yo seguimos siendo enemigos. [Aureliano se enamora de Remedios, una hija del corregidor que apenas tiene nueve años] (69).

#### [Cap. 4]

[Para la nueva casa, Úrsula compra una pianola, muebles vieneses, cristalería de Bohemia, vajilla de la Compañía de Indias, manteles de Holanda, lámparas, floreros, tapices. Un experto italiano, Pietro Crespi, pone a punto la pianola.] Era joven y rubio, el hombre más hermoso y mejor educado que se había visto en Macondo (70).

José Arcadio Buendía pareció fulminado por el tecleo autónomo de la pianola e instaló en la sala la cámara de Melquíades con la esperanza de obtener el daguerrotipo del ejecutante invisible. [Crespi enseña a bailar a Rebeca y Amaranta] bajo la amable vigilancia de Úrsula. «No tienes por qué preocuparte tanto», le decía José Arcadio a su mujer. «Este hombre es marica». Pero ella no desistió de la vigilancia mientras no terminó el aprendizaje y el italiano se marchó de Macondo. Entonces empezó la organización de la fiesta (71).

[Las hijas del corregidor abrieron un taller de costura.] Pero a pesar de ser recatadas y serviciales, las más bellas del pueblo y las más diestras en los bailes nuevos, no consiguieron que se las tomara en cuenta para la fiesta. José Arcadio Buendía renunció a la persecución de la imagen de Dios y destripó la pianola para descifrar su magia secreta (72). [En consecuencia, el día de la fiesta, la pianola sólo pudo emitir un sonido desquiciado, pese a lo cual] el baile se prolongó hasta el amanecer. [Llamado Crespi para que componga la pianola, su nueva marcha provoca el llanto de Rebeca (73). Para consolarse, Rebeca, que no ha dejado de usar la mecedora ni de chuparse el dedo a escondidas, vuelve a comer tierra.] Una tarde, sin ningún motivo, Amparo Moscote pidió permiso para conocer la casa. Amaranta y Rebeca la atendieron con un formalismo duro (74). [Antes de irse, Amparo pasa a Rebeca una carta de Crespi] (75).

[Aureliano, que no ha olvidado a Remedios, la menor de los Moscote, se queda pasmado cuando la niña se asoma a su taller, pero la presencia de Melquíades le impide decir lo que siente. A partir de ese día, Aureliano empieza a escribir versos.] Los escribía en ásperos pergaminos, en las paredes del baño, en la piel de sus brazos (76).

[Rebeca ha seguido recibiendo las cartas de Crespi. Un día no llega el correo.] Loca de desesperación, Rebeca se levantó a media noche y comió puñados de tierra en el jardín, con una avidez suicida, llorando de dolor y de furia, masticando lombrices tiernas y astillándose las muelas con huesos de caracoles. Vomitó hasta el amanecer. Se hundió en un estado de postración febril, perdió la conciencia, y su corazón se abrió en un delirio sin pudor. [Alertada por las voces de su hija, Úrsula busca y encuentra las cartas de Crespi. Aureliano va de farra con sus amigos.] Había descubierto que mientras más bebía más se acordaba de Remedios, pero soportaba mejor la tortura de su recuerdo (77). [La borrachera lo lleva a casa de

Pilar Ternera (78), que le promete servirle la niña en bandeja. En la casa, la crisis se agudiza cuando Amaranta sigue los pasos de Rebeca porque] también ella conocía la espina de un amor solitario. Úrsula apenas si se dio abasto para atender a las dos enfermas. [Úrsula encuentra las cartas de amor de Amaranta] dirigidas y nunca enviadas a Pietro Crespi (79).

Llorando de furia, [Úrsula] maldijo la hora en que se le ocurrió comprar la pianola y decretó una especie de luto sin muerto que había de prolongarse hasta que las hijas desistieran de sus esperanzas. Cuando Pilar Ternera le dijo a Aureliano que Remedios estaba decidida a casarse, [él comunicó su propósito a sus padres. José Arcadio Buendía se opuso.] «Habiendo tantas muchachas bonitas y decentes, lo único que se te ocurre es casarte con la hija del enemigo». Pero Úrsula estuvo de acuerdo en la elección. [El padre cede, a condición de que Rebeca se case con Crespi.] Rebeca recobró la salud tan pronto como se enteró del acuerdo. Amaranta fingió aceptar la decisión, pero se prometió a sí misma que Rebeca se casaría solamente pasando por encima de su cadáver (80).

[La petición de José Arcadio desconcierta a los Moscote, que] creyeron que él había confundido el nombre de la pretendida. «Tenemos seis hijas más, todas solteras y en edad de merecer, y Aureliano pone sus ojos precisamente en la única que todavía se orina en la cama.» [Finalmente, acceden, a pesar] de que Remedios era impúber. Aureliano no lo consideró como un tropiezo grave. Había esperado tanto, que podía esperar cuanto fuera necesario, hasta que la novia estuviera en edad de concebir. La armonía recobrada sólo fue interrumpida por la muerte de Melquíades (81).

[José Arcadio lo había ido] abandonando a su soledad, porque cada vez se les hacía más difícil la comunicación. Estaba perdiendo la vista y el oído, parecía confundir a los interlocutores con personas que conoció en épocas remotas de la humanidad, y contestaba a las preguntas con un intrincado batiburrillo de idiomas (82). En los últimos tiempos perdió el apetito y sólo se alimentaba de legumbres. Pronto adquirió el aspecto de desamparo propio de los vegetarianos. La piel se le cubrió de un musgo tierno y su respiración exhaló un tufo de animal dormido. [Un día dice:] «He alcanzado la inmortalidad.» (83). [Y otro:] «He muerto de fiebre en los médanos de Singapur.»

[Siguiendo las indicaciones de Melquíades,] José Arcadio Buendía se opuso a que lo enterraran. «Es inmortal –dijo- y él mismo reveló la fórmula de la resurrección.» [Sólo después de que hirvieran mercurio durante tres días, José Arcadio accedió a que lo enterraran] con los honores reservados al más grande benefactor de Macondo. Fue el primer entierro que se vio en el pueblo, superado apenas un siglo después por el carnaval funerario de la Mamá Grande. [Amaranta aprovecha el velatorio para] confesarle su amor a Pietro Crespi (84), que pocas semanas antes había formalizado su compromiso con Rebeca y estaba instalando un almacén de instrumentos musicales y juguetes de cuerda. El italiano trató a Amaranta como una chiquilla caprichosa. –Tengo un hermano menor. Va a venir a ayudarme en la tienda.

Amaranta se sintió humillada. [Preocupado por las amenazas de Amaranta, Crespi habla con Rebeca. Úrsula arregla un viaje para Amaranta, que al despedirse de su hermana] le susurró al oído: -No te hagas ilusiones. Aunque me lleven al fin del mundo encontraré la manera de impedir que te cases, así tenga que matarte (85).

[Crespi regala a Rebeca numerosos juguetes de cuerda, que José Arcadio destripa] tratando de perfeccionarlos con un sistema de movimiento continuo fundado en los principios del péndulo. [Aureliano visita todos los días a Remedios para enseñarle a leer y escribir. Temerosa de su hermana, Rebeca consulta a Pilar Ternera, que pronostica:] –No serás feliz mientras tus padres permanezcan insepultos (86). [Rebeca no sabe donde está el talego con los huesos de sus padres, que han sido emparedados por un albañil durante las obras. José Arcadio los encuentra y son enterrados junto a Melquíades] (87).

[Con Úrsula de viaje, Pilar Ternera vuelve a frecuentar la casa. Aureliano se turba con su presencia] (88). [José Arcadio, insomne, recibe la visita de un anciano.] Era Prudencio Aguilar. Cuando por fin lo identificó [se asombró] de que también envejecieran los muertos. Después de muchos años de muerte, era tan aterradora la proximidad de la otra muerte que existía dentro de la muerte, que Prudencio Aguilar había terminado por querer al peor de sus enemigos (89).

[José Arcadio se obsesiona con los muertos y con la detención del tiempo hasta el punto de que para él, por muchos días que pasen, sigue siendo lunes.] Entonces agarró la tranca de una puerta y con la violencia salvaje de su fuerza descomunal destrozó hasta convertirlo en polvo los aparatos de alquimia, el gabinete de daguerrotipia, el taller de orfebrería. Se disponía a terminar con el resto de la casa cuando Aureliano pidió ayuda a los vecinos. Se necesitaron diez hombres para tumbarlo, catorce para amarrarlo, veinte para arrastrarlo hasta el castaño del patio, donde lo dejaron atado, ladrando en lengua extraña y echando espumarajos verdes por la boca. Cuando llegaron Úrsula y Amaranta (90) le hablaron, y él las miró sin reconocerlas. Úrsula le soltó las muñecas y los tobillos, y lo dejó amarrado solamente por la cintura. Más tarde le construyeron un cobertizo de palma para protegerlo del sol y la lluvia (91).

#### [Cap. 5]

Aureliano Buendía y Remedios Moscote se casaron un domingo de marzo ante el altar que el padre Nicanor Reyna hizo construir en la sala de visitas. Remedios llegó a la pubertad antes de superar los hábitos de la infancia [no sabe lavarse ni vestirse sola, se sigue orinando en la cama. Pero] en la fecha prevista para la ceremonia la niña era tan diestra en las cosas del mundo como cualquiera de sus hermanas (92).

[Durante la ceremonia, todos cometen torpezas menos Remedios, que se comporta con la mayor naturalidad y discreción.] Desde aquel día se reveló el sentido de la responsabilidad, la gracia natural, el reposado dominio que siempre había de tener. La única persona infeliz en aquella celebración fue Rebeca. Por acuerdo de Úrsula, su matrimonio debía celebrarse en la misma fecha, pero Pietro Crespi recibió el viernes una carta con el anuncio de la muerte inminente de su madre. La boda se aplazó (93). Nunca se averiguó quién escribió la carta. Atormentada por Úrsula, Amaranta lloró de indignación y juró su inocencia frente al altar.

El padre Nicanor Reyna –a quien don Apolinar Moscote había llevado de la ciénaga para que oficiara la boda- llevaba el propósito de regresar a su parroquia pero se espantó con la aridez de los habitantes de Macondo que prosperaban en el escándalo, sujetos a la ley natural, sin bautizar a los hijos ni santificar las fiestas. Pensando que a ninguna tierra le hacía más falta la simiente de Dios, decidió quedarse una semana más para **cristianizar a circuncisos y gentiles, legalizar concubinarios y sacramentar moribundos.** [En sólo diez palabras, García Márquez

da una muestra extraordinaria de riqueza y precisión en el uso del lenguaje.] Pero nadie le prestó atención. Cansado de predicar en el desierto, el padre Nicanor se dispuso a emprender la construcción de un templo, el más grande del mundo, para que fuera gente desde Roma a honrar a Dios en el centro de la impiedad (94).

[El padre Nicanor convoca una misa campal.] –Ahora vamos a presenciar una prueba irrefutable del infinito poder de Dios. [Tras tomarse una taza de chocolate] se elevó doce centímetros sobre el nivel del suelo. Fue un recurso convincente. Anduvo varios días por entre las casas, repitiendo la prueba de levitación mediante el estímulo del chocolate, mientras el monaguillo recogía tanto dinero en un talego, que en menos de un mes emprendió la construcción del templo. [Nicanor también levita ante José Arcadio, que se encoge de hombros y dice:] Hoc est simplicissimum: homo iste statum quartum materiae inverit. [A lo que Nicanor responde:] Nego. Factum hoc existentiam Dei probat sine dubio (95).

[Nicanor trata de infundir la fe en el cerebro trastornado de José Arcadio, visitándolo cada día. Al cabo de un tiempo, el cura desiste de su propósito.] Pero entonces fue José Arcadio Buendía quien tomó la iniciativa y trató de quebrantar la fe del cura con martingalas racionalistas. [Cuando Nicanor le propone una partida de damas, José Arcadio] no aceptó, según dijo, porque nunca pudo entender el sentido de una contienda entre dos adversarios que estaban de acuerdo en los principios. El padre Nicanor, que jamás había visto de ese modo el juego de damas, no pudo volverlo a jugar. Cada vez más asombrado de la lucidez de José Arcadio Buendía [y] preocupado por su propia fe, el cura no volvió a visitarlo (96).

[La boda de Rebeca debía ser la primera ceremonia celebrada en el nuevo templo. A fin de no demorarla demasiado] Úrsula contribuyó con un aporte considerable para que se apresuraran los trabajos. El padre Nicanor consideró que con otro auxilio como ese el templo estaría listo en tres años. [Durante una discusión con Rebeca, Amaranta dice:] «Así no tendré que matarte en los próximos tres años.» [Rebeca propone a Crespi fugarse juntos, pero el italiano opta por] (97) darle al padre Nicanor el dinero que le hacía falta para terminar el templo. [Dos meses antes de la boda, Amaranta quita las bolas de naftalina que protegen el vestido de novia para que sea devorado por las polillas. Sin embargo, Amparo Moscote confecciona otro] (98). Entonces, Amaranta] decidió con espantosa frialdad que la fecha sería el último viernes antes de la boda, y el modo sería un chorro de láudano en el café. [Pero antes de que lo haga ocurre algo terrible:] Una semana antes de la fecha fijada para la boda, la pequeña Remedios despertó a media noche empapada en un caldo caliente que explotó en sus entrañas, y murió tres días después envenenada por su propia sangre con un par de gemelos atravesados en el vientre.

Remedios había llevado a la casa un soplo de alegría. Cantaba desde el amanecer. Fue la única persona que se atrevió a mediar en las disputas de Rebeca y Amaranta. Se echó encima la dispendiosa tarea de atender a José Arcadio Buendía (99). Cuando nació el hijo de Aureliano y Pilar Ternera, bautizado con el nombre de Aureliano José, Remedios decidió que fuera considerado como su hijo mayor. Aureliano, por su parte, encontró en ella la justificación que le hacía falta para vivir. El vínculo con los Buendía consolidó en el pueblo la autoridad de don Apolinar Moscote [que facilitó la construcción de una escuela, consiguió que la gente pintase sus casas de azul, clausuró varios lugares de escándalo -a instancias del padre Nicanor- y hasta llevó a Macondo] seis policías armados de fusiles a quienes encomendó el mantenimiento del orden, sin que nadie se acordara del compromiso original de no tener gente armada en el pueblo (100).

Úrsula dispuso un luto de ventanas y puertas cerradas; prohibió hablar en voz alta durante un año, y puso el daguerrotipo de Remedios en el lugar en que se veló el cadáver, con una lámpara de aceite encendida para siempre. Amaranta se hizo cargo de Aurelio José. Lo adoptó como un hijo que había de compartir su soledad, y aliviarla el láudano involuntario que echaron sus súplicas desatinadas en el café de Remedios. [Por parte de Rebeca y Pietro] en este ambiente de dolor habría sido tan irreverente la sola idea de pensar en una nueva fecha para la boda que el noviazgo se convirtió en una relación eterna, un amor de cansancio que nadie volvió a cuidar. Perdido el rumbo, Rebeca volvió a comer tierra (101).

[Pasado el tiempo del luto, un día irrumpe en la casa] un hombre descomunal [cuya] presencia daba la impresión trepidatoria de un sacudimiento sísmico. Atravesó la sala de visitas y la sala de estar, y apareció como un trueno en el corredor de las begonias. «Buenas.» [fue diciendo a cada habitante de la casa. Úrsula lo miró a los ojos, lanzó un grito y saltó a su cuello gritando y llorando de alegría. Era José Arcadio (102). Le preguntaron dónde había estado, y contestó: «Por ahí.» Colgó la hamaca en el cuarto que le habían asignado y durmió tres días. Cuando despertó, y después de tomarse dieciséis huevos crudos, salió directamente hacia la tienda de Catarino. Hizo apuestas de pulso con cinco hombres al mismo tiempo. Catarino apostó doce pesos a que no movía el mostrador. José Arcadio lo arrancó de su sitio, lo levantó en vilo sobre la cabeza y lo puso en la calle. Se necesitaron once hombres para meterlo. En el calor de la fiesta exhibió sobre el mostrador su masculinidad inverosímil, enteramente tatuada [y se rifó entre las mujeres]. De eso vivía. Le había dado sesenta y cinco veces la vuelta al mundo. Las mujeres que se acostaron con él aquella noche lo llevaron desnudo a la sala de baile para que vieran que no tenía un milímetro de cuerpo sin tatuar, desde el cuello hasta los dedos de los pies (103).

[Relato de sus aventuras: naufragó, comió carne humana, venció a un dragón de mar, vio naves fantasmas.] Úrsula lloraba como si estuviera leyendo las cartas que nunca llegaron. Pero en el fondo no podía concebir que el muchacho que se llevaron los gitanos fuera el mismo atarván [no en el DRAE] que se comía medio lechón en el almuerzo y cuyas ventosidades marchitaban las flores. Amaranta no podía disimular la repugnancia que le producían en la mesa sus eructos bestiales. Arcadio apenas si contestaba a las preguntas que él le hacía. Aureliano procuró restaurar la complicidad de la infancia, pero José Arcadio los había olvidado. Sólo Rebeca sucumbió al primer impacto (104) [, pensando] que Pietro Crespi era un currutaco de alfeñique junto a aquel protomacho cuya respiración volcánica se percibía en toda la casa. [Durante un tiempo, Rebeca] volvió a comer tierra y cal, y se chupó el dedo con tanta intensidad que se le formó un callo en el pulgar. Una tarde no resistió más y fue a su dormitorio. [José Arcadio la atrajo hacia sí.] Ella tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no morir cuando una potencia ciclónica asombrosamente regulada la levantó por la cintura y la despojó de su intimidad [fórmula superior a “la desnudó”] con tres zarpazos. Alcanzó a dar gracias a Dios por haber nacido antes de perder la conciencia en el placer inconcebible de aquel dolor insoportable. Tres días después se casaron en la misa de cinco (105).

José Arcadio había ido el día anterior a la tienda de Pietro Crespi. «Me caso con Rebeca», le dijo. Pietro Crespi se puso pálido. -Es su hermana. -No me importa. - Es contra natura y, además, la ley lo prohíbe. -Me cago dos veces en natura [...] Ahora, que si lo que le gusta es la familia, ahí le queda Amaranta. El padre Nicanor reveló en el sermón del domingo que José Arcadio y Rebeca no eran hermanos. Úrsula no perdonó nunca lo que consideró como una inconcebible falta de respeto y

prohibió a los recién casados que volvieran a pisar la casa. Para ella era como si hubieran muerto. Así que alquilaron una casita frente al cementerio. La noche de bodas a Rebeca le mordió el pie un alacrán. Se le adormeció la lengua, pero eso no impidió que pasaran una luna de miel escandalosa. Los vecinos se asustaban con los gritos que despertaban a todo el barrio hasta ocho veces en una noche, y hasta tres veces en la siesta (106).

[Amaranta colma de atenciones a Crespi, que la pide en matrimonio (107).] Úrsula se ofuscó. No lograba establecer si su decisión era buena o mala desde el punto de vista moral. Aureliano la confundió más con su enigmática y terminante opinión: - Estas no son horas de andar pensando en matrimonios. [Aureliano está muy influenciado por Moscote, que anda] preocupado por la situación política del país. Los liberales estaban decididos a lanzarse a la guerra. Los liberales, decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos, y de despedazar al país en un sistema federal que despojara de poderes a la autoridad suprema (108). Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo, del principio de autoridad, y no estaban dispuestos a permitir que el país fuera descuartizado en entidades autónomas. [Al llegar las elecciones, los soldados de Moscote] fueron de casa en casa decomisando armas de cacería, machetes y hasta cuchillos de cocina [entre otras medidas de fuerza]. Las elecciones transcurrieron sin incidentes (109).

[Por la noche, Moscote ordena al sargento hacer el recuento de votos.] Había casi tantas papeletas rojas como azules, pero el sargento sólo dejó diez rojas y completó la diferencia con azules. Aureliano comprendió las desventajas de la oposición. «Si yo fuera liberal iría a la guerra por esto de las papeletas.» [Tras las elecciones, Moscote revela a Aureliano] que los soldados se habían llevado las armas decomisadas como prueba de que los liberales se estaban preparando para la guerra. Lo alarmó el cinismo de la declaración. No hizo ningún comentario, pero cierta noche en que le preguntaron si era liberal o conservador, Aureliano no vaciló: - Si hay que ser algo, sería liberal, porque los conservadores son unos tramposos (110).

El doctor Alirio Noguera había llegado a Macondo pocos años antes. En realidad era un farsante. Detrás de su inocente fachada de médico sin prestigio se escondía un terrorista que tapaba con unas cáligas de media pierna las cicatrices que dejaron en sus tobillos cinco años de cepo. Sus instintos de agitador permanecieron en reposo mientras don Apolinar Moscote fue una autoridad decorativa. La proximidad de las elecciones fue el hilo que le permitió encontrar de nuevo la madeja de la subversión. [Noguera, que había pedido a sus adeptos que votasen en rojo para convencerlos de la falsedad de las elecciones, les dice:] «Lo único eficaz es la violencia.» (111).

[Aureliano visita al doctor Noguera,] una especie de iguana polvorienta cuyos pulmones silbaban al respirar. [Noguera] le explicó por qué era un deber patriótico asesinar a los conservadores. Casi todos los hijos de los fundadores estaban implicados [en el complot]. El doctor Noguera era un místico del atentado persona. Su sistema se reducía a coordinar una serie de acciones (112) individuales que en un golpe maestro de alcance nacional liquidase a los funcionarios del régimen con sus respectivas familias para exterminar el conservatismo en la semilla. Don Apolinar Moscote, su esposa y sus seis hijas estaban en la lista. -Usted no es liberal ni es nada -le dijo Aureliano-. Usted no es más que un matarife. [Aureliano afirma que no



denunciará la conspiración, pero que] la noche en que fueran a asesinar a la familia Moscote lo encontrarían a él defendiendo la puerta. [En la escuela a la que va Arcadio] había prendido la fiebre liberal. Se hablaba de fusilar al padre Nicanor, de convertir el templo en una escuela, de implantar el amor libre (113).

[La guerra estalla en septiembre.] La ley marcial imperaba en todo el país. [Una noche de diciembre, los soldados ocupan el pueblo.] Se impuso el toque de queda a las seis. Se hizo una requisita y esta vez se llevaron hasta las herramientas de labranza. Sacaron a rastras al doctor Noguera y lo fusilaron [en la plaza] sin fórmula de juicio. El padre Nicanor trató de impresionar a las autoridades militares con el milagro de la levitación, y un soldado lo descalabró de un culatazo. Aureliano, pálido, hermético, siguió jugando dominó con su suegro [que] era otra vez una autoridad decorativa. Las decisiones las tomaba un capitán del ejército que todas las mañanas recaudaba una manlieva extraordinaria para la defensa del orden público. Cuatro soldados al mando suyo arrebataron a su familia una mujer que había sido mordida por un perro rabioso y la mataron a culatazos en plena calle. [Aureliano decide hacer la guerra (114). Al frente de los liberales, armados con cuchillos,] tomaron por sorpresa la guarnición, se apoderaron de las armas y fusilaron al capitán y a los cuatro soldados que habían asesinado a la mujer. Arcadio fue nombrado jefe civil y militar de la plaza. Los rebeldes se fueron al amanecer, aclamados por la población liberada del terror, para unirse a las fuerzas del general revolucionario Victorio Medina (115).

#### [Cap. 6]

El coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola noche, antes de que el mayor cumpliera treinta y cinco años. Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento. Sobrevivió a una carga de estricnina en el café que habría bastado para matar a un caballo. Rechazó la Orden del Mérito que le otorgó el presidente de la república. Llegó a ser comandante general de las fuerzas revolucionarias y el hombre más temido por el gobierno, pero nunca permitió que le tomaran una fotografía. Declinó la pensión vitalicia que le ofrecieron después de la guerra y vivió hasta la vejez de los pescaditos de oro que fabricaba en su taller de Macondo. Aunque peleó al frente de sus hombres, la única herida que recibió se la produjo él mismo después de firmar la capitulación de Neerlandia que puso fin a casi veinte años de guerras civiles. Se disparó un tiro de pistola en el pecho y el proyectil le salió por la espalda sin lastimar ningún centro vital. Lo único que quedó de todo eso fue calle con su nombre en Macondo (116).

[Cuando Aureliano salió de Macondo, dejó el pueblo bajo el control de Arcadio, que lo gobernó de un modo dictatorial, cometiendo arbitrariedades como fusilar a un trompetista que le hizo un toque de burla.] Para que nadie pusiera en duda la severidad de sus propósitos, mandó que un pelotón de fusilamiento se entrenara en la plaza pública disparando contra un espantapájaros (117). «¡Eres un asesino!», le gritaba Úrsula cada vez que se enteraba de alguna nueva arbitrariedad. [Arcadio se convirtió] en el más cruel de los gobernantes que hubo nunca en Macondo. «Ahora sufran la diferencia», dijo don Apolinar Moscote. «Esto es el paraíso liberal.» Arcadio asaltó la casa, destrozó los muebles, vapuleó a las hijas y se llevó a rastras a don Apolinar [para fusilarlo. Estaba a punto de hacerlo cuando] Úrsula irrumpió en el patio del cuartel [y] le descargó un vergajazo. «Atrévete, asesino», gritaba. Azotándolo sin misericordia, lo persiguió hasta el fondo del patio, donde Arcadio se

enrolló como un caracol. A partir de entonces fue ella quien mandó en el pueblo (118).

Pero se sintió tan sola que buscó la inútil compañía del marido olvidado bajo el castaño [que ya] había perdido todo contacto con la realidad. Creyó observar, sin embargo, que su marido entristecía con las malas noticias. Entonces optó por mentirle. Llegó a ser tan sincera en el engaño que ella misma acabó consolándose con sus propias mentiras. Lo veía tan manso, tan indiferente a todo que decidió soltarlo. Él ni siquiera se movió del banquito (119).

Amaranta y Pietro Crespi habían profundizado en la amistad, él leyendo y ella tejiendo encaje de bolillo, indiferentes a los sobresaltos y las malas noticias de la guerra. Habían hecho un precioso álbum con las tarjetas postales que Pietro recibía desde Italia. A veces, ante una acuarela de Venecia, la nostalgia transformaba en tibios aromas de flores el olor de fango y mariscos podridos de los canales. Amaranta suspiraba y soñaba con ciudades antiguas de cuya pasada grandeza sólo quedaban gatos entre los escombros (120).

La dicha trajo consigo la prosperidad [y] la Calle de los Turcos [donde Crespi tenía su establecimiento] se transformó en un remanso melódico para olvidar las arbitrariedades de Arcadio y la pesadilla remota de la guerra. Ante la inminencia de la boda, Pietro Crespi había insinuado que Aureliano José fuera considerado como su hijo mayor. Todo hacía pensar que Amaranta se orientaba hacia una felicidad sin tropiezos (121). [Sin embargo, cuando Crespi le pidió que se casara con él, ella respondió:] «No seas ingenuo, Crespi –sonrió-, ni muerta me casaré contigo. Si en verdad me quieres tanto, no vuelvas a pisar esta casa.» [Desesperado, Crespi] descuidó los negocios. Se encerraba horas y horas a tocar la cítara. Una noche cantó. Macondo despertó en una especie de estupor, angelizado por una cítara que no merecía ser de este mundo y una voz como no podía concebirse que hubiera otra en la tierra con tanto amor (122). [Finalmente, Crespi se quitó la vida cortándose las muñecas con una navaja. Afrontando la oposición del padre Nicanor, Úrsula lo enterró junto a la tumba de Melquíades. Pese al llanto de Úrsula y al dolor de todo el pueblo, Amaranta ni salió de su dormitorio.] Úrsula la abandonó. Ni siquiera levantó los ojos para apiadarse de ella, la tarde en que Amaranta entró en la cocina y puso la mano en las brasas del fogón, hasta que le dolió tanto que no sintió más dolor, sino la pestilencia de su propia carne chamuscada. Fue una cura de burro para el remordimiento. Durante varios días anduvo por la casa con la mano metida en un tazón con claras de huevo, y cuando sanaron las quemaduras pareció como si hubieran cicatrizado también las úlceras de su corazón. La única huella externa que le dejó la tragedia fue la venda de gasa negra, que había de llevar hasta la muerte (123).

Úrsula había perdido a Arcadio, no desde que vistió el uniforme militar, sino desde siempre. Creía haberlo criado como a un hijo, sin privilegios ni discriminaciones. Sin embargo, Arcadio era un niño solitario y asustado. [Por eso,] la escuela, donde se le ponía atención y se le respetaba, y luego el poder, con sus bandos terminantes y su uniforme de gloria, lo liberaron del peso de una antigua amargura. Una noche alguien se atrevió a decirle: «No mereces el apellido que llevas.» -A mucha honra –dijo-, no soy un Buendía. Quienes conocían el secreto de su filiación, pensaron que también él estaba al corriente, pero en realidad no lo estuvo nunca (124).

Pilar Ternera, su madre, le había hecho hervir la sangre. Fue para él una obsesión tan irresistible como lo fue primero para José Arcadio y luego para Aureliano. Poco

antes de la guerra [Arcadio quiso acostarse con Pilar, que se resistió:] «No te imaginas cómo quisiera complacerte, pero Dios es testigo que no puedo.» [Y Arcadio:] «No te hagas la santa. Al fin, todo el mundo sabe que eres una puta.» [Pilar le pidió que aguardase hasta la noche, que ella iría a su cuarto, pero en su lugar mandó una chica pagada, Santa Sofía de la Piedad, que fue amada por Arcadio esa noche y el tiempo que le quedó de vida.] Por la época en que fue nombrado jefe civil y militar, tuvieron una hija (125).

José Arcadio había doblegado la cerviz al yugo matrimonial. El carácter firme de Rebeca, la voracidad de su vientre, su tenaz ambición, absorbieron la descomunal energía del marido, que de holgazán y mujeriego se convirtió en un enorme animal de trabajo (126). [Desde que se instaló frente al cementerio, empleó su fuerza contra los campesinos, arrebatándoles sus tierras o cobrándoles una contribución.] Fundaba su derecho en que las tierras usurpadas habían sido distribuidas por José Arcadio Buendía en los tiempos de la fundación, y creía posible demostrar que su padre estaba loco desde entonces puesto que dispuso de un patrimonio que en realidad pertenecía a la familia. [Cuando Arcadio recibió la denuncia de un campesino, propuso a José Arcadio la creación de] una oficina de registro de la propiedad para que José Arcadio legalizara los títulos de la tierra usurpada, con la condición de que delegara en el gobierno local el derecho de cobrar las contribuciones. Se pusieron de acuerdo. Años después, cuando el coronel Aureliano Buendía examinó los títulos de propiedad, encontró que estaban registradas a nombre de su hermano todas las tierras que se divisaban desde la colina de su patio hasta el horizonte, y que en los once meses de su mandato Arcadio había [recaudado lo suficiente para hacerse construir una casa y amueblarla lujosamente] (127).

A fines de febrero llegó a Macondo una anciana de aspecto ceniciento, montada en un burro cargado de escobas (128). [Es el coronel Stevenson, de incógnito.] Llevaba malas noticias. Los últimos focos de resistencia liberal estaban siendo exterminados. El coronel Aureliano Buendía le encomendó la misión de hablar con Arcadio. Debía entregar la plaza sin resistencia. [Ante el recelo de Arcadio] el mensajero llegó al extremo de violar un secreto de guerra para acreditar su identidad. Reveló que iba en misión a Curazao, donde esperaba reclutar exiliados de todo el Caribe (129).

Pero Arcadio fue inflexible. Hizo encarcelar al mensajero y resolvió defender la plaza hasta la muerte. No tuvo que esperar mucho tiempo. A fines de marzo, en una madrugada de lluvias prematuras, [Macondo es atacado. Stevenson convence a Arcadio de que lo libere para morir peleando] (130). Arcadio se entregó. La resistencia había sido aniquilada en menos de media hora. Ni uno solo de los hombres de Arcadio sobrevivió al asalto. Stevenson [fue el último en caer] (131). Al amanecer, después de un consejo de guerra sumario, Arcadio fue fusilado contra el muro del cementerio. En las últimas horas de su vida no logró entender por qué había desaparecido el miedo que lo atormentó desde la infancia. Pensaba en su gente sin sentimentalismos, empezando a comprender cuánto quería en realidad a las personas que más había odiado. En realidad no le importaba la muerte sino la vida, y por eso la sensación que experimentó cuando pronunciaron la sentencia no fue de miedo sino de nostalgia (132).

[Arcadio es fusilado contra el muro del cementerio, mientras Rebeca lo despide con la mano.] Acumulado en un zarpazo desgarrador, volvió a sentir todo el terror que le atormentó en la vida. -¡Cabrones! –gritó-. ¡Viva el partido liberal! (133/134).

## [Cap. 7]

En mayo terminó la guerra. Dos semanas antes, el coronel Aureliano Buendía cayó prisionero cuando estaba a punto de alcanzar la frontera occidental disfrazado de hechicero indígena. La noticia de la captura fue dada en Macondo con un bando extraordinario. [Tres días después, Úrsula] oyó claramente la voz de su hijo muy cerca del oído. «No sé cómo ha sido el milagro, pero está vivo y vamos a verlo muy pronto.» [Su presagio se cumple, aunque no de un modo halagüeño. Aureliano es condenado a muerte. La sentencia debe ser] ejecutada en Macondo, para escarmiento de la población (135). [Cuando Aureliano entró en Macondo] parecía un pordiosero. Tenía la ropa desgarrada, el cabello y la barba enmarañada, y estaba descalzo. Caminaba con las manos amarradas a la espalda. Junto a él, también astroso y derrotado, llevaban al coronel Gerineldo Márquez. No estaban tristes (136).

Convencida de que su hijo sería fusilado al amanecer, Úrsula fue al cuartel. Los centinelas le cerraron el paso. «De todos modos voy a entrar. De manera que si tienen orden de disparar, empiecen de una vez.» Había órdenes superiores de no permitir visitas a los condenados a muerte, pero el oficial asumió la responsabilidad de concederle una entrevista de quince minutos (137). Desde el momento en que entró en el cuarto, Úrsula se sintió cohibida por la madurez de su hijo, por su aura de dominio, por el resplandor de autoridad que irradiaba su piel. [Aureliano] estaba enterado de los pormenores de la casa: el suicidio de Pietro Crespi, las arbitrariedades y el fusilamiento de Arcadio, la impavidez de José Arcadio Buendía bajo el castaño. Sabía que Amaranta había consagrado su viudez de virgen a la crianza de Aurelio José, y que éste empezaba a dar muestras de muy buen juicio. [Antes de marcharse, Úrsula entrega un revólver a su hijo.] (138)

[Relato de cómo Aureliano escapó a la muerte en un par de ocasiones (139) y de sus presagios, que] se presentaban de pronto, en una ráfaga de lucidez sobrenatural. Con frecuencia no eran más que golpes vulgares de superstición. Pero cuando lo condenaron a muerte y le pidieron expresar su última voluntad, no tuvo la menor dificultad para identificar el presagio que le inspiró la respuesta: -Pido que la sentencia se cumpla en Macondo (140). Desde entonces lo habían abandonado los presagios.

[Pasaron los días.] En realidad, no se atrevían a ejecutar la sentencia. La rebeldía del pueblo hizo pensar a los militares que el fusilamiento tendría graves consecuencias políticas no sólo en Macondo sino en todo el ámbito de la ciénaga, así que consultaron a las autoridades de la capital provincial. [En la casa de Catarino, una mujer le dice al capitán Roque Carnicero, encargado de la ejecución, que] el oficial que fusile al coronel y todos los soldados del pelotón, uno por uno, serán asesinados sin remedio. [Por eso, cuando llegó el momento] despertó al condenado con una frase premonitoria: -Vamos Buendía. Nos llegó la hora (141).

[Aureliano es llevado al cementerio.] «Tanto joderse para que lo maten a uno seis maricas sin poder hacer nada.» Cuando el pelotón lo apuntó, la rabia lo obligó a cerrar los ojos (142). Cuando oyó el grito, creyó que era la orden final al pelotón. Abrió los ojos con una curiosidad de escalofrío, esperando encontrarse con la trayectoria incandescente de los proyectiles, pero sólo encontró al capitán Roque Carnicero con los brazos en alto, y a José Arcadio atravesando la calle con su escopeta pavorosa lista para disparar. -No haga fuego -le dijo el capitán a José Arcadio-. Usted viene mandado por la Divina Providencia.

Allí empezó otra guerra. El capitán Roque Carnicero y sus seis hombres se fueron con el coronel Aureliano Buendía a liberar al general revolucionario Victorio Medina, condenado a muerte en Riohacha. [Por el camino se les fueron uniendo otros liberales.] Cuando avistaron Riohacha, el general había sido fusilado. Los hombres del coronel Aureliano Buendía lo proclamaron jefe de las fuerzas revolucionarias del litoral del Caribe, con el grado de general. Al cabo de tres meses había logrado armar a más de mil hombres, pero fueron exterminados (143). [La profusión de telegramas contradictorios, anunciando la muerte o la victoria del jefe liberal, dio pie a] la leyenda de la ubicuidad del coronel Aureliano Buendía. Los dirigentes liberales que en aquel momento estaban negociando una participación en el parlamento, lo señalaron como un aventurero sin representación de partido. El gobierno nacional lo asimiló a la categoría de bandolero y puso a su cabeza un precio de cinco mil pesos. Al cabo de dieciséis derrotas, el coronel Aureliano Buendía estableció su cuartel general [en Riohacha], y proclamó la guerra total contra el régimen (144).

Tres meses después, entró victorioso en Macondo. La casa estaba llena de niños. Úrsula había recogido a Santa Sofía de la Piedad, con la hija mayor y un par de gemelos que nacieron cinco meses después del fusilamiento de Arcadio. [Úrsula] bautizó a la niña con el nombre de Remedios. «No le pondremos Úrsula, porque se sufre mucho con ese nombre.» A los gemelos les puso José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo. Amaranta se hizo cargo de todos y estableció un parvulario con otros niños de familias vecinas. [Pero] no todas las noticias eran buenas. Después de la fuga del coronel Aureliano Buendía, José Arcadio y Rebeca se fueron a vivir en la casa construida por Arcadio [donde] establecieron un hogar hospitalario. Las antiguas amigas de Rebeca reanudaron las sesiones de bordado. José Arcadio siguió disfrutando de las tierras usurpadas, cuyos títulos fueron reconocidos por el gobierno conservador (145).

Una tarde de septiembre el estampido de un pistoletazo retumbó en la casa. Un hilo de sangre salió por debajo de la puerta [del dormitorio], atravesó la sala, salió a la calle siguió en un curso directo por los andenes disparejos, descendió escalinatas y subió pretilles, pasó de largo por la Calle de los Turcos, dobló una esquina a la derecha y otra a la izquierda, volteó en ángulo recto frente a la casa de los Buendía, pasó por debajo de la puerta cerrada, atravesó la sala de visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, siguió por la otra sala, eludió en una curva amplia la mesa del comedor, avanzó por el corredor de las begonias y pasó sin ser visto por debajo de la silla de Amaranta que daba una lección de aritmética a Aureliano José, y se metió por el granero y apareció en la cocina donde [estaba] Úrsula (146).

[Úrsula siguió el rastro en sentido inverso hasta el cuerpo de José Arcadio], y vio el cabo original del hilo de sangre que ya había dejado de fluir de su oído derecho. [Rebeca dijo no haberse enterado de nada, porque estaba en el baño.] No pudieron localizar el arma. Tampoco fue posible quitar el penetrante olor a pólvora del cadáver. [En este propósito emplearon jabón y estropajo sal y vinagre, ceniza y limón, lejía, pimienta, comino, hojas de laurel y lo hirvieron un día entero a fuego lento.] Lo encerraron herméticamente en un ataúd especial de dos metros y treinta centímetros de largo y un metro y diez centímetros de ancho, reforzado con planchas de hierro, y aun así se percibía el olor en las calles por donde pasó el entierro. Aunque en los meses siguientes reforzaron la tumba, el cementerio siguió oliendo a pólvora hasta muchos años después cuando los ingenieros de la compañía bananera recubrieron la sepultura con una coraza de hormigón (147).

Rebeca cerró las puertas de su casa y se enterró en vida, cubierta con una gruesa costra de desdén que ninguna tentación terrenal consiguió romper. Salió a la calle en una ocasión, ya muy vieja, por la época en que pasó por el pueblo el Judío Errante y provocó un calor tan intenso que para morir en los dormitorios. La última vez que alguien la vio con vida fue cuando mató de un tiro certero a un ladrón que trató de forzar la puerta de su casa.

Aunque [el coronel Aureliano Buendía] mantenía más de cinco mil hombres bajo su mando y dominaba dos estados del litoral, tenía conciencia de estar acorralado contra el mar (148), y comprendió que sus huestes estaban penetrando en la selva, avanzando en sentido contrario al de la realidad. «Estaremos perdiendo el tiempo mientras los cabrones del partido estén mendigando un asiento en el congreso.» [Cuando Aureliano pidió a Pilar Ternera que le leyera el porvenir, la baraja le sugirió: cuídate la boca. Dos días después bebió un café que] tenía una carga de nuez vómica suficiente para matar un caballo. Úrsula se lo disputó a la muerte (149). Al cuarto día estaba fuera de peligro. En la neblina de la convalecencia resolvió en versos rimados sus experiencias a la orilla de la muerte. Entonces sus pensamientos se hicieron tan claros, que [comprendió que peleaba por orgullo, y que el partido liberal no significaba nada] (150). Entonces consiguió que Úrsula le diera el resto de la herencia enterrada y sus cuantiosos ahorros, nombró al coronel Gerineldo Márquez jefe civil y militar de Macondo, y se fue a establecer contacto con los grupos rebeldes del interior. [Gerineldo, instructor militar de Aureliano, siendo casi un niño había pretendido a Amaranta, que se rió de él. Cuando Gerineldo trató de revivir aquel amor, fue rechazado de nuevo (151/152).] –No me casaré con nadie, pero menos contigo. Quieres tanto a Aureliano que te vas a casar conmigo porque no puedes casarte con él.

[Ocho meses después, Úrsula recibió un sobre lacrado que llevaba dentro] un papel escrito con la caligrafía preciosista del coronel [Aureliano Buendía]: *cuiden mucho a papá porque se va a morir*. Úrsula se alarmó. «Si Aureliano lo dice, Aureliano lo sabe», dijo. Y pidió ayuda para llevar a José Arcadio Buendía a su dormitorio. En su prolongada estancia bajo el castaño había desarrollado la facultad de aumentar de peso voluntariamente, hasta el punto de que siete hombres no pudieron con él y tuvieron que llevarlo a rastras a la cama (153). Al día siguiente no amaneció en la cama. Úrsula lo encontró otra vez bajo el castaño. Entonces lo amarraron a la cama. Úrsula lo atendía, le daba de comer, le llevaba noticias de Aureliano. Pero [él confundía a su mujer con Prudencio Aguilar.] Cuando estaba solo, se consolaba con el sueño de los cuartos infinitos (154). [Dos semanas después, llega a la casa] Cataure, el hermano de Visitación, que había abandonado la casa huyendo de la peste del insomnio, y de quien nunca se volvió a tener noticia. –He venido al sepelio del rey. [José Arcadio Buendía murió en medio de] una llovizna de minúsculas flores amarillas. Cayeron toda la noche sobre el pueblo en una tormenta silenciosa, y cubrieron los techos y atascaron las puertas, y sofocaron a los animales que durmieron a la intemperie (155).

[Cap. 8]

[Amaranta no ha dejado de ver en Aureliano José el niño que era cuando Pilar Ternera se lo entregó para que acabara de criarlo. Se bañaban juntos y, por la noche, él buscaba la hamaca de ella, al principio por miedo a la soledad, pero con el tiempo buscando el cuerpo cuya desnudez tan bien conocía (156).]

Una madrugada, por la época en que ella rechazó al coronel Gerineldo Márquez, Aureliano José despertó con la sensación de que le faltaba el aire. Sintió los dedos de Amaranta como unos gusanitos calientes y ansiosos que buscaban su vientre. Sintió la mano sin la venda negra buceando como un molusco ciego entre las algas de su ansiedad. Aunque aparentaron ignorar lo que ambos sabían, y lo que cada uno sabía que el otro sabía, desde aquella noche quedaron mancornados por una complicidad inviolable. La madura doncella cuya piel empezaba a entristecer no tenía un instante de sosiego mientras no sentía deslizarse en el mosquitero aquel sonámbulo que ella había criado sin pensar que sería un paliativo para su soledad. Entonces no solo durmieron juntos, desnudos, intercambiando caricias agotadoras, sino que se perseguían por los rincones de la casa y se encerraban en los dormitorios a cualquier hora, en un permanente estado de excitación sin alivio. Estuvieron a punto de ser sorprendidos por Úrsula. Aquel episodio sacó a Amaranta del delirio. Se dio cuenta de que estaba chapaleando en una pasión otoñal, peligrosa y sin porvenir, y la cortó de un tajo. Aureliano José se fue a dormir al cuartel. Los sábados iba con los soldados a la tienda de Catarino [donde] se consolaba de su abrupta soledad (157).

[Ante el inminente armisticio, Aureliano regresa en secreto a Macondo para enterrar las armas y destruir los archivos. Luego, reúne a sus hombres de confianza y se marcha. Su hijo Aureliano José va con él (158).] Diez días después de que un comunicado conjunto del gobierno y la oposición anunció el término de la guerra, se tuvieron noticias del primer levantamiento armado del coronel Aureliano Buendía en la frontera occidental. Sus fuerzas escasas y mal armadas fueron dispersadas en menos de una semana. Pero en el curso de ese año intentó otros siete alzamientos. Una noche cañoneó a Riohacha desde una goleta, y la guarnición sacó de sus camas y fusiló en represalia a los catorce liberales más conocidos de la población. Por esa época murió Visitación. Se dio el gusto de morir de muerte natural, después de haber renunciado a un trono por temor al insomnio (159).

[A Macondo llegan noticias contradictorias sobre Aureliano, que lo dan por muerto y lo vuelven a revivir.] Después había de saberse que la idea que entonces lo animaba era la unificación de las fuerzas federalistas de la América Central, para barrer con los regímenes conservadores desde Alaska hasta la Patagonia. La primera noticia directa que Úrsula recibió de él, varios años después de haberse ido, fue una carta que le llegó de mano en mano desde Santiago de Cuba. [Tras el término de la guerra, el alcalde de Macondo es José Raquel Moncada (160).]

Inteligente, simpático, sanguíneo, había sido en cierto momento el adversario más temible del coronel Aureliano Buendía [al que llegó a invitar a humanizar la guerra.] Desde entonces, aun en los periodos más encarnizados de la guerra, los dos comandantes concertaron treguas para intercambiar prisioneros. Eran pausas con un cierto ambiente festivo [en los que ambos pacifistas forzados a guerrear] se hicieron grandes amigos. [Tras ser nombrado su corregidor, Moncada] consiguió que Macondo fuese erigido en municipio y fue por tanto su primer alcalde, y creó un ambiente de confianza que hizo pensar en la guerra como una absurda pesadilla del pasado. El padre Nicanor fue reemplazado por el padre Coronel, a quien llamaban *El Cachorro* (161). Bruno Crespi, casado con Amparo Moscote, construyó un teatro. Remedios, heredera de la belleza pura de su madre, empezaba a ser conocida como Remedios, la bella. Úrsula, ayudada por Santa Sofía de la Piedad había dado un nuevo impulso a su industria de repostería, y volvió a atiborrar de oro puro los calabazos enterrados en el dormitorio. Así estaban las cosas cuando Aureliano José desertó de las tropas federalistas y apareció en la cocina de la casa, macizo como

un caballo, prieto y peludo como un indio, y con la secreta determinación de casarse con Amaranta (162).

[Dos meses después de su regreso, Aureliano José volvió a acostarse con Amaranta.] Desde aquella noche se reiniciaron las sordas batallas sin consecuencias que se prolongaban hasta el amanecer (163). Había huido de ella tratando de aniquilar su recuerdo, buscando la manera de matarla con su propia muerte, hasta que oyó contar a alguien el viejo cuento del hombre que se casó con una tía que además era su prima, y cuyo hijo terminó siendo abuelo de sí mismo (164). [La historia me hace pensar en la peripecia matrimonial de Vargas Llosa, que se casó con su tía Julia y, posteriormente, con su prima Patricia, tres años antes de que García Márquez escribiera este relato.] [Pero Amaranta no accedió a sus razonamientos y finalmente, vencido por el dolor insoportable de la virilidad reprimida, trató de aplicarle a Amaranta el tratamiento del desprecio. Amaranta se sintió liberada de un lastre y volvió a pensar en el coronel Gerineldo Márquez [llegando] inclusive a desearlo como hombre de dormitorio. La noche en que [Aureliano José] no pudo resistir más la farsa de la indiferencia, y volvió al cuarto de Amaranta, ella lo rechazó con una determinación inflexible, inequívoca, y echó para siempre la aldaba del dormitorio.

Pocos meses después, se presentó en la casa una mujer exuberante con un niño de unos cinco años. Afirmó que era hijo del coronel Aureliano Buendía y lo llevaba para que Úrsula lo bautizara. Lo bautizaron con el nombre de Aureliano y con el apellido de su madre. Úrsula ignoraba entonces la costumbre de mandar doncellas a los dormitorios de los guerreros, pero en el curso de ese año se enteró: nueve hijos más del coronel Aureliano Buendía fueron llevados a la casa para ser bautizados (165). Llevaron niños de todas las edades, de todos los colores, pero todos varones, y todos con un aire de soledad que no permitía poner en duda el parentesco. En menos de doce años bautizaron con el nombre de Aureliano, y el apellido de la madre, a todos los hijos que diseminó a lo largo y ancho de sus territorios de guerra: diecisiete (166).

El coronel Aureliano Buendía estaba ya en camino para ponerse al frente de la rebelión más prolongada, radical y sangrienta de cuantas se habían intentado hasta entonces. [En Macondo] el capitán Aquiles Ricardo, comandante de la guarnición, asumió en la práctica el poder municipal. «Algo tremendo va a ocurrir», le decía Úrsula a Aureliano José [quien] al igual que Arcadio en otra época, había dejado de pertenecerla [aunque] al contrario que Arcadio, que nunca conoció su verdadero origen, él se enteró de que era hijo de Pilar Ternera. Eran, más que madre e hijo, cómplices en la soledad. Pilar Ternera había perdido el rastro de toda esperanza. Su risa había adquirido tonalidades de órgano, sus senos habían sucumbido al tedio de las caricias eventuales, su vientre y sus muslos habían sido víctimas de su irrevocable destino de mujer repartida, pero su corazón envejecía sin amargura (167). Con ínfulas de matrona en desgracia, encontró un remanso de consolación en los amores ajenos. En [su] casa, las muchachas del vecindario recibían a sus amantes casuales. «Soy feliz sabiendo que la gente es feliz en la cama.» Nunca cobraba el servicio. Nunca negaba el favor, como no se lo negó a los incontables hombres que la buscaron hasta el crepúsculo de su madurez, sin proporcionarle dinero ni amor, y sólo algunas veces placer (168).

[Desoyendo las súplicas de su madre, Aureliano José sale de casa. En la puerta del teatro, hay soldados cacheando a la concurrencia. Aureliano José se resiste y echa a correr, siendo alcanzado por un disparo del capitán Aquiles Ricardo.] Apenas sonó



el disparo [el capitán] fue derribado por dos balazos simultáneos, cuyo origen no se estableció nunca. Cuando Aureliano José acabó de desangrarse, más de cuatrocientos hombres habían desfilado frente al teatro y habían descargado sus revólveres contra el cadáver abandonado del capitán (169).

El general José Raquel Moncada volvió a vestir el uniforme y asumió la jefatura civil y militar de Macondo (170). El primero de octubre, el coronel Aureliano Buendía con mil hombres bien armados atacó Macondo. A mediodía, mientras el general Moncada almorzaba con Úrsula, un cañonazo rebelde pulverizó la fachada de la tesorería municipal. Esa noche [Moncada] fue capturado cuando trataba de fugarse de Macondo. Al día siguiente, el coronel Aureliano Buendía almorzó con él en casa de Úrsula, donde fue recluido hasta que un consejo de guerra revolucionario decidiera su destino. Fue una reunión familiar. Pero Úrsula tuvo la sombría impresión de que su hijo era un intruso (171).

[Con los años de guerra Aureliano ha cambiado. Es un hombre frío, receloso, capaz de cualquier cosa.] No bien se cumplió la orden de enterrar a los muertos en la fosa común, asignó al coronel Roque Carnicero la misión de apresurar los juicios de guerra, y él se empeñó en la agotadora tarea de imponer las reformas radicales que no dejaran piedra sobre piedra en la revenida estructura del régimen conservador. «Tenemos que anticiparnos a los políticos del partido. Cuando abran los ojos a la realidad se encontrarán con los hechos consumados.» [Al] revisar los títulos de propiedad de la tierra descubrió las tropelías legalizadas de su hermano José Arcadio [y] anuló los registros de una plumada (172).

[Rebeca] era un espectro del pasado. El coronel Aureliano Buendía empezó por aconsejarle que moderara el rigor de su luto, que ventilara la casa, que le perdonara al mundo la muerte de José Arcadio. Pero ya Rebeca estaba a salvo de toda vanidad. Ni siquiera se conmovió con la noticia de que las tierras usurpadas por José Arcadio serían restituidas a sus dueños legítimos. «Siempre creí, y lo confirmo ahora, que eres un descastado.» Los juicios sumarios concluyeron con el fusilamiento de toda la oficialidad del ejército regular prisionera de los revolucionarios (173).

[En su intento de salvar la vida del general Moncada] Úrsula llevó a declarar a todas las madres de los oficiales revolucionarios que vivían en Macondo. «No olviden que mientras Dios nos dé vida, nosotras seguiremos siendo madres, y por muy revolucionarios que sean tenemos derecho a bajarles los pantalones y darles una cueriza a la primera falta de respeto.» [Su gesto no impide que Moncada sea condenado a muerte ni consigue que Aureliano le conmute la pena. En el cepo, Moncada recibe la visita de Aureliano.] –Recuerda, compadre, que no te fusilo yo. Te fusila la revolución. –Vete a la mierda, compadre. –Sabes mejor que yo que todo consejo de guerra es una farsa, y que en verdad tienes que pagar los crímenes de otros. Tú, en mi lugar ¿no hubieras hecho lo mismo? –Probablemente. Pero lo que me preocupa no es que me fusiles, porque al fin y al cabo, para la gente como nosotros esto es la muerte natural. Lo que me preocupa es que de tanto odiar a los militares has terminado por ser igual que ellos. Y no hay un ideal en la vida que merezca tanta abyección. A este paso no sólo serás el dictador más sanguinario de nuestra historia, sino que fusilarás a mi comadre Úrsula tratando de apaciguar tu conciencia (175).

El coronel Gerineldo Márquez en su condición de jefe civil y militar de Macondo terminó por perder todo el contacto con la guerra (177). Su único refugio era el costurero de Amaranta [que] se complacía íntimamente en mantener vivo el fuego de su devoción. La visitaba todas las tardes. Durante cuatro años él le reiteró su amor, y ella encontró siempre la manera de rechazarlo sin herirlo, porque aunque no conseguía quererlo ya no podía vivir sin él (178).

Remedios la bella, de quien se pensaba que era retrasada mental, no fue insensible a tanta devoción, e intervino a favor del coronel. Amaranta descubrió de pronto que aquella niña, que apenas despuntaba la adolescencia, era ya la criatura más bella que se había visto en Macondo. Sintió renacer en su corazón el rencor que en otro tiempo experimentó contra Rebeca, y rogándole a Dios que no la arrastrara hasta el extremo de desearle la muerte, la desterró del costurero (179).

El coronel Aureliano Buendía volvió a Macondo sin ruido, sin escolta y con tres amantes que instaló en una misma casa, donde pasaba la mayor parte del tiempo tendido en una hamaca. En cierta ocasión el coronel Gerineldo Márquez le pidió instrucciones para la evacuación de una localidad fronteriza que amenazaba con convertirse en un conflicto internacional. «No me molestes con pequeñeces –le ordenó él-. Consúltalo con la Divina Providencia.» Era tal vez el momento más crítico de la guerra. Los terratenientes liberales, que al principio apoyaban la revolución, habían suscrito alianzas secretas con los terratenientes conservadores para impedir la revisión de los títulos de propiedad. Los políticos que capitalizaban la guerra desde el exilio habían repudiado públicamente las determinaciones drásticas del coronel Aureliano Buendía, pero hasta esa desautorización parecía tenerlo sin cuidado. De noche, o a la hora de la siesta, llamaba a la hamaca a una de sus mujeres y obtenía de ella una satisfacción rudimentaria, y luego dormía un sueño de piedra que no era perturbado por el más ligero indicio de preocupación (180).

[Cuando entregó a la viuda de Moncada las pertenencias del difunto, ella no le permitió entrar a la casa.] El coronel Aureliano Buendía no dio ninguna muestra de rencor, pero su espíritu sólo encontró el sosiego cuando su guardia personal saqueó y redujo a cenizas la casa de la viuda. Por esa época convocó una segunda asamblea de los principales comandantes rebeldes. Encontró de todo: idealistas, ambiciosos, aventureros, resentidos sociales y hasta delincuentes comunes. [Uno de ellos, el indio Teófilo Vargas,] (181) se apoderó del mando central. Quince días después fue despedazado a machetazos en una emboscada, y el coronel Aureliano Buendía asumió el mando central. [Pero un frío interior le obligó desde entonces a necesitar una manta aun en los días de máximo calor.] Extraviado en la soledad de su inmenso poder, empezó a perder el rumbo. Se sintió disperso, repetido, y más solitario que nunca (182). «El mejor amigo –solía decir entonces- es el que acaba de morir.» Solo, abandonado por los presagios, huyendo del frío que había de acompañarlo hasta la muerte, buscó un último refugio en Macondo, al calor de sus recuerdos más antiguos (183).

Una comisión del partido autorizada para discutir la encrucijada de la guerra [se reunió con Aureliano para pedirle que se abstuviera de revisar los títulos de propiedad de la tierra, de combatir la influencia clerical y de promulgar la igualdad de derechos entre hijos naturales y legítimos.] –Quiere decir que sólo estamos luchando por el poder. –Son reformas tácticas [para] ensanchar la base popular (184).

[Cuando Aureliano firmó la declaración, Gerineldo Márquez le reprochó que eso era una traición. Aureliano lo desarmó y lo puso a disposición de los tribunales

revolucionarios, que lo condenaron a muerte por alta traición. Úrsula fue a ver a su hijo.] «Sé que fusilarás a Gerineldo, y no puedo hacer nada por impedirlo. Pero tan pronto como vea el cadáver, juro ante Dios que te mataré con mis propias manos.» (185).

[Tras una noche de insomnio, Aureliano fue a la prisión y le dijo a Gerineldo:] «Vámonos de aquí. Ponte los zapatos y ayúdame a terminar con esta guerra de mierda.» Al decirlo, no imaginaba que era más fácil empezar una guerra que terminarla. Necesitó casi un año de rigor sanguinario para forzar al gobierno a proponer condiciones de paz favorables a los rebeldes, y otro año para persuadir a sus partidarios de la conveniencia de aceptarlas. Llegó a inconcebibles extremos de crueldad para sofocar las rebeliones de sus propios oficiales y terminó apoyándose en fuerzas enemigas para acabar de someterlos. Nunca fue mejor guerrero que entonces. La certidumbre de que por fin peleaba por su propia liberación, y no por ideales abstractos, le infundió un entusiasmo enardecido (186). La seguridad de que su día estaba señalado lo invistió de una inmunidad misteriosa, una inmortalidad a término fijo que lo hizo invulnerable a los riesgos de la guerra, y le permitió conquistar una derrota que era mucho más difícil y costosa que la victoria. Cuando se conoció la proximidad del armisticio y se pensó que él regresaba ora vez convertido en un ser humano, los afectos familiares aletargados por tanto tiempo renacieron con más fuerza que nunca (187).

El ejército regular tuvo que proteger la casa. Llegó vejado, escupido acusado de haber recrudescido la guerra sólo para venderla más cara. Temblaba de fiebre y de frío y tenía otra vez las axilas empedradas de golondrinos. En los dos últimos años le había pagado sus cuotas finales a la vida, inclusive la del envejecimiento (188). Úrsula comprendió que no lo tendría en la casa por mucho tiempo. «Si no es la guerra sólo puede ser la muerte.» El coronel Aureliano Buendía parecía tan ajeno a todo que ni siquiera se fijó en Remedios, la bella, que pasó desnuda hacia el dormitorio. [Pero] por primera vez en muchos años se atrevió a mirar [a Úrsula] a la cara. Tenía la piel cuarteada, los dientes carcomidos, el cabello marchito y sin color, y la mirada atónita. Descubrió los pequeños arañazos, los verdugones, las mataduras, las úlceras y cicatrices que habían dejado en ella más de medio siglo de vida cotidiana, y comprobó que esos estragos no suscitaban en él ni siquiera un sentimiento de piedad (189). La propia Remedios, su esposa, era en aquel momento la imagen borrosa de alguien que pudo haber sido su hija. El único afecto que prevalecía contra el tiempo y la guerra fue el que sintió por su hermano José Arcadio, cuando ambos eran niños, y no estaba fundado en el amor, sino en la complicidad. En los días siguientes se ocupó de destruir todo rastro de su paso por el mundo (190). [Sus versos los quemó en el horno de la panadería (191).]

El martes del armisticio amaneció lluvioso (191). El coronel Gerineldo Márquez fue a buscarlo en compañía de un grupo de oficiales rebeldes. El acto se celebró a veinte kilómetros de Macondo, a la sombra de una Ceiba gigantesca en torno a la cual había de (192) fundarse más tarde el pueblo de Neerlandia. Los delegados del gobierno y los partidos, y la comisión rebelde que entregó las armas fueron servidos por un bullicioso grupo de novicias de hábitos blancos. El coronel Aureliano Buendía llegó en una mula embarrada sin afeitar y atormentado por el dolor de los golondrinos. De acuerdo con lo dispuesto por él mismo, no hubo música, ni cohetes, ni campanas de júbilo. Un fotógrafo ambulante que tomó el único retrato suyo que hubiera podido conservarse, fue obligado a destruir las placas sin revelarlas (193).

[El tesorero de la revolución en la circunscripción de Macondo llegó con dos baúles conteniendo setenta y dos ladrillos de oro. Aureliano los] hizo incluir en el inventario de la rendición, y clausuró el acto sin permitir discursos. Luego se retiró a una tienda de campaña que le habían preparado por si quería descansar. Allí se quitó la camisa, se sentó en el borde del catre, y a las tres y cuarto de la tarde se disparó un tiro de pistola en el círculo de yodo que su médico personal le había pintado en el pecho (194).

A esa hora, en Macondo, Úrsula destapó la olla de la leche en el fogón, extrañada de que se demorara tanto en hervir, y la encontró llena de gusanos. «¡Han matado a Aureliano!» [Sin embargo, el médico había desobedecido a Aureliano y] la bala entró por el pecho y le salió por la espalda sin lastimar ningún centro vital. «Si todavía me quedase autoridad –le dijo al doctor- lo haría fusilar. No por salvarme la vida, sino por hacerme quedar en ridículo.» [Sin embargo,] el fracaso de la muerte le devolvió en pocas horas el prestigio perdido. Los mismos que inventaron la patraña de que había vendido la guerra por un aposento cuyas paredes estaban construidas con ladrillos de oro, definieron la tentativa de suicidio como un acto de honor, y lo proclamaron mártir (195). Luego, cuando rechazó la Orden del Mérito que le otorgó el presidente de la república, hasta sus más encarnizados rivales desfilaron por su cuarto pidiéndole que promoviera una nueva guerra. Impresionado por el respaldo masivo de sus antiguos compañeros de armas, el coronel Aureliano Buendía no descartó la posibilidad de complacerlos [llegando a amenazar al presidente] con proclamar la guerra a muerte. La única respuesta del gobierno fue el refuerzo de la guardia militar que se había puesto en la puerta de la casa con la prohibición de toda clase de visitas (196).

Cuando supo que su hijo viviría [Úrsula volvió a rejuvenecer la casa.] La hizo lavar y pintar, cambió los muebles, restauró el jardín y abrió puertas y ventanas para que entrara hasta los dormitorios la deslumbrante claridad del verano. Decretó el término de los numerosos lutos superpuestos, y ella misma cambió los viejos trajes rigurosos por ropas juveniles (197).

#### [Cap. 10]

[Cuando Aureliano Segundo, casado con Fernanda del Carpio, puso a su primer hijo el nombre de José Arcadio,] Úrsula no pudo ocultar un vago sentimiento de zozobra. La tenaz repetición de los nombres le había permitido sacar conclusiones que le parecían terminantes. Mientras los Aurelianos eran retraídos, pero de mentalidad lúcida, los José Arcadio eran impulsivos y emprendedores, pero estaban marcados por un signo trágico. Los únicos casos de clasificación imposible eran los de José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo. Fueron tan parecidos durante la infancia que ni la propia Santa Sofía de la Piedad podía distinguirlos. El día del bautismo, Amaranta les puso esclavas con sus respectivos nombres y los vistió con ropas de colores distintos, pero cuando empezaron a asistir a la escuela optaron por cambiarse la ropa y las esclavas y por llamarse ellos mismos con los nombres cruzados (198).

Hasta el principio de la adolescencia fueron dos mecanismos sincrónicos. Un día Santa Sofía de la Piedad le dio a uno un vaso de limonada, y más tardó en probarlo que el otro en decir que le faltaba azúcar. El tiempo acabó de desordenar las cosas. El que en los juegos de confusión se quedó con el nombre de Aureliano Segundo se volvió monumental como el abuelo, y el que se quedó con el nombre de José Arcadio Segundo se volvió óseo como el coronel, lo que hizo sospechar a Úrsula

que estaban barajados desde la infancia. La diferencia decisiva se reveló en plena guerra, cuando José Arcadio Segundo [expresó su deseo de] ver los fusilamientos [mientras] Aureliano Segundo se estremeció ante la sola idea de presenciar una ejecución (199).

Nadie había vuelto a entrar al cuarto desde que sacaron el cadáver de Melquíades. Pero cuando Aureliano Segundo abrió las ventanas [comprobó que] no había el menor rastro de polvo o telarañas, sino que todo estaba barrido y limpio, y la tinta no se había secado en el tintero ni el óxido había alterado el brillo de los metales, ni se había extinguido el rescoldo del atamor donde José Arcadio Buendía vaporizó el mercurio. A pesar del encierro de muchos años, el aire parecía más puro que en el resto de la casa (200).

Un mediodía ardiente, mientras [Aureliano Segundo] escrutaba los manuscritos, sintió que no estaba solo en el cuarto. Sentado con las manos en las rodillas estaba Melquíades. No tenía más de cuarenta años. Aureliano Segundo lo reconoció de inmediato, porque aquel recuerdo hereditario se había transmitido de generación en generación, y había llegado a él desde la memoria de su abuelo. Desde entonces, durante varios años, se vieron casi todas las tardes (201).

José Arcadio Segundo había satisfecho la ilusión de ver un fusilamiento. [La víctima murió, y así fue enterrado, con los ojos abiertos y una sonrisa en los labios.] Se impresionó tanto, que desde entonces detestó las prácticas militares y la guerra. [Su segunda inclinación fue] tocar las campanas en la torre, y ayudarle a misa al padre Antonio Isabel. El coronel Gerineldo Márquez, escandalizado, se lo contó a Úrsula. «Mejor –aprobó ella-. Ojalá se meta de cura, para que Dios entre por fin en esta casa.» Muy pronto se supo que el padre Antonio Isabel lo estaba preparando para la primera comunión. Fogueado por su preceptor, José Arcadio Segundo llegó en pocos meses a ser tan ducho en martingalas teológicas para confundir al demonio, como diestro en las trampas de la gallera (202).

Dos noches antes de la primera comunión, el padre Antonio Isabel [lo confesó] con la ayuda de un diccionario de pecados. José Arcadio Segundo se desconcertó con la pregunta de si [había hecho cosas malas con animales]. Más tarde le hizo la pregunta a Petronio, el sacristán, [que] le contestó: «Es que hay cristianos corrompidos que hacen sus cosas con las burras.» José Arcadio Segundo siguió demostrando tanta curiosidad que Petronio [lo llevó una noche] hasta una huerta cercana [para hacerle una demostración práctica.] El muchacho se aficionó tanto a aquellas incursiones nocturnas que pasó mucho tiempo antes de que se le viera en la tienda de Catarino (203).

[La pericia con los gallos de pelea proporcionó a José Arcadio Segundo dinero suficiente] para procurarse satisfacciones de hombre. [Una de sus amantes llevó a su dormitorio a Aureliano Segundo.] Al cabo de dos semanas, Aureliano Segundo se dio cuenta de que la mujer se había estado acostando con él y con su hermano, creyendo que eran el mismo hombre, y en vez de aclarar la situación se las arregló para prolongarla. No volvió al cuarto de Melquíades. [La mujer regaló un acordeón a Aureliano Segundo, quien a fuerza de tocar de oído se convirtió en un virtuoso de este instrumento.] (204).

[José Arcadio Segundo contrajo] una enfermedad de la mala vida [que transmitió a la mujer, y ésta a Aureliano Segundo] Ambos se curaron por separado después de tres meses de sufrimientos secretos. José Arcadio Segundo no volvió a ver a la mujer.

Aureliano Segundo se quedó con ella hasta la muerte. Se llamaba Petra Cotes [y] tenía un corazón generoso y una magnífica vocación para el amor. Cuando Úrsula se dio cuenta de que José Arcadio Segundo era gallero y Aureliano Segundo tocaba el acordeón en las fiestas ruidosas de su concubina, creyó enloquecer de confusión (205).

Aunque ya era centenaria y estaba a punto de quedarse ciega por las cataratas, [Úrsula acometió la tarea de formar al primer hijo de Aureliano Segundo como un] hombre virtuoso que nunca hubiera oído hablar de la guerra, de los gallos de pelea, las mujeres de mala vida y las empresas delirantes, cuatro calamidades que habían determinado la decadencia de su estirpe. «Éste será cura. Y si Dios me da vida, ha de llegar a ser Papa.» En pocos años, sin esfuerzos, a puros golpes de suerte, [Aureliano Segundo] había acumulado una de las más grandes fortunas de la ciénaga, gracias a la proliferación sobrenatural de sus animales. Sus yeguas parían trillizos, sus gallinas ponían dos veces al día y los cerdos engordaban con desenfreno (206).

[Convencido de] que su buena estrella era influencia de Petra Cotes, aun cuando se casó y tuvo hijos siguió viviendo con ella con el consentimiento de Fernanda. Hasta el final de las guerras, Petra Cotes seguía sosteniéndose con el producto de sus rifas, y Aureliano Segundo se las arreglaba para saquear de vez en cuando las alcancías de Úrsula. Sordo al clamor de Úrsula y a las burlas de su hermano, Aureliano Segundo sólo pensaba entonces en encontrar un oficio que le permitiese sostener una casa para Fernanda, y morirse con ella, sobre ella y debajo de ella, en una noche de desafuero febril (207).

Cuando el coronel Aureliano Buendía volvió a abrir el taller, seducido al fin por los encantos pacíficos de la vejez, Aureliano Segundo pensó que sería un buen negocio dedicarse a la fabricación de pescaditos de oro. El oficio le pareció tan laborioso que al cabo de tres semanas desapareció del taller. Fue en esa época que le dio a Petra Cotes por rifar conejos. [Cuando] Aureliano Segundo advirtió las alarmantes proporciones de la proliferación [le dijo:] «¿Por qué no pruebas con vacas?» Pocos días después, Petra Cotes cambió los conejos por una vaca, que dos meses más tarde parió trillizos. Así empezaron las cosas. De la noche a la mañana, Aureliano Segundo se hizo dueño de tierras y ganados (208).

Era una prosperidad de delirio. [En respuesta a las recriminaciones de Úrsula] Un día apareció con un cajón de dinero, una lata de engrudo y una brocha, y empapeló la casa por dentro y por fuera con billetes de a peso, y arrojó los billetes sobrantes en el patio. «Dios mío –suplicaba Úrsula-. Haznos tan pobres como éramos cuando fundamos este pueblo, no sea que en la otra vida nos vayamos a cobrar esta dilapidación.» Sus súplicas fueron escuchadas en sentido contrario. Uno de los trabajadores [encargados de desprender] los billetes tropezó con un enorme San José de yeso que alguien había dejado en la casa en los últimos años de la guerra, y la imagen hueca se despedazó contra el suelo. Estaba atiborrada de monedas de oro (209). «Lo trajeron tres hombres», explicó Amaranta. [Úrsula] escupió el espectacular montón de monedas, lo metió en tres sacos de lona, y lo enterró en un lugar secreto, en espera de que los tres desconocidos fueran a reclamarlo. Estas cosas eran corrientes en aquel tiempo. Macondo naufragaba en una prosperidad de milagro. Las casas de barro y cañabrava de los fundadores habían sido reemplazadas con construcciones de ladrillo y pisos de cemento. Las piedras prehistóricas [del río] fueron pulverizadas por las enloquecidas almádenas de José Arcadio Segundo, cuando se empeñó en despejar el cauce para establecer un

servicio de navegación. Fue un sueño delirante. Pero José Arcadio Segundo, en un imprevisto arranque de temeridad, se empeñó en el proyecto (210).

Hasta entonces no había dado ninguna muestra de imaginación. Úrsula lo tenía como el ejemplar más apagado que había dado la familia en toda su historia. [Pero] cuando el coronel Aureliano Buendía le contó la historia del galeón español encallado a doce kilómetros del mar, el relato fue una revelación para José Arcadio Segundo [que] reclutó hombres y compró herramientas, y se empeñó en la descomunal empresa de romper piedras excavar canales, despejar escollos y hasta emparejar cataratas. Cuando estimó que el río era navegable, José Arcadio Segundo hizo a su hermano una exposición pormenorizada de sus planes, y éste le dio el dinero que le hacía falta para su empresa. [Algún tiempo después] los habitantes de Macondo vieron con ojos pasmados de incredulidad la llegada del primer y último barco que atracó jamás en el pueblo. No era más que una balsa de troncos, arrastrada mediante gruesos cables por veinte hombres que caminaban por la ribera (211).

[A bordo de la balsa, José Arcadio Segundo traía] un grupo de matronas de Francia, cuyas artes magníficas cambiaron los métodos tradicionales del amor y cuyo sentido del bienestar social arrasó con la anticuada tienda de Catarino. Fueron ellas las promotoras del carnaval sangriento que durante tres días hundió a Macondo en el delirio, y cuya única consecuencia perdurable fue haberle dado a Aureliano Segundo la oportunidad de conocer a Fernanda del Carpio (212).

[Pese a los esfuerzos de Úrsula por mantener oculta tras una mantilla la belleza de Remedios, la bella, no pudo evitar que los hombres descubrieran su rostro (212).] El hombre que lo hizo posible, un forastero, perdió para siempre la serenidad, se enredó en los tremedales de la abyección y la miseria, y años después fue despedazado por un tren nocturno cuando se quedó dormido sobre los rieles. Era tan hermoso tan gallardo y reposado, que Pietro Crespi junto a él habría parecido un sietemesino. Aparecía al amanecer del domingo, como un príncipe de cuento, en un caballo con estribos de plata y gualdrapas de terciopelo, y abandonaba el pueblo después de la misa. Desde la primera vez que se le vio en la iglesia todo el mundo dio por sentado que entre él y Remedios, la bella se había establecido un duelo callado y tenso cuya culminación no podía ser solamente el amor sino también la muerte. El sexto domingo, el caballero [entregó una rosa amarilla a Remedios, que] se descubrió el rostro por un instante y dio las gracias con una sonrisa. Para todos los hombres que tuvieron el desdichado privilegio de vivirlo, aquel fue un instante eterno (213).

Aureliano Segundo sintió por [el caballero] una compasión cordial, [y] trató de hacerle entender que las hembras de su familia tenían entrañas de pedernal pero no consiguió vulnerar su obstinación. Nada lo hizo desistir, salvo su propio y lamentable estado de desmoralización. Se volvió pendenciero de cantina amaneció revolcado en sus propias excrecencias [¿quiso decir excrementos?] en la tienda de Catarino. Lo más triste de su drama era que Remedios, la bella, no se fijó en él. En realidad, Remedios, la bella, no era un ser de este mundo. Llegó a los veinte años sin aprender a leer y escribir, sin servirse de los cubiertos en la mesa, paseándose desnuda por la casa (214).

Parecía como si una lucidez penetrante le permitiera ver la realidad de las cosas más allá de cualquier formalismo. [¿Podría aplicarse al realismo mágico?] Ese era al menos el punto de vista del coronel Aureliano Buendía, para quien Remedios, la

bella, no era en modo alguno retrasada mental, sino todo lo contrario. [A Úrsula] la conturbaba su hermosura, porque le parecía una trampa diabólica en el centro de la candidez. Fue por eso que decidió preservarla de toda tentación terrenal, sin saber que Remedios, la bella, ya desde el vientre de su madre, estaba a salvo de cualquier contagio. [Remedios fue elegida] reina de la belleza en el pandemónium del carnaval. La noticia rebasó en pocas horas los límites de la ciénaga [y] llegó hasta lejanos territorios donde se ignoraba el enorme prestigio de su belleza (215).

El coronel Aureliano Buendía poco a poco había ido perdiendo todo contacto con la realidad de la nación. Encerrado en su taller, su única relación con el resto del mundo era el comercio de pescaditos de oro. Con su terrible sentido práctico, [Úrsula] no podía entender el negocio del coronel, que cambiaba los pescaditos por monedas de oro, y luego convertía las monedas de oro en pescaditos. En realidad, lo que le interesaba a él no era el negocio sino el trabajo [que lo absorbía] de la desilusión de la guerra [y lo premiaba] con la paz del espíritu (216). Taciturno, silencioso, insensible al nuevo soplo de vitalidad que estremecía en la casa, el coronel Aureliano Buendía apenas si comprendió que el secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad. Sin fijarse siquiera en el incendio de los rosales, ni el brillo de la hora, ni en la impavidez de Amaranta, cuya melancolía hacía un ruido de marmita perfectamente perceptible al atardecer, se sentaba a la puerta de la calle hasta que se lo permitían los mosquitos. «Aquí. Esperando que pase mi entierro.» (217)

[Pese al retiro del coronel,] la reaparición pública de su apellido, a propósito del reinado de Remedios, la bella, [provocó cierta inquietud entre sus adversarios, que subieron en un trono a la mujer más hermosa del país y, disfrazados de beduinos, se presentaron en el carnaval de Macondo.] No faltó quien tuviera la suficiente clarividencia para sospechar que se trataba de una provocación. Pero Aureliano Segundo declaró huéspedes de honor a los recién llegados y sentó salomónicamente a Remedios, la bella, y a la reina intrusa en el mismo pedestal. De pronto, en el paroxismo de la fiesta, las descargas de fusilería ahogaron el esplendor de los fuegos artificiales, y los gritos de terror anularon la música, y el júbilo fue aniquilado por el pánico. [Lo que pasó] no se esclareció nunca [pero] prevaleció la versión de que la guardia real de la soberana intrusa era un escuadrón del ejército regular que debajo de sus ricas chilabas escondían fusiles de reglamento [y] a una seña de su comandante [dispararon] sin piedad contra la muchedumbre. Seis meses después de la masacre Aureliano Segundo fue a buscar [a la reina intrusa, que se llamaba Fernanda del Carpio,] y se casó con ella en Macondo (217/219).

#### [Cap. 11]

[Incapaz de conciliar su doble relación con Fernanda y Petra] Aureliano Segundo comprendió desde la noche de bodas que volvería a casa de Petra Cotes. Fernanda era una mujer perdida para el mundo. Había nacido y crecido a mil kilómetros del mar, en una ciudad lúgubre por cuyas callejuelas de piedra traqueteaban todavía las carrozas de los virreyes. En la casa señorial embaldosada de losas sepulcrales jamás se conoció el sol. «Somos inmensamente ricos y poderosos –le dijo [su madre]-. Un día serás reina.» Ella lo creyó. Hasta el día de la boda soñó con un reinado de leyenda, a pesar de que su padre tuvo que hipotecar la casa para comprarle el ajuar. No era ingenuidad ni delirio de grandeza. Así la educaron. Desde que tuvo uso de razón recordaba haber hecho sus necesidades en una bacinilla de oro con el escudo de armas de la familia. Salió de casa por primera vez a los doce años [para ir a estudiar a un convento.] Sus compañeras de clase se sorprendieron



de que la tuvieran apartada y de que ni siquiera se mezclara con ellas durante el recreo. «Ella es distinta –explicaban las monjas-. Va a ser reina.» Al cabo de ocho años volvió a casa de sus padres. La encontró saqueada, quedaban apenas los muebles indispensables (223) porque los útiles domésticos habían sido vendidos para sufragar los gastos de su educación. Empezaba a perder la ilusión de ser reina [cuando] la llevaron a Macondo. En un solo día, con un zarpazo brutal, la vida le echó encima todo el peso de una realidad que durante años le habían escamoteado sus padres. De regreso a casa se encerró en su cuarto a llorar la quemadura de aquella burla inaudita. Se había prometido no abandonar el dormitorio hasta la muerte, cuando Aureliano Segundo llegó a buscarla (224).

[Buscando a Fernanda, Aureliano Segundo] se extravió por desfiladeros de niebla, por tiempos reservados al olvido, por laberintos de desilusión. Atravesó un páramo amarillo donde el eco repetía los pensamientos y la ansiedad provocaba espejismos premonitorios. [Cuando por fin dio con Fernanda] apenas si hubo tiempo para que las monjas cosieran el ajuar. Para ella, esa fue la fecha real de su nacimiento (225). Para Aureliano Segundo fue casi al mismo tiempo el principio y el fin de la felicidad. Fernanda llevaba un precioso calendario en el que su director espiritual había marcado con tinta morada las fechas de abstinencia venérea. Descontando la Semana Santa, los domingos, las fiestas de guardar, los primeros viernes, los retiros, los sacrificios y los impedimentos cíclicos, su anuario útil quedaba reducido a 42 días desperdigados en una maraña de cruces moradas. Aureliano Segundo [estaba] convencido de que el tiempo echaría por tierra aquella alambrada hostil. [Al cabo de dos semanas, Fernanda] abrió la puerta de su dormitorio con la resignación al sacrificio con que lo hubiera hecho una víctima expiatoria. Se había puesto un camisón blanco, largo hasta los tobillos y con mangas hasta los puños y un ojal grande y redondo primorosamente ribeteado a la altura del vientre. Aureliano Segundo no pudo reprimir una explosión de risa (226).

Un mes después, no habiendo conseguido que la esposa se quitara el camisón, se fue a hacer el retrato de Petra Cotes vestida de reina. Más tarde, cuando logró que Fernanda regresara a casa, ella cedió a sus apremios en la fiebre de la reconciliación, pero no supo proporcionarle el reposo con que él soñaba. [Cuando Fernanda supo que su marido seguía acostándose con Petra, éste se justificó:] «Tuve que hacerlo, para que siguieran pariendo los animales.» Le hizo falta un poco de tiempo para convencerla, pero cuando por fin lo consiguió, la única promesa que le impuso Fernanda fue que no se dejara sorprender por la muerte en la cama de su concubina. Así continuaron viviendo los tres, sin estorbarse (227).

A pesar de la visible hostilidad de la familia, Fernanda terminó con la costumbre de comer en la cocina, y cuando cada quien tenía hambre, e impuso la obligación de hacerlo a horas exactas en la mesa grande del comedor. La costumbre se impuso, así como la de rezar el rosario antes de la cena. Mientras Úrsula disfrutó del dominio pleno de sus facultades, subsistieron algunos de los antiguos hábitos, pero cuando perdió la vista y el peso de los años la relegó a un rincón, el círculo de rigidez iniciado por Fernanda desde el momento en que llegó, terminó por cerrarse completamente, y nadie más que ella determinó el destino de la familia (228).

El coronel Aureliano Buendía alcanzó a darse cuenta de aquellos cambios y previó sus consecuencias. «Nos estamos volviendo gente fina» protestaba. Fernanda, con muy buen tacto, se cuidó de no tropezar con él. Cuando su esposo decidió ponerle al primer hijo el nombre del bisabuelo, no se atrevió a oponerse. Pero cuando nació la primera hija expresó sin reservas su determinación de que se llamase Renata,

como su madre [contrariando los deseos de Úrsula de que se llamase Remedios.] (229). La bautizaron con el nombre de Renata Remedios. [Fernanda la llamó Renata, pero todo el pueblo la llamó Meme, diminutivo de Remedios. Cada Navidad, don Fernando enviaba un cajón con] los últimos desperdicios del patrimonio señorial. [Con ellos, Fernanda] construyó en el dormitorio de los niños un altar con santos de tamaño natural. Poco a poco, el esplendor funerario de la antigua y helada mansión se fue trasladando a la luminosa casa de los Buendía (230). En la décima Navidad [el cajón contenía el cadáver de] don Fernando vestido de negro y con un crucifijo en el pecho, con la piel reventada en eructos pestilentes y cocinándose a fuego lento en un espumoso y barboritante caldo de perlas vivas.

[El coronel Aureliano Buendía rechazó un homenaje del gobierno] (231). Lo que más le indignó fue la noticia de que el propio presidente de la república pensaba asistir a los actos de Macondo para imponerle la Orden del Mérito. El coronel Aureliano Buendía le mandó decir que esperaba con verdadera ansiedad aquella tardía pero merecida ocasión de darle un tiro, no para cobrarle las arbitrariedades y anacronismos de su régimen, sino por faltarle al respeto a un viejo que no hacía mal a nadie. El presidente de la república le mandó la condecoración con un representante oficial [y] el jubileo se llevó a cabo sin asistencia de ninguno de los miembros de la familia. Fue una casualidad que coincidiera con la semana del carnaval (232).

[En aquellas fechas también visitaron al coronel diecisiete hombres] de todos los tipos y colores, pero todos con un aire solitario que habría bastado para identificarlos en cualquier lugar de la tierra. Eran sus hijos. Aureliano Segundo no desperdició la ocasión de festejar a los primos con una estruendosa parranda de champaña y acordeón. Hicieron añicos media vajilla, destrozaron los rosales persiguiendo a un toro para mantearlo, mataron las gallinas a tiros, obligaron a Amaranta a bailar los valeses tristes de Pietro Crespi y soltaron en el comedor un cerdo embadurnado de sebo que revolcó a Fernanda, pero nadie lamentó los percances, porque la casa se estremeció con un terremoto de buena salud (233). Aureliano Segundo decidió que todos se quedaran a trabajar con él. El único que aceptó fue Aureliano Triste. El miércoles de ceniza, antes de que volvieran a dispersarse en el litoral, Amaranta [los llevó a misa]. El padre Antonio Isabel les puso en la frente la cruz de ceniza [cuya] mancha era indeleble (234).

Aureliano Triste instaló en las afueras del pueblo la fábrica de hielo con que soñó José Arcadio Buendía (235). [Aureliano Triste preguntó por la casa de Rebeca. Como todos le dijeron que estaba abandonada, derribó la puerta con el hombro, encontrándose frente a] una escuálida mujer con unos ojos grandes aún hermosos, en los cuales se habían apagado las últimas estrellas de la esperanza. Estremecido por la visión de otro mundo, Aureliano Triste apenas se dio cuenta de que la mujer lo estaba apuntando con una anticuada pistola militar. «Perdone. Quiero alquilar la casa», dijo. La mujer levantó entonces la pistola, apuntando con pulso firme la cruz de ceniza, y montó el gatillo con una determinación inapelable. «Váyase», ordenó (236). [La noticia de que Rebeca estaba viva despertó sentimientos dispares en la casa: el odio de Amaranta, la piedad de Úrsula, el proteccionismo de Aureliano Segundo. Pero] Rebeca había necesitado muchos años de sufrimiento y miseria para conquistar los privilegios de la soledad, y no estaba dispuesta a renunciar a ellos a cambio de una vejez perturbada por los falsos encantos de la misericordia (237).

[Aprovechando un segundo regreso de sus hermanastros, Aureliano Triste restauró la casa de Rebeca, pero sólo por fuera. Rebeca] hizo un cálculo de los costos y les mandó con Argénida, la vieja sirvienta que seguía acompañándola, un puñado de monedas retiradas de la circulación. [Esta vez se quedó con Aureliano Triste otro hijo del coronel, Aureliano Centeno, que poseía] un asombroso poder de destrucción manual. Tantos platos rompió, inclusive sin tocarlos, que Fernanda optó por comprarle un servicio de peltre [cuyos componentes] estaban al poco tiempo desconchados y torcidos (238). [En compensación, Aureliano Centeno tenía] una estupenda capacidad de trabajo. En poco tiempo incrementó de tal modo la producción de hielo, que rebasó el mercado local, y Aureliano Triste tuvo que pensar en la posibilidad de extender el negocio a otras poblaciones de la ciénaga. «Hay que traer el ferrocarril», dijo. Aureliano Segundo soltó el dinero [necesario y] Aureliano Triste se fue para estar de vuelta cuando pasaran las lluvias. Aureliano Centeno había empezado a experimentar la elaboración de hielo con base de jugos de frutas [inventando] los helados (239).

A principios del otro invierno, una mujer que lavaba en el río atravesó la calle central lanzando alaridos en un alarmante estado de conmoción. «Ahí viene un asunto espantoso como una cocina arrastrando un pueblo». Las semanas precedentes se había visto a las cuadrillas que tendieron durmientes y rieles, y nadie les prestó atención porque pensaron que era un nuevo artificio de los gitanos que volvían con su dale que dale de pitos y sonajas pregonando las excelencias de quién iba a saber qué pendejo menjunje de jarapellinosos genios jerosolimitanos. [Hasta que vieron a] Aureliano Triste [que entraba en Macondo] saludando desde la locomotora [de un tren amarillo adornado de flores.] (240).

#### [Cap. 12]

[Aureliano Triste instaló una planta eléctrica. Bruno Crespi llevó el cine, pero la gente rompió las butacas y dejó de ir cuando, después de haber llorado la muerte de un personaje, volvió a verlo vivo en la siguiente película. Las matronas de Francia sustituyeron los organillos por gramófonos, pero la gente siguió prefiriendo los músicos de carne y hueso (241). En la estación de ferrocarril pusieron un teléfono.] Era como si Dios hubiera resuelto poner a prueba toda capacidad de asombro, y mantuviera a los habitantes de Macondo en un permanente vaivén entre el alborozo y el desencanto [hasta el punto de que] convulsionó de impaciencia al espectro de José Arcadio Buendía bajo el castaño y lo obligó a caminar por toda la casa aun a pleno día. [El tren, que llegaba cada miércoles a las once, llenó Macondo de toda clase de] equilibristas del comercio ambulante (242).

Entre estas criaturas de farándula, con pantalones de montar y polainas, sombrero de corcho, espejuelos con armaduras de acero, ojos de topacio y pellejo de gallo fino, llegó a Macondo y almorzó en la casa el rechoncho y sonriente Mr. Herbert. Tenía un negocio de globos cautivos, que había llevado por medio mundo con excelentes ganancias, pero no había conseguido elevar a nadie en Macondo porque consideraban ese invento como un retroceso, después de haber visto y probado las esteras voladoras de los gitanos. [Mr. Herbert somete los bananos a extraños análisis] (243).

En los días siguientes llegó un grupo de ingenieros, agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores. Más tarde llegó el señor Jack Brown [rodeado de] solemnes abogados vestidos de negro. Los suspicaces habitantes de Macondo apenas empezaban a preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando, cuando

ya el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc, poblado por forasteros que llegaban de medio mundo en el tren. Los gringos, que después llevaron sus mujeres, hicieron un pueblo aparte al otro lado de la línea del tren, con calles bordeadas de palmeras, mesitas blancas en las terrazas y ventiladores de aspas colgados en el cielorraso, y extensos prados azules con pavorreales y codornices. El sector estaba cercado [y] electrificado [de modo] que en los meses del verano amanecía negro de golondrinas achicharradas (244).

Dotados de recursos que en otro tiempo estuvieron reservados a la Divina Providencia, modificaron el régimen de lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas, y quitaron el río de donde estuvo siempre. Fue en esa ocasión cuando construyeron una fortaleza de hormigón sobre la tumba de José Arcadio. Para los forasteros que llegaban sin amor llevaron un tren cargado de putas inverosímiles, hembras babilónicas adiestradas en recursos inmemoriales, y provistas de toda clase de ungüentos y dispositivos para estimular a los inermes, despabilar a los tímidos, saciar a los voraces. La Calle de los Turcos bordoneaba la noche del sábado con las muchedumbres de aventureros que se atropellaban entre las mesas de suerte y azar, los mostradores de tiro al blanco, las mesas de fritangas y bebidas, que amanecían el domingo desparramadas por el suelo entre cuerpos de borrachos felices y de curiosos abatidos por los disparos, trompadas, navajitas y botellazos de la pelotera (245).

El único rincón de serenidad fue establecido por los pacíficos negros antillanos que construyeron una calle marginal. [Aureliano Segundo llenó la casa de chusma.] Fernanda tuvo que atragantarse sus escrúpulos y atender como reyes a invitados de la más perversa condición que embarraban el corredor, se orinaban en el jardín y hablaban [impúdicamente delante de las damas]. Amaranta volvió a comer en la cocina. El coronel Aureliano Buendía (246) optó por encerrarse con tranca [en su taller]. Úrsula, en cambio, experimentaba un alborozo pueril cuando se aproximaba la llegada del tren. Al almuerzo, la casa trepidaba con un alboroto de mercado, y los sudorosos comensales irrumpían en tropel para ocupar los mejores puestos en la mesa. Otros dos hijos del coronel Aureliano Buendía [Aureliano Serrador y Aureliano Arcaya] llegaron arrastrados por aquel eructo volcánico. «Nosotros venimos – dijeron- porque todo el mundo viene.» (247).

Remedios, la bella, se estancó en una adolescencia impermeable a los formalismos, indiferente a la malicia y la suspicacia, feliz en un mundo propio de realidades simples. No entendía por qué las mujeres se complicaban la vida con corpiños y pollerines, de modo que se cosió un balandrán de cañamazo que sencillamente se metía por la cabeza y resolvía sin más trámites los problemas del vestir, sin quitarle la impresión de estar desnuda que según ella entendía las cosas era la única forma decente de estar en casa. Le molestaron tanto para que se cortara el cabello, que ya le daba a las pantorrillas, que se rapó la cabeza y les hizo pelucas a los santos. Lo asombroso de su instinto simplificador, era que mientras más pasaba por encima de los convencionalismos en obediencia a la espontaneidad, más perturbadora resultaba su belleza y más provocador un comportamiento con los hombres (248). Era demasiado evidente que estaba desnuda por completo bajo el burdo camisón, y nadie podía entender que no era una criminal provocación el descaro con que se descubría los muslos para quitarse el calor, y el gusto con que se chupaba los dedos después de comer con las manos. [Para atajar la desesperación de los forasteros, Úrsula decretó que Remedios comiese en la cocina, con Amaranta (249).]

[Un forastero que trepó al tejado para observarla mientras se bañaba] le suplicó con los ojos llenos de lágrimas que se casara con él. Ella le contestó que nunca se casaría con un hombre tan simple que perdía casi una hora sólo por ver bañarse a una mujer. El hombre quitó dos tejas más para descolgarse en el interior del baño. Las tejas se despedazaron en un estrépito de desastre y el hombre se rompió el cráneo [contra] el piso de cemento. Los forasteros que se apresuraron a llevarse el cadáver, percibieron que las grietas del cráneo no manaban sangre sino un aceite ambarino impregnado [del perfume secreto que emanaba de la joven], y entonces comprendieron que el olor de Remedios, la bella, seguía torturando a los hombres más allá de la muerte. Sin embargo, faltaba todavía una víctima para que los forasteros dieran crédito a la leyenda de que Remedios Buendía no exhalaba un aliento de amor, sino un flujo mortal (250/251).

La ocasión de comprobarlo se presentó meses después, una tarde en que Remedios, la bella, fue con un grupo de amigas a conocer las nuevas plantaciones [de bananos, donde] a veces no se entendía muy bien lo dicho a medio metro de distancia, y sin embargo resultaba perfectamente comprensible al otro extremo de la plantación. Desde que el grupo de amigas entró en la plantación, el aire se impregnó de una fragancia mortal. Los hombres que trabajaban en las zanjas se sintieron poseídos por una rara fascinación y muchos sucumbieron a los terribles deseos de llorar. Remedios, la bella, y sus espantadas amigas, lograron refugiarse en una casa próxima cuando estaban a punto de ser asaltadas por un tropel de machos feroces. Uno de los hombres, aprovechando el tumulto, le alcanzó a agredir el vientre con una mano que más bien parecía una garra de águila. Esa noche, el hombre se jactó de su audacia y presumió de su suerte en la Calle de los Turcos, minutos antes de que la patada de un caballo le destrozara el pecho (252).

La suposición de que Remedios, la bella, poseía poderes de muerte [quedó] sustentada por cuatro hechos irrefutables. Tal vez para conjurar sus peligros habría bastado con un sentimiento tan primitivo y simple como el amor, pero eso fue lo único que no se le ocurrió a nadie. Úrsula no volvió a ocuparse de ella (253). Amaranta llegó a la conclusión simple de que era una boba. Fernanda no hizo siquiera la tentativa de comprenderla. A pesar de que el coronel Aureliano Buendía seguía repitiendo que Remedios, la bella, era el ser más lúcido que había conocido jamás, y que lo demostraba a cada momento con su asombrosa habilidad para burlarse de todos, la abandonaron a la buena de Dios. Una tarde de marzo [mientras doblaban unas sábanas en el jardín] Amaranta advirtió que Remedios, la bella, estaba transparentada por una palidez intensa. «¿Te sientes mal?», le preguntó (254). «Al contrario, nunca me he sentido mejor.» Acabó de decirlo cuando un delicado viento de luz desplegó [las sábanas] en toda su amplitud [y] Remedios, la bella, empezaba a elevarse. [Desde el aire] decía adiós con la mano, entre el deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella y se perdieron con ella para siempre en los altos aires donde no podían alcanzarla ni los más altos pájaros de la memoria (255).

[El señor Brown sustituyó los funcionarios locales por forasteros autoritarios y los antiguos policías por sicarios de machetes (256). Uno de estos sicarios, molesto con un niño de siete años] que le derramó el refresco en el uniforme, lo hizo picadillo a machetazos y decapitó de un tajo al abuelo que trató de impedirlo. Para el coronel Aureliano Buendía fue el límite de la expiación. «¡Un día de estos –gritó– voy a armar a mis muchachos para que acaben con estos gringos de mierda!» En el curso de esa semana, por distintos lugares del litoral, sus diecisiete hijos fueron cazados como conejos por criminales invisibles que apuntaron al centro de sus cruces de

ceniza (257). [Sólo se salvó el mayor, Aureliano Amador, que] vivía en un pueblo perdido en las estribaciones de la sierra. La noche del exterminio habían ido a buscarlo dos hombres a su casa, y habían descargado sus revólveres contra él, pero no le habían acertado en la cruz de ceniza. Aureliano Amador se perdió en los laberintos de la sierra. No había vuelto a saberse de él (258).

Como tantas veces le ocurrió durante la guerra con la muerte de sus mejores amigos, [el coronel Aureliano Buendía] no experimentaba un sentimiento de pesar, sino una rabia ciega y sin dirección, una extenuante impotencia. El coronel Aureliano Buendía abandonó la fabricación de pescaditos, comía a duras penas, y andaba como un sonámbulo por toda la casa, arrastrando la manta y masticando una cólera sorda. Sus ojos eran otra vez las dos brasas que en otro tiempo hacían rodar las sillas con sólo mirarlas (259). Estaba extraviado en una casa ajena. Una vez abrió el cuarto de Melquíades y sólo encontró los escombros, la basura, los montones de porquería acumulados por tantos años de abandono. En las pastas de los libros que nadie había vuelto a leer (260). [Mientras el resto de la familia seguía asombrándose de que la pieza de Melquíades fuera inmune al polvo y a la destrucción, él la veía convertida en un muladar (280).]

[Ebrio de belicismo, Aureliano Buendía pidió a Úrsula el oro enterrado en el patio y demandó ayuda de sus viejos copartidarios.] Insistió con tanto ahínco, suplicó de tal modo, que con un poco de aquí y otro poco de allá consiguió reunir en ocho meses más dinero del que Úrsula tenía enterrado [que había sido definido poco antes como “una fortuna de magnitudes desatinadas”.] Entonces visitó al coronel Gerineldo Márquez para que lo ayudara a promover la guerra total (261). El [viejo y enfermo] coronel no pudo reprimir un estremecimiento de compasión. «Ay, Aureliano – suspiró- ahora me doy cuenta de que estás mucho más viejo de lo que pareces.» (262).

### [Cap. 13]

[Hacía años que Úrsula empezó a perder la vista, pero] no se lo dijo a nadie, pues habría sido un reconocimiento público de su inutilidad. Se empeñó en un callado aprendizaje de las distancias y de las voces para seguir viendo con la memoria cuando ya no se lo permitieran las sombras de las cataratas. Más tarde habría de descubrir el auxilio de los olores que la salvaron definitivamente de la vergüenza de una renuncia. Conoció con tanta seguridad el lugar en que se encontraba cada cosa, que ella misma se olvidaba a veces de que estaba ciega. La crianza de José Arcadio ayudó a Úrsula en la tarea agotadora de mantenerse al corriente de los mínimos cambios de la casa (263/265).

Sin embargo, en la impenetrable soledad de la decrepitud dispuso de tal clarividencia para examinar hasta los más insignificantes acontecimientos de la familia, que por primera vez vio con claridad las verdades que sus ocupaciones de otro tiempo le habían impedido ver, [cambiando] por completo la opinión que siempre tuvo de sus descendientes. Se dio cuenta de que el coronel Aureliano Buendía nunca había querido a nadie (266). Vislumbró que no había hecho tantas guerras por idealismo, ni había renunciado por cansancio a la victoria inminente, sino que había ganado y perdido por pura y pecaminosa soberbia. Llegó a la conclusión de que aquel hijo por quien ella habría dado la vida, era simplemente un hombre incapacitado para el amor. Amaranta, en cambio, cuya dureza de corazón la espantaba, se le esclareció en el último examen como la mujer más tierna que había existido jamás, y comprendió [que todas sus crueldades] habían sido una lucha a

muerte entre un amor sin medidas y una cobardía invencible, y había triunfado finalmente el miedo irracional que Amaranta le tuvo siempre a su propio y atormentado corazón (267). Fue por esa época que Úrsula comprendió que solamente Rebeca, la que nunca se alimentó de su leche sino de la tierra de la tierra y la cal de las paredes, era la única que tuvo la valentía sin frenos que Úrsula había deseado para su estirpe (268). [Tras la clarividencia vino la desesperación (269).]

José Arcadio se fue al seminario. Meme [se convirtió en una virtuosa del clavicordio]. Amaranta empezó a tejer su propia mortaja (270). En la casa siguieron recibiendo invitados a almorzar. Sin embargo, era Fernanda quien imponía sus leyes. Su severidad hizo de la casa un reducto de costumbres revenidas en un pueblo convulsionado por la vulgaridad con que los forasteros despilfarraban sus fáciles fortunas. Para ella, la gente de bien era la que no tenía nada que ver con la compañía bananera. Hasta José Arcadio Segundo volvió a rematar sus estupendos gallos de pelea y se empleó de capataz en la compañía bananera. «Que no vuelva a pisar este hogar – dijo Fernanda-, mientras tenga la sarna de los forasteros.» Aureliano Segundo se sintió definitivamente más cómodo donde Petra Cotes. Cuando Fernanda se dio cuenta de que era una viuda a quien todavía no se había muerto el marido ya era demasiado tarde para que las cosas volvieran a su estado anterior (271). Fernanda mandó a casa de la concubina sus dos baúles de ropa. Los mandó a pleno sol y con instrucciones de llevarlos por la mitad de la calle, para que todo el mundo los viera, creyendo que el marido descarriado no podría soportar la vergüenza y volvería al redil con la cabeza humillada. Pero Aureliano Segundo celebró la libertad regalada con una parranda de tres días (272).

Se le vio más parrandero y botarate que nunca. Se volvió gordo, violáceo, atortugado. El prestigio de su desmandada voracidad atrajo a los glotones mejor calificados del litoral. De todas partes llegaban tragaldabas fabulosos (273) para tomar parte en los irracionales torneos de capacidad y resistencia que se organizaban en casa de Petra Cotes. Aureliano Segundo fue el comedor invicto, hasta el sábado de infortunio en que apareció Camila Sagastume, una hembra totémica conocida en el país entero con el buen nombre de La Elefanta. El duelo se prolongó hasta el amanecer del martes. La Elefanta era gigantesca y maciza, pero contra la corpulencia colosal prevalecía la ternura de la femineidad, y tenía un rostro tan hermoso, unas manos tan finas y bien cuidadas y un encanto personal tan irresistible, que cuando Aureliano Segundo la vio entrar en la casa comentó en voz baja que hubiera preferido no hacer el torneo en la mesa sino en la cama (274). Al término de la primera noche durmieron cuatro horas. Al despertar, se bebió cada uno el jugo de cincuenta naranjas, ocho litros de café y treinta huevos duros. [Viendo a Aureliano Segundo] a un paso de la congestión [La Elefanta le propuso acordar un empate, pero él siguió comiendo hasta caer de bruces sobre el plato (275). Creyéndose al borde de la muerte, pidió que lo llevaran con Fernanda, pero] se restableció en menos de una semana, y quince días después estaba celebrando con una parranda sin precedentes el acontecimiento de la supervivencia. [Desde entonces volvió a frecuentar a su mujer.] (276). [Descripción del ambiente de la casa (277).]

Meme había heredado muy poco del carácter de la madre. Parecía más bien una segunda versión de Amaranta cuando ésta no conocía la amargura. Pero al contrario de Amaranta, Meme parecía enteramente conforme con el mundo y no andaba muy lejos de la vocación festiva y los desafueros hospitalarios de su padre [como] se reveló en las terceras vacaciones, cuando Meme apareció en la casa con cuatro

monjas y sesenta y ocho compañeras de clase, a quienes invitó a pasar una semana en familia, por propia iniciativa y sin anuncio (278).

Por esos días reapareció José Arcadio Segundo en la casa. Pasaba de largo por el corredor, sin saludar a nadie y se encerraba en el taller a conversar con el coronel. Era lineal, solemne, y tenía un estar pensativo, y una tristeza de sarraceno, y un resplandor lúgubre en el rostro color de otoño. Úrsula confirmó la creencia de que en algún momento de la infancia se había cambiado con su hermano gemelo, porque era él y no el otro quien debía llamarse Aureliano (280). En realidad, José Arcadio Segundo no era miembro de la familia, ni lo sería jamás de otra, desde que el coronel Gerineldo Márquez lo llevó al cuartel, no para que viera un fusilamiento, sino para que no olvidara en el resto de su vida la sonrisa triste y un poco burlona del fusilado. Aquel [era el único recuerdo] de su niñez (281).

[Descripción de una jornada en la vida de Aureliano Buendía (282). Es un once de octubre.] Santa Sofía de la Piedad le preguntó en qué día de la semana estaban [y él] recordó de pronto que un once de octubre, en plena guerra, lo despertó la certidumbre de que la mujer con quien había dormido estaba muerta. Entró en el taller, y encendió la luz para contar los pescaditos de oro que guardaba en un tarro de lata. Había diecisiete. Desde que había decidido no venderlos, seguía fabricando dos pescaditos al día, y cuando completaba veinticinco volvía a fundirlos en el crisol para empezar a hacerlos de nuevo (283). [Después de comer] se acostó en la hamaca y a los pocos minutos se quedó dormido. Soñó que entraba en una casa vacía, de paredes blancas, y que lo inquietaba la pesadumbre de ser el primer ser humano que entraba en ella. En el sueño recordó que había soñado lo mismo la noche anterior y en muchas noches de los últimos años, y supo que la imagen se había borrado de su memoria al despertar, porque aquel sueño recurrente tenía la virtud de no ser recordado sino dentro del mismo sueño (284). A las cuatro y diez oyó los cobres lejanos, los retumbos del bombo y el júbilo de los niños, y por primera vez desde su juventud pisó conscientemente una trampa de la nostalgia (285). [Era el circo.] El coronel Aureliano Buendía fue a la puerta de la calle y se mezcló con los curiosos que contemplaban el desfile [para ver] otra vez la cara a su soledad miserable. Entonces fue al castaño, metió la cabeza entre los hombros, como un pollito, y se quedó inmóvil con la frente apoyada en el tronco del castaño. La familia no se enteró hasta el día siguiente, cuando Santa Sofía de la Piedad fue a tirar la basura en el traspatio y le llamó la atención que estuvieran bajando los gallinazos (286).

#### [Cap. 14]

A pesar de su secreta hostilidad contra el coronel, fue Fernanda quien impuso el rigor de aquel duelo, impresionada por la solemnidad con que el gobierno exaltó la memoria del enemigo muerto. Aureliano Segundo volvió a dormir en la casa mientras pasaban las vacaciones de su hija [y] al año siguiente encontró Meme una hermanita recién nacida, a quien bautizaron contra la voluntad de la madre con el nombre de Amaranta Úrsula. [Meme se reveló como una virtuosa del clavicordio.] (287). Después de haber dormido a media ciudad no sólo en la sala de visitas, sino en cuantas veladas benéficas, sesiones escolares, y conmemoraciones patrióticas se celebraban en Macondo, su madre siguió invitando a todo recién llegado que suponía capaz de apreciar las virtudes de la hija. Meme resistió las exhibiciones con estoicismo. Era el precio de su libertad. Fernanda estaba tan orgullosa de la admiración que despertaba su arte, que nunca se opuso a que tuviera la casa llena



de amigos, y pasara la tarde en las plantaciones y fuera al cine con Aureliano Segundo (288).

[Meme encontraba la felicidad] en las fiestas ruidosas, en los comadreos de enamorados, en los prolongados encierros con sus amigas, donde aprendían a fumar y conversaban de asuntos de hombres, y donde una vez terminaron desnudas midiéndose y comparando las partes de sus cuerpos. Se había enterado de que su padre sólo vivía en casa por guardar las apariencias, y habiéndoselas arreglado para conocer a Petra Cotes, le concedió la razón a su padre (289). [El hábito clandestino al ron hizo enfermar a Meme.] Aureliano Segundo sintió un retortijón de conciencia y se prometió ocuparse más de ella en el futuro. Fue así como nació la relación de alegre camaradería entre el padre y la hija, que lo liberó a él de la amarga soledad de las parrandas, y la liberó a ella de la tutela de Fernanda. Meme no era bella, pero en cambio era simpática, descomplicada, y tenía la virtud de caer bien desde el primer momento (290).

[Aureliano Segundo hizo a Meme un dormitorio a imagen del de Petra Cotes.] Era tan pródigo con Meme que ella misma [le sacaba el dinero] de los bolsillos. El cuarto de Meme se llenó de almohadillas de piedra pómez para pulirse las uñas, rizadoros de cabellos, brilladores de dientes, colirios para languidecer la mirada, y tantos y tantos cosméticos y artefactos de belleza que Fernanda se escandalizaba con la idea de que el tocador de la hija debía ser igual que el de las matronas francesas. [Las atenciones de Aureliano Segundo con su hija disgustaban por igual a Fernanda y a Petra Cotes (291).

Entre las amigas de Meme había tres jóvenes norteamericanas. Una de ellas era Patricia Brown. El señor Brown le abrió a Meme las puertas de su casa y la invitó a los bailes de los sábados. Cuando Fernanda lo supo (292) armó todo un melodrama [pero] Meme la desarmó con la noticia de que los norteamericanos querían oír la tocar el clavicordio. [Frecuentando a sus amigas] Meme aprendió a nadar como una profesional, a jugar al tenis [y] se encontró de pronto desenredándose en inglés (293). Su madurez de criterio afianzó la paz doméstica. Amaranta bordaba su interminable mortaja, Úrsula se dejaba arrastrar por la decrepitud hacia el fondo de las tinieblas, Fernanda ocultaba su correspondencia con los médicos invisibles, que le habían diagnosticado un tumor benigno en el intestino grueso y estaban preparándola para practicarle una intervención telepática. Se hubiera dicho que en la cansada mansión de los Buendía había paz y felicidad rutinaria para mucho tiempo si la intempestiva muerte de Amaranta no hubiera promovido un nuevo escándalo. Fue un acontecimiento inesperado. La tarde en que rechazó definitivamente al coronel Gerineldo Márquez y se encerró a llorar [agotó] todas sus lágrimas. No se le vio llorar (294) ni con la muerte del coronel Aureliano Buendía, que era la persona que más quiso en este mundo, aunque sólo pudo demostrárselo cuando encontraron su cadáver bajo el castaño. Ella lo vistió con sus arreos de guerra, lo afeitó, lo peinó, y le engomó el bigote mejor que él mismo no lo hacía en sus años de gloria. Nadie pensó que hubiera amor en aquel acto, porque estaban acostumbrados a la familiaridad de Amaranta con los ritos de la muerte (295). Lo único que le rogó a Dios durante muchos años fue que no le mandara el castigo de morir antes que Rebeca. [Con esta esperanza, Amaranta empezó a tejer una mortaja para Rebeca] y era cierto que en una época arrancaba los botones para volver a pegarlos, de modo que la ociosidad no hiciera más larga y angustiosa la espera (296).

[Sin embargo, Amaranta murió antes.] En el instante final no se sintió frustrada, sino por el contrario liberada de toda amargura. [Varios años antes, había visto a la

muerte.] La muerte no le dijo cuándo se iba a morir ni si su hora estaba señalada antes que la de Rebeca, sino que le ordenó empezar a tejer su propia mortaja, y le advirtió que había de morir sin dolor, ni miedo, ni amargura, al anochecer del día en que la terminara. [Por eso trató] de perder la mayor cantidad posible de tiempo. A medida que se aproximaba el término ineludible, iba comprendiendo que sólo un milagro le permitiría prolongar el trabajo más allá de la muerte de Rebeca, pero la misma concentración le proporcionó la calma que le hacía falta para aceptar la idea de una frustración. Fue entonces cuando entendió el círculo vicioso de los pescaditos de oro del coronel Aureliano Buendía (297). [Y] fue tan honda la conformidad con su destino que ni siquiera la inquietó la certidumbre de que estaban cerradas todas las posibilidades de rectificación. Su único objetivo fue terminar la mortaja. En vez de retardarla con preciosismos inútiles, apresuró la labor. [El cinco de febrero,] a las ocho de la mañana, dio la última puntada en la labor más primorosa que mujer alguna había terminado jamás, y anunció sin el menor dramatismo que moriría al atardecer (298).

[Advertida la población de la muerte inminente de Amaranta, la casa se llena de vecinos que le llevan cartas para que las entregue a sus muertos.] Quienes no quisieron escribir le dieron a Amaranta recados verbales que ella anotó en una libreta con el nombre y la fecha de muerte del destinatario. «No se preocupe. Lo primero que haré al llegar será preguntar por él, y le daré su recado.» Úrsula, con la experiencia de que los Buendía se morían sin enfermedad, no puso en duda que Amaranta había tenido el presagio de la muerte, pero la atormentó el temor de que en el trájín de las cartas y la ansiedad de que llegaran pronto, los ofuscados remitentes la fueran a enterrar viva (299). Aureliano Segundo y Meme se despidieron de ella con adioses de burla, y le prometieron que el sábado siguiente harían la parranda de la resurrección. El padre Antonio Isabel pensó aprovechar la ocasión para confesar a Amaranta después de casi veinte años de reticencia. Amaranta replicó que no necesitaba asistencia espiritual porque tenía la conciencia limpia. Sin cuidarse de que no la oyeran, Fernanda se preguntó en voz alta qué espantoso pecado habría cometido cuando prefería una muerte sacrílega a la vergüenza de una confesión. Entonces Amaranta se acostó, y obligó a Úrsula a dar testimonio público de su virginidad. «Que nadie se haga ilusiones –gritó para que la oyera Fernanda-. Amaranta Buendía se va de este mundo como vino.» No se volvió a levantar (300). Úrsula no volvió a levantarse después de las nueve noches de Amaranta. Santa Sofía de la Piedad se hizo cargo de ella (301).

Meme andaba en asuntos sigilosos, en compromisos urgentes, en ansiedades reprimidas, desde mucho antes de la noche en que Fernanda alborotó la casa porque la encontró besándose con un hombre en el cine. [El novio de Meme] se llamaba Mauricio Babilonia. Había nacido y crecido en Macondo, y era aprendiz de mecánico en los talleres de la compañía bananera (303). [Lo acompaña siempre una nube de mariposas amarillas.] Fue entonces cuando [Meme] cayó en la cuenta de las mariposas amarillas que precedían las apariciones de Mauricio Babilonia. Las había visto antes, sobre todo en el taller de mecánica. Alguna vez las había sentido revoloteando sobre su cabeza en la penumbra del cine. Mauricio Babilonia estaba siempre en el público de los conciertos, en el cine, en la misa mayor, y ella no necesitaba verlo para descubrirlo, porque se lo indicaban las mariposas (306). [Meme se volvió loca por él. Perdió el sueño y el apetito, y se hundió tan profundamente en la soledad, que hasta su padre se le convirtió en un estorbo (307).

La primera vez que se vieron a solas, en los prados desiertos detrás del taller de mecánica, él la arrastró sin misericordia a un estado animal que la dejó extenuada.

Tardó algún tiempo en darse cuenta de que también aquella era una forma de la ternura, y fue entonces cuando perdió el sosiego, y no vivía sino para él. [Desconcertada, Meme visitó a Pilar Ternera, sin saber que era su bisabuela. La pitonisa] le reveló que la ansiedad del enamoramiento no encontraba reposo sino en la cama. Pilar Ternera le ofreció la vieja cama de lienzo donde ella concibió a Arcadio, el abuelo de Meme, y donde concibió después a Aureliano José. Le enseñó además cómo prevenir la concepción indeseable (308). La muerte de Amaranta la obligó a aplazar la decisión. Vinieron luego el luto prolongado y el encierro obligatorio [pero] la primera tarde en que Meme logró salir fue directamente a la casa de Pilar Ternera. Se entregó a Mauricio Babilonia sin resistencia, sin pudor, sin formalismos. Se amaron dos veces por semana durante más de tres meses [hasta que Fernanda los sorprendió en el cine] (309).

[Fernanda encerró a Meme.] Las mariposas amarillas invadían la casa desde el atardecer. Una noche, mientras Meme estaba en el baño, Fernanda entró en su dormitorio, y había tantas mariposas que apenas se podía respirar. Al día siguiente pidió [al alcalde] que estableciera una guardia nocturna en el traspatio, porque tenía la impresión de que se estaban robando las gallinas. Esa noche, la guardia derribó a Mauricio Babilonia cuando levantaba las tejas para entrar en el baño donde Meme lo esperaba. Un proyectil insertado en la columna vertebral lo redujo a cama por el resto de su vida. Murió de viejo en la soledad, atormentado por los recuerdos y por las mariposas amarillas que no le concedieron un instante de paz, y públicamente repudiado como ladrón de gallinas (310/311).

#### [Cap. 15]

Los acontecimientos que habían de darle el golpe mortal a Macondo empezaron a vislumbrarse cuando llevaron a la casa al hijo de Meme Buendía. Fernanda [mantuvo] al niño escondido como si no hubiera existido nunca. Tuvo que soportarlo contra su voluntad por el resto de su vida. Lo encerró en el antiguo taller de Aureliano Buendía [y contó] que lo había encontrado en una canastilla (312). «Si se lo creyeron a las Sagradas Escrituras, no sé por qué no habían de creérmelo a mí.» (318).

Sin consultarlo con su marido, [Fernanda se llevó a Meme, que] no había vuelto a hablar, ni lo haría en el resto de su vida, desde que oyó el disparo en el traspatio y el simultáneo aullido de dolor de Mauricio Babilonia (313). [Durante la travesía, Meme no probó bocado] porque le repugnaba el solo olor de los alimentos. Ni ella misma sabía entonces que su fertilidad había burlado a los vapores de mostaza, así como Fernanda no lo supo hasta casi un año después, cuando le llevaron al niño (314). [Recorrieron en tren la ciénaga hasta llegar al mar. Allí se embarcaron en un buque fluvial. Luego, atravesaron el páramo a lomo de mula. Finalmente] entraron en la ciudad lúgubre en cuyos vericuetos de piedra resonaban los bronceos funerarios de treinta y dos iglesias. Esa noche durmieron en la abandonada mansión colonial. Meme supo dónde estaban, porque en el espanto del insomnio vio pasar al caballero vestido de negro que en una distante víspera de Navidad llevaron a la casa dentro de un cofre de plomo. Al día siguiente [Fernanda llevó a Meme al] convento donde la educaron para reina (315). [Meme] seguiría pensando [en Mauricio Babilonia, en su olor a aceite y en su ámbito de mariposas] todos los días de su vida, hasta la remota madrugada de otoño en que muriera de vejez, con sus nombres cambiados y sin haber dicho una palabra, en un tenebroso hospital de Cracovia (316).

José Arcadio Segundo había renunciado al cargo de capataz de cuadrilla de la compañía bananera y tomó el partido de los trabajadores. Muy pronto se le señaló como agente de una conspiración internacional contra el orden público (316). [Tras escapar a un atentado, permaneció oculto. Por su parte, Fernanda, siguiendo su plan, notificó a su hijo José Arcadio la muerte de su hermana y acalló las protestas de Aureliano Segundo enseñándole unos] papeles en los que se demostraba que [Meme] había ingresado a la clausura por propia voluntad. Luego se dedicó a organizar su correspondencia con los médicos invisibles (317). [Una monja entregó a Fernanda una canastilla con el hijo de Meme, que había sido bautizado como Aureliano (318).] Fue entonces cuando decidió ahogar a la criatura en la alberca, pero el corazón no le dio para tanto. [Tras promover huelgas y manifestaciones en los pueblos de la zona bananera, José Arcadio Segundo y otros dirigentes sindicales fueron detenidos.] Sin embargo, antes de tres meses estaban en libertad, porque el gobierno y la compañía bananera no pudieron ponerse de acuerdo sobre quién debía alimentarlos en la cárcel (319).

Cuando los trabajadores redactaron un pliego de peticiones unánime [no pudieron notificarlo oficialmente porque] el señor Brown desapareció de Macondo junto con los representantes más conocidos de su empresa [divulgando noticias desconcertantes sobre su paradero, incluido] el certificado de defunción del señor Brown. Cansados de aquel **delirio hermenéutico**, los trabajadores repudiaron a las autoridades de Macondo y subieron con sus quejas a los tribunales supremos. Fue allí donde los **ilusionistas del derecho** demostraron que las reclamaciones carecían de toda validez, simplemente porque la compañía bananera no había tenido nunca trabajadores a su servicio, sino que los reclutaba ocasionalmente y con carácter temporal. De modo que se estableció por fallo de tribunal la inexistencia de los trabajadores. La huelga grande estalló. Los obreros ociosos desbordaron los pueblos. La Calle de los Turcos reverberó en un sábado de muchos días. José Arcadio Segundo [estaba en el salón de billares] el día en que se anunció que el ejército había sido encargado de restablecer el orden público. Poco después, las descargas de redoblante (321), los ladridos del clarín, los gritos y el tropel de la gente [le hicieron asomarse a la calle.] Eran tres regimientos cuya marcha pausada por tambor de galeotes hacía trepidar la tierra. Su resuello de **dragón multicéfalo** impregnó de un vapor pestilente la claridad del mediodía. Eran pequeños, macizos, brutos. Todos eran idénticos, hijos de la misma madre. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embalaron el banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, sin más armas que sus machetes de labor, empezaron a **sabotear el sabotaje**. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre (322).

Las autoridades hicieron un llamado a los trabajadores para que se concentraran en Macondo. El Jefe Civil y Militar de la provincia llegaría el viernes, dispuesto a interceder en el conflicto. Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes. Aquello parecía, más que una recepción, una feria jubilosa. Un poco antes de las tres, un teniente del ejército se subió en el techo de la estación, donde había cuatro nidos de ametralladoras enfiladas hacia la multitud (323) y [leyó un decreto en el que se] declaraba a los huelguistas *cuadrilla de malhechores* y facultaba al ejército a matarlos a bala. Un capitán [dio a los congregados cinco minutos para retirarse. Un] toque de clarín anunció el principio del plazo. Nadie se movió. Embriagado por la

tensión, por la maravillosa profundidad del silencio, (324) José Arcadio Segundo por primera vez en su vida levantó la voz. «¡Cabrones! Les regalamos el minuto que falta.» El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. [José Arcadio Segundo trató de escapar llevando en alto un pequeño (325), pero las calles adyacentes también estaban cerradas por ametralladoras que] disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El tropel colosal [arrasó] el puto mundo donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo.

José Arcadio Segundo despertó en un tren interminable y silencioso, acostado sobre (326) los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar [y] dio un salto en la oscuridad. Era el [tren] más largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga. No llevaba ninguna luz y se deslizaba a una velocidad nocturna y sigilosa. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas. [Bajo una lluvia torrencial, José Arcadio Segundo corrió hasta llegar a Macondo (327), pero en todas las puertas a las que llamó negaban que hubiera habido ningún muerto. Al llegar a su casa, su madre lo escondió en el cuarto de Melquíades (328), donde al día siguiente lo visitó Aureliano Segundo, pero] tampoco él creyó la versión de la masacre ni la pesadilla del tren cargado de muertos. La noche anterior habían leído un bando nacional extraordinario, para informar que los obreros habían obedecido la orden de evacuar la estación. El bando informaba también que los dirigentes sindicales, con un elevado espíritu patriótico, habían reducido sus peticiones a dos puntos: reforma de los servicios médicos y construcción de letrinas en las viviendas. Se informó más tarde que [el señor Brown no sólo había aceptado las nuevas condiciones, sino que ofreció pagar tres días de jolgorios públicos [cuando dejara de llover]. Una semana después seguía lloviendo. La versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país terminó por imponerse: no hubo muertos, los trabajadores satisfechos habían vuelto con sus familiares (329).

La ley marcial continuaba, en previsión de que fuera necesario aplicar medidas de emergencia para la calamidad pública del aguacero interminable. Durante el día los militares andaban jugando a los naufragios con los niños. En la noche derribaban puertas a culatazos, sacaban a los sospechosos de sus camas y se los llevaban a un viaje sin regreso. Pero los militares lo negaban a los propios parientes de sus víctimas, que desbordaban la oficina de los comandantes en busca de noticia. «Seguro que fue un sueño», insistían los oficiales. «En Macondo no ha pasado nada. Este es un pueblo feliz.» Así consumaron el exterminio de los jefes sindicales. El único superviviente fue José Arcadio Segundo (330).

[La casa también fue registrada. El oficial, casi un adolescente, pidió permiso para llevarse un pescadito de oro.] «Es un recuerdo invaluable. El coronel Aureliano Buendía fue uno de nuestros más grandes hombres.» (331). [En el cuarto de Melquíades, José Arcadio Segundo esperaba resignado su detención, pero su presencia no fue detectada por los esbirros.] El oficial detuvo la mirada en el espacio donde Aureliano Segundo y Santa Sofía de la Piedad seguían viendo a José Arcadio Segundo, y también éste se dio cuenta de que el militar lo estaba mirando sin verlo. El joven militar había visto el cuarto con los mismos ojos con que lo vio el coronel Aureliano Buendía (332).

En el cuarto de Melquíades, protegido por la luz sobrenatural y por la sensación de ser invisible, [José Arcadio Segundo] encontró el reposo que no tuvo un solo instante de su vida anterior, y el único miedo que persistía era el de que lo enterraran vivo. Acostumbrado al ruido de la lluvia, que a los dos meses se convirtió en una forma nueva del silencio, lo único que perturbaba su soledad eran las entradas y salidas de Santa Sofía de la Piedad. Por eso le suplicó que le dejara la comida en el alféizar de la ventana, y le echara candado a la puerta. El resto de la familia lo olvidó. A los seis meses los militares se habían ido de Macondo. José Arcadio Segundo, indiferente al aire enrarecido por los vapores nauseabundos [de sus excrementos] seguía leyendo y releendo los pergaminos ininteligibles. Estaba iluminado por un resplandor seráfico (333).

[Cap. 16]

Llovió cuatro años, once meses y dos días. Se desempedra el cielo en unas tempestades de estropicio, y el norte mandaba unos huracanes que desportillaron techos y derribaron paredes. Aureliano Segundo había ido a la casa la noche en que el señor Brown convocó la tormenta, y Fernanda trató de auxiliarlo con un paraguas. «No hace falta –dijo él-. Me quedo aquí hasta que escampe.» Para no aburrirse, se entregó a la tarea de componer los numerosos desperfectos de la casa (335). La panza se le fue desinflando poco a poco como un pellejo, y la cara de tortuga beatífica se le hizo menos sanguínea y menos protuberante la papada, hasta que todo él terminó por ser menos paquidérmico y pudo amarrarse otra vez los cordones. Lo malo era que la lluvia lo trastornaba todo. La atmósfera era tan húmeda que los peces hubieran podido entrar por las puertas y salir por las ventanas, navegando en el aire de los aposentos. Fue necesario excavar canales para desaguar la casa, y desembarazarla de sapos y caracoles (336).

[A Aureliano Segundo] la lluvia lo había puesto a salvo de toda emergencia pasional, y le había infundido la serenidad esponjosa de la inapetencia. Fue por esos días que en un descuido de Fernanda apareció en el corredor el pequeño Aureliano, y su abuelo conoció el secreto de su identidad. Le cortó el pelo, lo vistió, le enseñó a perderle el miedo a la gente. Para Fernanda fue un descanso (337).

[La lluvia extravió la correspondencia de Fernanda con los médicos invisibles, a quienes consultaba la incapacidad para la actividad venérea que padecía desde el nacimiento de Amaranta Úrsula.] De no haber sido por la pérdida de las cartas, a Fernanda no le habría importado la lluvia, porque al fin de cuentas toda la vida había sido para ella como si estuviera lloviendo. Si de Fernanda hubiera dependido [nadie habría salido a la calle jamás], no sólo desde que empezó a llover, sino desde mucho antes, puesto que ella consideraba que las puertas se habían inventado para cerrarlas, y que la curiosidad por lo que ocurría en la calle era cosa de ramerías (339).

[El coronel Gerineldo Márquez tuvo el entierro más triste que nunca se había visto (340). Aureliano Segundo fue a casa de Petra Cotes para echar un vistazo a sus animales y comprobó que el diluvio había exterminado] una fortuna que en un tiempo se tuvo como la más grande y sólida de Macondo (341). [Se quedó tres meses en la casa sólo por pereza de salir a la calle para regresar.] Una noche de la segunda semana despertó [a su concubina] con caricias apremiantes. Petra Cotes no reaccionó. «Duerme tranquilo. Ya los tiempos no están para estas cosas.»

Aureliano Segundo comprendió que ella tenía razón, no por los tiempos, sino por ellos mismos, que ya no estaban para esas cosas (342).

[De vuelta con su familia, Aureliano Segundo retomó la enseñanza de Aureliano y Amaranta Úrsula, sirviéndose de una enciclopedia inglesa. Como no entendía el idioma, imaginaba explicaciones a las fotografías, convirtiendo] el dirigible en un elefante volador que buscaba un sitio para dormir entre las nubes [o identificando un guerrero tártaro con el coronel Aureliano Buendía. Un día, su esposa le anunció el fin de las provisiones y el respondió:] «Bueno, algo se hará cuando escampe.» Y mientras más largas le daba a las urgencias del granero, más intensa se iba haciendo la indignación de Fernanda, que se paseaba por toda la casa doliéndose de que la hubieran educado como una reina para terminar de sirvienta en una casa de locos (343), ella, la ahijada del Duque de Alba, una fijoalga de sangre que tenía derecho a firmar con once apellidos peninsulares (344), la única de todo el litoral que podía vanagloriarse de no haber hecho del cuerpo sino en bacinillas de oro (345), una dama de nación, temerosa de Dios obediente de sus leyes y sumisa de sus designios, la hija única y bienaventurada de doña Renata Argote y don Fernando del Carpio, un santo varón, un cristiano de los grandes, Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, de esos que reciben directamente de Dios el privilegio de conservarse intactos en la tumba. «Eso sí no es cierto, cuando lo trajeron ya apeataba» [la interrumpió Aureliano Segundo, que] había tenido la paciencia de escucharla un día entero, hasta sorprenderla en una falta (346).

[Al día siguiente, Fernanda siguió acosando a su marido] provocándolo, atormentándolo, diciendo que mientras ya no quedaban más que piedras para comer, su marido se sentaba como un sultán de Persia a contemplar la lluvia, porque no era más que un mampolón, un mantenido, un bueno para nada, más flojo que el algodón de borla, acostumbrado a vivir de las mujeres, y convencido de que se había casado con la mujer de Jonás, que se quedó tan tranquila con el cuento de la ballena. Entonces Aureliano Segundo perdió el dominio. Fue agarrando uno tras otro los tiestos de las begonias, las macetas de los helechos, los potes de orégano, y uno tras otro los fue despedazando contra el suelo (347). Embriagado por el torrente incontenible del desahogo, rompió el cristal de la vidriera, y una por una, fue sacando las piezas de la vajilla y las hizo polvo contra el piso. Sistemático, sereno, fue rompiendo contra las paredes la cristalería de Bohemia, los floreros pintados a mano, los cuadros, los espejos, y todo cuanto era rompible desde la sala hasta el granero. [Luego, salió de la casa y volvió cargado con todo tipo de alimentos.] Desde entonces no volvieron a faltar las cosas de comer (348).

Poco a poco [Úrsula] fue perdiendo el sentido de la realidad [y] conversaba con sus antepasados sobre acontecimientos anteriores a su propia existencia, gozaba con las noticias que le daban y lloraba con ellos por muertos mucho más reciente a los mismos contertulios. [Pero cuando Aureliano Segundo intentó sonsacarle dónde enterró el oro del San José de yeso, se cerró en banda.] (349). Convencido de que Úrsula se llevaría el secreto a la tumba, contrató unas cuadrillas de excavadores [pero no encontraron] nada que se pareciera al oro en tres meses de exploraciones exhaustivas. Más tarde recurrió a Pilar Ternera con la esperanza de que las barajas vieran más que los excavadores. [La adivina] confirmó la existencia del tesoro, pero advirtió que no sería encontrado antes de que acabara de llover y los soles de tres junios consecutivos convirtieran en polvo los barrizales. Presa de un delirio exploratorio, Aureliano Segundo perdió las últimas bolsas de grasa que le quedaban (350). Viéndolo trabajar en aquella forma, Fernanda creyó que su temeridad era diligencia, y que su codicia era abnegación y que su tozudez era perseverancia.

[Aureliano Segundo] barrenó tan profundamente los cimientos de la galería oriental de la casa, que una noche despertaron atemorizados [porque] tres aposentos se estaban desbarrancando y se había abierto una grieta de escalofrío desde el corredor hasta el dormitorio de Fernanda. Aureliano Segundo no renunció por eso a la exploración. Allí estaba todavía cuando un viernes [de junio] a las dos de la tarde se alumbró el mundo con un sol bobo, bermejo y áspero como polvo de ladrillo. [Para entonces] Macondo estaba en ruinas (351). Las casas paradas con tanta urgencia durante la fiebre del banano parecían arrasadas por una anticipación del viento profético que años después había de borrar a Macondo de la faz de la tierra. Los sobrevivientes de la catástrofe todavía conservaban en la piel el verde de alga y el olor a rincón que les imprimió la lluvia (352). Petra Cotes había escarbado en su corazón, buscando la fuerza que le permitiera sobrevivir a la desgracia, y había encontrado una rabia reflexiva y justa, con la cual había jurado restaurar la fortuna despilfarrada por el amante y acabada de exterminar por el diluvio (353). [Para lograrlo sólo contaba con una mula que] estaba con el pellejo pegado a los huesos, como la dueña, pero tan viva y resuelta como ella. Petra Cotes la había alimentado con su rabia, la albergó en su propio dormitorio y le dio a comer las sábanas de percal, los tapices persas, las sobrecamas de peluche, las cortinas de terciopelo y el palio bordado con hilos de oro y bordones de seda de la cama episcopal (354).

#### [Cap. 17]

Úrsula tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de morir cuando escampara (355). [Desde el momento en que comprobó el estado de abandono de la casa] no tuvo un instante de reposo. Levantada desde antes del amanecer puso al sol las escasas ropas que todavía estaban en condiciones de ser usadas, ahuyentó las cucarachas, raspó las venas del comején en puertas y ventanas y asfixió con cal viva a las hormigas en sus madrigueras. [Al inspeccionar el cuarto de Melquíades encontró a José Arcadio Segundo relejendo pergaminos, rodeado de sus propios excrementos (356).] «¡Bendito sea Dios! Tanto tratar de inculcarte las buenas costumbres, para que terminaras viviendo como un puerco.» [Ante la resistencia de su bisnieto a salir del cuarto, Úrsula cedió,] pero consiguió que no volvieran a poner el candado, que hicieran la limpieza todos los días, que tiraran las bacinillas a la basura y sólo dejaran una, y que mantuvieran a José Arcadio Segundo limpio y presentable (357).

José Arcadio anunció por esa época desde Roma que pensaba ir a Macondo antes de hacer los votos perpetuos. La buena noticia infundió tal entusiasmo [a Fernanda], que de la noche a la mañana se encontró regando las flores cuatro veces al día para que su hijo no fuese a formarse una mala impresión de la casa. Vendió el servicio de plata, y compró vajillas de cerámica soperas y cucharones de peltre y cubiertos de alpaca (358).

Aureliano Segundo había vuelto a llevarse sus baúles a casa de Petra Cotes. Con la rifa de la mula, Petra Cotes y él habían comprado otros animales, con los cuales consiguieron enderezar un rudimentario negocio de lotería. Muchos [compraban los billetitos] por gratitud, y la mayoría por compasión. Aquello no tardó en convertirse en una feria semanal [y] Aureliano Segundo se encontró pronto tocando otra vez el acordeón y participando en modestos torneos de voracidad. Para Petra Cotes nunca fue mejor hombre que entonces, tal vez porque confundía con el amor la compasión que él le inspiraba, y el sentimiento de solidaridad que en ambos había despertado la miseria (359). La cama dejó de ser lugar de desafueros y se convirtió en refugio de confidencias. Se quedaban despiertos hasta muy tarde con la inocencia de dos



abuelos desvelados, aprovechando para sacar cuentas el tiempo que antes malgastaban en malgastarse, haciendo y deshaciendo montoncitos de monedas [que luego entregaban a las mujeres de la casa]. Destinaban la mayor parte para Fernanda, y no lo hicieron nunca por remordimiento ni por caridad, sino porque su bienestar les importaba más que el de ellos mismos. Lo que en verdad les ocurría es que ambos pensaban en Fernanda como en la hija que hubieran querido tener y no tuvieron (360). Locamente enamorados, gozaban con el milagro de quererse tanto en la mesa como en la cama, y llegaron a ser tan felices, que todavía cuando eran dos ancianos agotados seguían retozando como conejitos y peleándose como perros. En la plenitud del otoño [Petra Cotes] volvió a creer en la superstición juvenil de que la pobreza era una servidumbre del amor (361).

Fernanda puso a Amaranta Úrsula en una escuelita privada. En las escuelas de esa época sólo se recibían hijos legítimos de matrimonios católicos. De modo que [Aureliano] se quedó encerrado, descubriendo el estrecho mundo de la casa según se lo explicaban las abuelas (362). [Úrsula volvió a perder la lucidez y a evocar a sus antepasados: Aureliano Iguarán, su padre; Tranquilina Buendía, su abuela; Aureliano Arcadio Buendía, su bisabuelo... (363).] Poco a poco se fue reduciendo, fertilizándose, momificándose en vida, hasta el punto de que en los últimos meses era una ciruela pasa perdida dentro del camisón, y el brazo siempre alzado terminó por parecer la pata de una marimonda. Parecía una anciana recién nacida. Amaranta Úrsula y Aureliano la llevaban y la traían [...] y una tarde la escondieron en un armario del granero donde hubieran podido comérsela las ratas (364). Amaneció muerta el Jueves Santo [...] entre los ciento quince y los ciento veintidós años. La enterraron en una cajita que era apenas más grande que la canastilla en que fue llevado Aureliano.

Ese mediodía hubo tanto calor que los pájaros desorientados se estrellaban como perdigones contra las paredes y rompían las mallas metálicas de las ventanas para morirse en los dormitorios. Al principio se creyó que era una peste. El domingo de resurrección, el centenario padre Antonio Isabel afirmó en el púlpito que la muerte de los pájaros se obedecía a la mala influencia del Judío Errante, que él mismo había visto la noche anterior. Lo describió como un híbrido de macho cabrío cruzado con hembra hereje, una bestia infernal cuyo aliento calcinaba el aire y cuya visita determinaría la concepción de engendros por las recién casadas (365). [Algunos] se asociaron para montar trampas en sus patios. Fue así como lograron la captura [de la bestia] pero al contrario de la descripción del párroco, sus partes humanas eran más de ángel valetudinario que de hombre. Lo colgaron por los tobillos en un almendro de la plaza, para que nadie se quedara sin verlo, y cuando empezó a pudrirse lo incineraron en una hoguera, porque no se pudo determinar si su naturaleza bastarda era de animal para echar al río o de cristiano para sepultar (366).

Rebeca murió a fines de ese año. La encontraron en la cama solitaria, enroscada como un camarón, con la cabeza pelada por la tiña y el pulgar metido en la boca. Por esos tiempos llegaron a Macondo unos emisarios del presidente de la república para entregar la condecoración varias veces rechazada por el coronel Aureliano Buendía. Aureliano Segundo estuvo tentado de recibirla, pero Petra lo persuadió de la indignidad (367).

[Al padre Antonio Isabel lo llevaron a un asilo, ocupando su lugar el] padre Augusto Ángel, un cruzado de las nuevas hornadas, intransigente, audaz, temerario, [que] antes de un año estaba también vencido por la negligencia que se respiraba en el

aire. A la muerte de Úrsula, la casa volvió a caer en [el] abandono. Fernanda no sólo se negó a abrir las puertas, sino que hizo clausurar las ventanas con crucetas de madera (368). La dispendiosa correspondencia con los médicos invisibles terminó en un fracaso. [Tras abrirla desde la inglete hasta el esternón dijeron] haberla registrado durante seis horas sin encontrar nada que correspondiera a los síntomas descritos por ella. Lo único que encontraron los cirujanos telepáticos fue un descendimiento del útero que podía corregirse con el uso de un pesario. [Después de esto] los corresponsales ignotos no volvieron a contestar sus cartas. Su hijo José Arcadio le mandó los pesarios desde Roma, con un folletito explicativo (369).

Amaranta Úrsula, heredera de ciertos encantos de Remedios, la bella, empezaba a manifestar un buen juicio y una consagración a los estudios, que hicieron renacer en Aureliano Segundo la buena esperanza que le inspiraba Meme. El pequeño Aureliano parecía preferir el encierro y la soledad, y no revelaba la menor malicia por conocer el mundo que empezaba en la puerta de la calle. Un día en que alguien se lamentó en la mesa de la ruina en que se hundió el pueblo cuando lo abandonó la compañía bananera, Aureliano lo contradujo con una madurez y una versación de persona mayor. Su punto de vista, contrario a la interpretación general era que Macondo fue un lugar próspero y bien encaminado hasta que lo (370) desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos ingenieros provocaron el diluvio como un pretexto para eludir compromisos con los trabajadores. El niño describió con detalles precisos y convincentes cómo el ejército ametralló a más de tres mil trabajadores acorralados en la estación, y cómo cargaron los cadáveres en un tren de doscientos vagones y los arrojaron al mar. Aureliano Segundo reconoció la versión de su hermano gemelo [y comprendió que José Arcadio Segundo había estado instruyendo a Aureliano en el cuarto de Melquíades, y que allí siempre era marzo y siempre era lunes y que] José Arcadio Buendía era el único que había dispuesto de bastante lucidez para vislumbrar la verdad de que también el tiempo sufría tropiezos y accidentes, y podía por tanto astillarse y dejar en un cuarto una fracción eternizada (372).

[Aureliano Segundo comenzó a padecer unas molestias en su garganta que llegaron a estorbarle la respiración. A través de la baraja, Pilar Ternera intuyó que Fernanda estaba clavando alfileres en alguna fotografía de su marido. Buscando la foto, Aureliano Segundo encontró los pesarios, y creyó] que las rojas llantitas de caucho eran objeto de hechicería (372). Pilar Ternera no pudo determinar su naturaleza, pero le pareció tan sospechosa que [las] quemó en una hoguera. Para conjurar el supuesto maleficio de Fernanda, le indicó a Aureliano Segundo que mojara una gallina clueca y la enterrara viva bajo el castaño. Por su parte, Fernanda interpretó la desaparición como una represalia de los médicos invisibles. [Aureliano le mandó nuevos pesarios.] Seis meses después del enterramiento de la gallina, Aureliano Segundo comprendió que la única triste verdad era que se estaba muriendo. Atormentado por el temor de morir sin mandar a Bruselas a Amaranta Úrsula, trabajó como nunca lo había hecho, y en vez de una hizo tres rifas semanales (373). [Viendo que no era suficiente] concibió la idea de hacer la fabulosa rifa de las tierras destruidas por el diluvio. La noche de la rifa, Aureliano Segundo tocó el acordeón por última vez, pero ya no pudo [cantar]. Dos meses después, Amaranta Úrsula se fue a Bruselas (374) al cuidado de un grupo de franciscanas que iban para Toledo (375).

José Arcadio Segundo conversaba con Aureliano en el cuarto de Melquíades [cuando] se fue de bruces sobre los pergaminos, y murió con los ojos abiertos. En ese mismo instante, en la cama de Fernanda, su hermano gemelo llegó al final del prolongado y terrible martirio de los cangrejos de hierro que le carcomieron la

garganta. Una semana antes había vuelto a la casa para cumplir la promesa de morir junto a su esposa (376). En cumplimiento de su promesa, Santa Sofía de la Piedad degolló con un cuchillo de cocina el cadáver de José Arcadio Segundo para asegurarse de que no lo enterrarían vivo. Los cuerpos fueron puestos en ataúdes iguales. En el tumulto de última hora, los borrachitos tristes que los sacaron de la casa confundieron los ataúdes y los enterraron en tumbas equivocadas (377).

[Cap. 18]

Aureliano no abandonó en mucho tiempo el cuarto de Melquíades, de modo que llegó a la adolescencia sin saber nada de su tiempo, pero con los conocimientos básicos del hombre medieval. Como le ocurrió a Úrsula con Aureliano Segundo cuando este estudiaba en el cuarto, Santa Sofía de la Piedad creía que Aureliano hablaba solo. En realidad, conversaba con Melquíades (378). [Como los textos estaban escritos en sánscrito, Melquíades aconsejó a Aureliano comprar un *Sanskrit Primer*. Tuvo que ir a comprarlo Santa Sofía porque Aureliano no salía de la casa. A medida que Melquíades espació sus visitas el cuarto se fue deteriorando (379).]

En la casa no faltaba qué comer. Un mandadero llevaba todos los miércoles un canasto con cosas de comer. Nadie supo nunca que aquellas viandas las mandaba Petra Cotes, con la idea de que la caridad continuada era una forma de humillar a quien la había humillado. [Cuando se le disipó el rencor] siguió mandando comida por orgullo y finalmente por compasión. Varias veces se quedó ella sin comer para que comiera Fernanda (380).

[Abnegación de Santa Sofía.] Cuando Fernanda llegó a la casa tuvo motivos para creer que era una sirvienta eternizada, y aunque varias veces oyó decir que era la madre de su esposo, aquello le resultaba increíble. Pero cuando murió Úrsula, la diligencia inhumana de Santa Sofía de la Piedad, su tremenda capacidad de trabajo, empezaron a quebrantarse. No era solamente que estuviera vieja y agotada, sino que la casa se precipitó de la noche a la mañana en una crisis de senilidad. Un musgo tierno se trepó por las paredes. La maleza rompió por debajo el cemento del corredor lo resquebrajó como un cristal [y los lagartos y hormigas invadieron la casa] (381). [Cuando Santa Sofía] comprendió que estaba vencida se puso el gastado traje dominical, unos viejos zapatos de Úrsula y un par de medias de algodón que le había regalado Amaranta Úrsula, e hizo un atadito con las dos o tres mudas que le quedaban. –Me rindo –le dijo a Aureliano-. Esta es mucha casa para mis pobres huesos. Aureliano le dio catorce pescaditos de oro, porque ella estaba dispuesta a irse con lo único que tenía: un peso y veinticinco centavos (382). Jamás se volvió a saber de ella.

[Su marcha supuso un contratiempo para Fernanda, que no sabía hacer casi nada. Aureliano] fue quien hizo los oficios de cocina, mientras la telaraña iba nevando los rosales, tapizando las vigas, acolchonando las paredes. Fue por esa época que Fernanda tuvo la impresión de que la casa se estaba llenando de duendes. Era como si los objetos hubieran desarrollado la facultad de cambiar de lugar por sus propios medios. Aquella caminadera de las cosas era más desesperante cuando se sentaba a escribir (383). En cierta ocasión perdió la pluma. Quince días después se la devolvió el cartero que la había encontrado en su bolsa. Al principio, ella creyó que eran cosas de los médicos invisibles. Por un tiempo pensó que era Aureliano. [Finalmente] terminó por creer que eran travesuras de los duendes, y optó por [atar o encolar] cada cosa en el sitio donde tenía que usarla (384). [Igualmente] las fechas se le confundieron, los términos se le traspapelaban, y las jornadas se parecieron

tanto las unas a las otras, que no se sentían transcurrir. En lugar de impacientarse, experimentaba una honda complacencia con la demora (385).

En el cuarto devorado por los escombros, [Aureliano estudiaba la manera de pedir nuevos libros a Fernanda.] Pensaba en la forma más adecuada de formular la solicitud, se anticipaba a las circunstancias, calculaba la ocasión más adecuada, pero cuando encontraba la oportunidad para hablarle, la solicitud laboriosamente premeditada se le atragantaba, y se le perdía la voz. [Fernanda, ataviada con su apolillado vestido de reina, parecía] una anciana de una hermosura sobrenatural. Cualquiera que la hubiera visto frente al espejo, extasiada en sus propios ademanes monárquicos, habría podido pensar que estaba loca. Pero no lo estaba. Simplemente, había convertido los atuendos reales en una máquina de recordar (386). La primera vez que se los puso, el alma se le cristalizó con la nostalgia de los sueños perdidos [y añoró incluso las que recordaba como sus peores horas.] Una mañana [Aureliano] se asomó al dormitorio [de Fernanda], y la vio tendida en la cama, tapada con la capa de armiño, más bella que nunca, y con la piel convertida en una cáscara de marfil. Cuatro meses después, cuando llegó José Arcadio, la encontró intacta (387).

Era imposible concebir un hombre más parecido a su madre. Era lívido lánguido, de mirada atónita y labios débiles. El cabello negro, partido en el centro del cráneo por una línea recta y exangüe, tenía la misma apariencia postiza del pelo de los santos. La sombra de la barba bien destrocada en el rostro de parafina parecía un asunto de la conciencia. Tenía las manos pálidas, con nervaduras verdes y dedos parasitarios. La casa se impregnó a su paso de la fragancia de agua florida que Úrsula le echaba en la cabeza cuando era niño. De algún modo imposible de precisar, después de tantos años de ausencia José Arcadio seguía siendo un niño otoñal, terriblemente triste y solitario. Fue directamente al dormitorio de su madre [y] le dio un beso en la frente al cadáver. [Después de leer] la carta voluminosa en que Fernanda desahogó el corazón de las incontables verdades que le había ocultado, examinó a Aureliano con una mirada de segundo reconocimiento (388). –Entonces –dijo con una voz que tenía algo de navaja de afeitar-, tú eres el bastardo. –Soy Aureliano Buendía. –Vete a tu cuarto. [Aureliano se encerró en el estudio del que sólo salió para ir a la librería del sabio catalán] en busca de los libros que le hacían falta. Entró acezando en el sombrío y abigarrado local donde apenas había espacio para moverse (389). [El librero no le cobró los libros, si bien le advirtió del riesgo de leerlos (390).]

José Arcadio restauró el dormitorio de Meme, mandó limpiar y remendar las cortinas de terciopelo y el damasco del baldaquín de la cama virreinal, y puso otra vez en servicio el baño abandonado. A esos dos lugares se redujo su imperio de pacotilla, de gastados géneros exóticos de perfumes falsos y pedrería barata. Lo único que parecía estorbarle fueron los santos del altar doméstico, que una tarde quemó hasta convertirlos en ceniza (390). A los pocos días de haber llegado abandonó el vestido de tafetán, el único que tenía, lo cambió por unos pantalones ajustados y una camisa de seda. [La correspondencia entre Fernanda y José Arcadio no había sido más que un intercambio de fantasías.] José Arcadio, que abandonó el seminario tan pronto como llegó a Roma, siguió alimentando la leyenda de la teología y el derecho canónico, para no poner en peligro la herencia fabulosa de que hablaban las cartas delirantes de su madre, y que había de rescatarlo de la miseria y sordidez que compartía con dos amigos en una buhardilla del Trastevere. Cuando recibió la última carta de Fernanda, atravesó el océano en una bodega donde los emigrantes se apelotonaban como reses de matadero, comiendo macarrones fríos y queso agusanado (391). Antes de leer el testamento de Fernanda, ya los muebles

desvencijados y la maleza del corredor le habían indicado que estaba metido en una trampa de la cual no saldría jamás, para siempre exiliado de la luz de diamante y el aire inmemorial de la primavera romana.

[Aleccionado por Úrsula, ya desde niño José Arcadio] tenía temor de todo lo que le rodeaba: las mujeres de la calle, que echaban a perder la sangre; las mujeres de la casa, que parían hijos con cola de puerco; los gallos de pelea, que provocaban muertes de hombres y remordimientos de conciencia para el resto de la vida; las armas de fuego, que con sólo tocarlas condenaban a veinte años de guerra; las empresas desacertadas, que sólo conducían al desencanto y a la locura, y todo, en fin, todo cuanto Dios había creado con su infinita bondad, y que el diablo había pervertido (392).

Casi un año después del regreso a la casa, habiendo vendido para comer los candelabros de plata y la bacinilla heráldica que a la hora de la verdad sólo tuvo de oro las incrustaciones del escudo, la única distracción de José Arcadio era recoger niños en el pueblo para que jugaran en la casa. Los niños tomaron la casa como lo hicieron en el pasado las compañeras de Meme, de modo que la casa parecía un internado sin disciplina (393). Divertidos por la impunidad de sus travesuras, cuatro niños entraron en el cuarto [de Melquíades] dispuestos a destruir los pergaminos. Pero tan pronto como se apoderaron de pliegos amarillentos, una fuerza angélica los levantó del suelo, y los mantuvo suspendidos en el aire, hasta que regresó Aureliano y les arrebató los pergaminos. Desde entonces no volvieron a molestarlo. Los cuatro niños mayores, que ya se asomaban a la adolescencia, [se dedicaban al aseo personal de José Arcadio]. En varias ocasiones se metieron en la alberca, para jabonarlo de pies a cabeza, mientras él flotaba bocarriba, pensando en Amaranta. Uno de los niños solía dormir en la casa. Una noche vieron en la alcoba donde dormía Úrsula un resplandor amarillo a través del cemento cristalizado. [Era el oro que tanto buscó Aureliano Segundo.] (394).

El hallazgo del tesoro fue como una deflagración. En vez de regresar a Roma con la intempestiva fortuna, José Arcadio convirtió la casa en un paraíso decadente. Una noche, él y los cuatro niños mayores salieron desnudos del dormitorio, vaciaron la alberca y la llenaron de champaña. [Los niños] se zambulleron en bandada, mientras José Arcadio [evocaba] a Amaranta, rumiando la amargura de sus placeres equívocos, hasta después de que los niños se cansaron y se fueron en tropel al dormitorio, donde arrancaron las cortinas de terciopelo, y cuartearon la luna del cristal de roca, y desbarataron el baldaquín de la cama. Cuando José Arcadio volvió del baño los encontró durmiendo apelotonados, desnudos, en una alcoba de naufragio. Enardecido por el asco y la lástima que sentía contra sí mismo en el desolado vacío de la saturnal, se armó con unas disciplinas de perrero eclesiástico que guardaba en el fondo del baúl, y expulsó a los niños de la casa, aullando como un loco, y azotándolos sin misericordia, como no lo hubiera hecho con una jauría de coyotes (395).

[Aureliano salió de la casa por segunda vez cuando José Arcadio le pidió que fuese a la botica por un remedio para el asma.] José Arcadio violó la promesa que había hecho a su madre, y lo dejó en libertad para salir cuando quisiera. [Sin embargo, Aureliano] siguió encerrado. José Arcadio le llevaba al cuarto rebanadas de jamón, flores azucaradas que dejaban en la boca un regusto primaveral, y en dos ocasiones un vaso de buen vino (396). Le llamó la atención la rara sabiduría y el inexplicable conocimiento del mundo que tenía aquel pariente desolado. [Lo extrañó] que Aureliano pudiera hablar de Roma como si hubiera vivido allí muchos años, [y que

incluso conociera] los precios de las cosas. Aureliano, por su parte, se sorprendió de que José Arcadio visto de cerca fuese tan distinto de la imagen que se había formado de él. Aquel acercamiento entre dos solitarios de la misma sangre estaba muy lejos de la amistad, pero les permitió a ambos sobrellevar mejor la insondable soledad que al mismo tiempo los separaba y los unía. Aureliano [pudo entonces] usar el baño de donde lo había desterrado José Arcadio desde su llegada (397).

[Una noche llegó a la casa] Aureliano Amador, el único sobreviviente de los diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía. Se identificó, suplicó que le dieran cobijo. Pero José Arcadio y Aureliano, creyendo que era un vagabundo, lo echaron a la calle a empellones. Ambos vieron entonces desde la puerta [como] dos agentes de la policía le hicieron dos tiros de máuser que le penetraron limpiamente por la cruz de ceniza. Una mañana de septiembre, José Arcadio estaba terminando su baño diario cuando irrumpieron los cuatro niños que había expulsado de la casa [y] sin darle tiempo de defenderse, le mantuvieron la cabeza hundida, hasta que cesó en la superficie la borboritación de la agonía. Después se llevaron los tres sacos de oro. Aureliano, encerrado en su cuarto, no se dio cuenta de nada (398/399).

#### [Cap. 19]

Amaranta Úrsula regresó con los primeros ángeles de diciembre, empujada por brisas de velero, llevando al esposo amarrado por el cuello con un cordel de seda. El hombre con quien se había casado seis meses antes era un flamenco maduro, esbelto, con aires de navegante. [Amaranta Úrsula, elegante y enojada, además de abundante ropa y sombreros, traía] una jaula gigantesca con medio centenar de canarios, y el velocípedo del marido. Ni siquiera se permitió un día de descanso al cabo del largo viaje (400). Se puso al frente de una cuadrilla de carpinteros, cerrajeros y albañiles [y emprendió una nueva reconstrucción de la casa] de modo que tres meses después de su llegada se respiraba otra vez el aire de juventud y de fiesta que hubo en los tiempos de la pianola. Nunca se vio en la casa a nadie con mejor humor a toda hora y en cualquier circunstancia. Era tan espontánea, tan emancipada, con un espíritu tan moderno y libre, que Aureliano no supo qué hacer con el cuerpo cuando la vio llegar. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ya ella estaba tratando de enseñarle los bailes de moda. Le regaló camisetas juveniles y zapatos de dos colores, y lo empujaba a la calle cuando pasaba mucho tiempo en el cuarto de Melquíades. [Amaranta Úrsula era] activa, menuda, indomable, como Úrsula, y casi tan bella y provocativa como Remedios, la bella (401). [Sin embargo, y a pesar de su buena disposición, fracasó en su intento de repoblar Macondo con los pájaros traídos de las islas Afortunadas, porque tan pronto los liberaba, emprendían el regreso a su lugar de origen (402).]

Un año después del retorno, aunque no hubiera conseguido entablar una amistad ni promover una fiesta, Amaranta Úrsula seguía creyendo que era posible rescatar aquella comunidad elegida por el infortunio. Gastón, su marido, se cuidaba de no contrariarla, aunque desde el mediodía mortal en que descendió del tren comprendió que la determinación de su mujer había sido provocada por un espejismo de la nostalgia. [Gastón] se dedicó a capturar y disecar cuanto insecto aborigen encontraba en los contornos, que remitía a su antiguo profesor de historia natural de la universidad de Lieja. Aunque era por lo menos quince años mayor que su mujer, sus gustos juveniles, su vigilante determinación de hacerla feliz, y sus virtudes de buen amante, compensaban la diferencia. [Nadie habría imaginado que] aquel cuarentón de hábitos cautelosos tenía con su joven esposa un pacto de amor desenfrenado (403), y que ambos cedían al apremio recíproco en los lugares menos

adecuados y donde los sorprendiera la inspiración, con una pasión que el transcurso del tiempo y las circunstancias cada vez más insólitas iban profundizando y enriqueciendo. [A Gastón lo fascinaba pilotar avionetas.] Gastón no sólo era un amante feroz, sino que era tal vez el primer hombre en la historia que hizo un aterrizaje de emergencia y estuvo a punto de matarse con su novia sólo por hacer el amor en un campo de violetas. Se habían conocido tres años antes de casarse. Empezaron a amarse a 500 metros de altura. Ella le hablaba de Macondo como del pueblo más luminoso y plácido del mundo. Había evocado con una tenacidad tan anhelante el pueblo idealizado por la nostalgia, que Gastón comprendió que ella no quisiera casarse si no la llevaba a vivir en Macondo. Él estuvo de acuerdo porque creyó que era un capricho temporal. Pero cuando transcurrieron dos años en Macondo y Amaranta Úrsula seguía tan contenta como el primer día, él comenzó a dar señales de alarma (404). [El secreto de Amaranta Úrsula] parecía consistir en que siempre encontraba el modo de estar ocupada, resolviendo problemas domésticos que ella misma creaba y haciendo mal ciertas cosas que corregía al día siguiente. Lo único que le faltaba para ser completamente feliz era el nacimiento de los hijos, pero respetaba el pacto que había hecho con su marido de no tenerlos antes de cumplir cinco años de casados (405). [Amaranta Úrsula había decidido tener dos hijos, Rodrigo y Gonzalo, y una hija, Virginia (404).]

Gastón solía pasar la mañana en el cuarto de Melquíades, con el esquivo Aureliano. Tanto a Gastón como a su esposa les habría gustado incorporarlo a la vida familiar, pero Aureliano era hombre hermético. [Entonces, Gastón] concibió la idea de establecer un servicio de correo aéreo (406). Mientras progresaban las gestiones, preparó un campo de aterrizaje en la antigua región encantada. Entusiasmado con [su] ocurrencia, se entrevistó con las autoridades y obtuvo licencias y suscribió contratos de exclusividad. Mientras tanto, mantenía con los socios de Bruselas una correspondencia parecida a la de Fernanda con los médicos invisibles, y acabó de convencerlos de que embarcaran el primer aeroplano al cuidado de un mecánico experto, que lo llevara volando a Macondo.

El regreso de Amaranta Úrsula determinó un cambio radical en la vida de Aureliano [que] se había vuelto un cliente asiduo de la librería del sabio catalán. Además [se despertó en él] una cierta curiosidad por el pueblo, que conoció sin asombro (407). Aquellas correrías lo llevaron al postrado barrio de tolerancia, donde las macilentas y gordas viudas de nadie, las bisabuelas francesas y las matriarcas babilónicas, continuaban esperando junto a las victrolas. [Allí conoció a Nigromanta] una negra grande, de huesos sólidos, caderas de yegua y tetas de melones vivos (408). Aunque algunas veces sintió la tentación, no se acostaba con ella. De modo que Aureliano seguía siendo virgen cuando Amaranta Úrsula regresó a Macondo y le dio un abrazo fraternal que lo dejó sin aliento. [Desde entonces, trató] de sofocar el tormento y eludió los halagos de aquella tía que emponzoñaba sus noches con efluvios de tribulación, pero cuanto más la evitaba, con más ansiedad esperaba su risa pedregosa, sus aullidos de gata feliz agonizando de amor a cualquier hora y en los lugares menos pensados de la casa (409).

[Una noche, enardecido por los gritos de amor de Amaranta Úrsula, Aureliano buscó a Nigromanta,] que se preparó para despacharlo como si fuera un niño asustado, y se encontró con un hombre cuyo poder tremendo exigió a sus entrañas un movimiento de reacomodación sísmica. Se hicieron amantes. Era la primera vez que Nigromanta tenía un hombre fijo, un machucante de planta, y hasta empezaba a hacerse ilusiones de corazón cuando Aureliano le confió su pasión reprimida por

Amaranta Úrsula, que le iba torciendo cada vez más las entrañas a medida que la experiencia ensanchaba el horizonte del amor (410).

[En la librería del catalán, Aureliano diserta ante cuatro jóvenes sobre la única manera de exterminar las cucarachas, pese a “sus mil seiscientos tres variedades” (411).] [Nota: En realidad, el número de especies se cifra en 4.500.] Los cuatro discutidores [fueron] los primeros y últimos amigos que tuvo en la vida. Para un hombre encastillado en la realidad escrita, aquellas sesiones tormentosas que empezaban en la librería a las seis de la tarde y terminaban en los burdeles al amanecer, fueron una revelación. La tarde en que Aureliano sentó cátedra sobre las cucarachas, la discusión terminó en la casa de las muchachitas que se acostaban por hambre, un burdel de mentiras en los arrabales de Macondo (412). Aureliano, cuyo mundo de entonces empezaba en los pergaminos de Melquíades y terminaba en la cama de Nigromanta, encontró en el burdelito imaginario una cura de burro para la timidez. Una noche más desquiciada que las otras se desnudó en la salita de recibo y recorrió la casa llevando en equilibrio una botella de cerveza sobre su masculinidad inconcebible. [Otra noche, otro de los jóvenes] trató de incendiar la casa para demostrar que no existía (413). [Gabriel, uno de los jóvenes, era bisnieto de Gerineldo Márquez.] De modo que Aureliano y Gabriel estaban vinculados por una especie de complicidad, fundada en hechos reales en los que nadie creía [como la epopeya del coronel Aureliano Buendía, la existencia de una compañía bananera, la matanza de la estación.] (414).

[Con Gastón enfrascado en su proyecto,] Amaranta Úrsula se encontraba tan sola que una mañana apareció en el cuarto [de Melquíades]. Tratando de sobreponerse a la turbación, [Aureliano] atrapó la voz que se le fugaba, la vida que se le iba, la memoria que se le convertía en un pólipo petrificado, y le habló del destino levítico del sánscrito (415). De pronto, sin interrumpir la plática, Aureliano puso su mano sobre la de ella, creyendo que aquella decisión final ponía término a la zozobra. Sin embargo, ella le agarró el índice con la inocencia cariñosa con que lo hizo muchas veces en la infancia, y lo tuvo agarrado mientras él seguía contestando a sus preguntas. Permanecieron así hasta que ella despertó de su sueño momentáneo y se [fue a combatir las hormigas]. Ilusionado, Aureliano se quedaba entonces a comer en familia. En las conversaciones de sobremesa, [Gastón] se dolía de que sus socios lo estuvieran engañando (416). [A Amaranta Úrsula] no se le había ocurrido pensar que suscitaba en Aureliano algo más que un afecto fraternal, hasta que se pinchó un dedo, y él se precipitó a chuparle la sangre con una avidez y una devoción que le erizaron la piel (417). Entonces Aureliano se desbordó. Dándole besitos huérfanos en el cuenco de la mano herida, abrió los pasadizos más recónditos de su corazón, y se sacó una tripa interminable y macerada, el terrible animal parasitario que había incubado en el martirio. Le contó cómo se levantaba a medianoche para llorar de desamparo y de rabia en la ropa íntima que ella dejaba secando en el baño. Espantada con la pasión de aquel desahogo, Amaranta Úrsula [dijo, como si estuviera escupiendo:] -¡Bruto! Me voy a Bélgica en el primer barco que salga (418).

[Uno de los amigos discutidores había descubierto un burdel zoológico, regentado por Pilar Ternera, que años antes había cumplido los ciento cuarenta y cinco.] Desde aquella noche, Aureliano se había refugiado en la ternura y la comprensión compasiva de la tatarabuela ignorada (419). Aquel burdel verdadero, con aquella dueña maternal, era el mundo con que Aureliano había soñado en su prolongado cautiverio. Se sentía tan bien, que no pensó en otro refugio la tarde en que Amaranta Úrsula le desmigajó las ilusiones. Pilar Ternera emitió una risa profunda.



No había ningún misterio en el corazón de un Buendía, que fuera impenetrable para ella, porque un siglo de naipes y de experiencia le había enseñado que la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria, que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje. –No te preocupes. En cualquier lugar en que esté ahora, ella te está esperando (420). [Aureliano volvió a la casa, acechó la salida del baño de Amaranta, la siguió] y entró al dormitorio nupcial en el momento en que ella se abrió la bata y se la volvió a cerrar espantada. Hizo una señal silenciosa hacia el cuarto contiguo, cuya puerta estaba entreabierta, y donde Aureliano sabía que Gastón empezaba a escribir una carta. –Vete –dijo sin voz. Aureliano sonrió, la levantó por la cintura con las dos manos y la tiró bocarriba en la cama. De un tirón brutal, la despojó de la túnica de baño y se asomó al abismo de una desnudez recién lavada. Amaranta Úrsula se defendía sinceramente, con astucias de hembra sabia comadrejaando el escurridizo y flexible y fragante cuerpo de comadreja, mientras trataba de destroncarle los riñones en las rodillas y le alacraneaba la cara con las uñas, pero sin que él ni ella emitieran un suspiro que no pudiera confundirse con la respiración de alguien que contemplara el parsimonioso crepúsculo de abril por la ventana abierta. Era una lucha feroz, una batalla a muerte, que sin embargo parecía desprovista de toda violencia, porque estaba hecha de agresiones distorsionadas y evasivas espectrales. Amaranta Úrsula comprendió que la meticulosidad de su silencio era tan irracional, que habría podido despertar las sospechas del marido contiguo. Entonces empezó a reír con los labios apretados, sin renunciar a la lucha, pero defendiéndose con mordiscos falsos y descomadrejaando el cuerpo poco a poco, hasta que ambos tuvieron conciencia de ser al mismo tiempo adversarios y cómplices y las agresiones se volvieron caricias (421/422).

#### [Cap. 20]

Pilar Ternera murió en el mecedor de bejuco. De acuerdo con su última voluntad, la enterraron sin ataúd, sentada en el mecedor que ocho hombres bajaron con cabuyas en un hueco enorme, excavado en el centro de la pista de baile. Las mulatas vestidas de negro improvisaban oficios de tinieblas mientras se quitaban los aretes, los prendedores y las sortijas, y los iban echando en la fosa. Después de envenenar a los animales, clausuraron puertas y ventanas con ladrillos y argamasa, y se dispersaron por el mundo. Era el final. En la tumba de Pilar Ternera se pudrían los escombros del pasado, los pocos que quedaban después de que el sabio catalán remató la librería y regresó a la aldea mediterránea donde había nacido. [Acerca del librero y de su regreso a Barcelona.] (423/425). Tres meses después recibieron en un sobre grande veintinueve cartas y más de cincuenta retratos, que se le habían acumulado en los ocios de alta mar. En las primeras contaba con su humor habitual las peripecias de la travesía (425). Con el transcurso de los días, sin embargo, la memoria se le iba volviendo triste. Aquel proceso de nostalgización progresiva era también evidente en los retratos. En los primeros parecía feliz. En los últimos se le veía pálido de sí mismo y taciturnado por la ausencia. Germán y Aureliano le contestaban las cartas (426). [Siguiendo las recomendaciones del librero, los amigos fueron abandonando Macondo (427).]

En aquel Macondo olvidado hasta por los pájaros, donde el polvo y el calor se habían hecho tan tenaces que costaba trabajo respirar, reclusos por la soledad y el amor y por la soledad del amor en una casa donde era casi imposible dormir por el estruendo de las hormigas coloradas, Aureliano y Amaranta Úrsula eran los únicos seres felices, y los más felices sobre la tierra (428). Desde la tarde del primer amor,

habían seguido aprovechando los escasos descuidos del esposo, amándose con ardores amordazados en encuentros azarosos y casi siempre interrumpidos por regresos imprevistos. Pero cuando [Gastón regresó a Bruselas] sucumbieron en el delirio de los amores atrasados. Perdieron el sentido de la realidad, la noción del tiempo, el ritmo de los hábitos cotidianos. Volvieron a cerrar puertas y ventanas para no demorarse en trámites de desnudamientos, y se revolcaban en cueros en los barrizales del patio, y una tarde estuvieron a punto de ahogarse cuando se amaban en la alberca. En poco tiempo destrozaron los muebles de la sala y destriparon los colchones y los vaciaron en los pisos para sofocarse en tempestades de algodón (429). Se entregaron a la idolatría de sus cuerpos. Mientras él amasaba con claras de huevo los senos eréctiles de Amaranta Úrsula, ella jugaba a las muñecas con la portentosa criatura de Aureliano, y le pintaba ojos de payaso con carmín de labios y bigotes de turco con carboncillo de las cejas (430).

Aureliano no tenía más contacto con el mundo que las cartas del sabio catalán, y las noticias que recibía de Gabriel [uno de los cuatro amigos que se había ido a París gracias a un concurso (428)]. Aureliano podía imaginarlo entonces con un suéter de cuello alto, en el cuarto oloroso a espuma de coliflores hervidas donde había de morir Rocamadour. De pronto, como un estampido en aquel mundo de inconsciencia feliz, llegó la noticia del regreso de Gastón. Aureliano y Amaranta Úrsula preferían la muerte a la separación. Entonces ella le escribió una carta al marido en la que le reiteraba su amor y sus ansias de volver a verlo, al mismo tiempo que admitía como un designio fatal la imposibilidad de vivir sin Aureliano. Al contrario de lo que ambos esperaban, Gastón les mandó una respuesta tranquila, casi paternal, con votos inequívocos por que fueran tan felices como él lo fue en su breve experiencia conyugal (431). Amaranta Úrsula se sintió humillada con la idea de haber proporcionado al marido el propósito que él deseaba para abandonarla a su suerte. El rencor se le agravó seis meses después, cuando Gastón volvió a escribirle sólo para pedir que le mandaran el velocípedo. Aureliano sobrellevó con paciencia el despecho de Amaranta Úrsula, y las urgencias cotidianas que los asediaban cuando se les acabaron los últimos dineros de Gastón crearon entre ellos un vínculo de solidaridad que no era tan deslumbrante y capitoso como la pasión, pero les sirvió para amarse tanto y ser tan felices como en los tiempos alborotados de la salacidad.

Cuando murió Pilar Ternera estaban esperando un hijo. Aureliano tuvo conciencia por primera vez de que su don de lenguas, su sabiduría enciclopédica, su rara facultad de recordar sin conocerlos los pormenores de hechos y lugares remotos, eran tan inútiles como el cofre de pedrería legítima de su mujer, que entonces debía valer tanto como todo el dinero de que hubieran podido disponer, juntos, los últimos habitantes de Macondo. Sobrevivían de milagro (432).

La incertidumbre del futuro les hizo volver el corazón hacia el pasado. [Ninguno de ellos sabía quien pudiera ser la madre de Aureliano. Amaranta creía que era hijo de Petra Cotes. Aureliano se atormentaba con la posibilidad de que fuese hermano de su mujer, y se ilusionaba] con la posibilidad de ser uno de los diecisiete Aurelianos (433). [Finalmente] Aureliano y Amaranta Úrsula aceptaron la versión de la canastilla, no porque la creyeran, sino porque los ponía a salvo de sus terrores. A medida que avanzaba el embarazo se iban convirtiendo en un ser único. Se habían reducido a un espacio esencial, desde el dormitorio de Fernanda hasta el principio del corredor. El resto de la casa se rindió al asedio tenaz de la destrucción (434). El cabello largo y descuidado, los moretones que le amanecían en la cara, la hinchazón de las piernas, la deformación del antiguo y amoroso cuerpo de comadreja, le habían cambiado a Amaranta Úrsula la apariencia juvenil de cuando llegó a la casa,

pero no le alteraron la vivacidad del espíritu. «Mierda», solía reír, «¡Quién hubiera pensado que de veras íbamos a terminar viviendo como antropófagos!» Los amantes solitarios pasaron los últimos meses tomados de la mano, terminando con amores de lealtad el hijo empezado con desafueros de fornicación (435). Muchas veces fueron despertados por el tráfago de los muertos [Úrsula, José Arcadio Buendía, Fernanda, Aureliano Buendía, Aureliano Segundo, todos afanados con las mismas rutinas que cuando estaban vivos] y entonces aprendieron que las obsesiones dominantes prevalecen contra la muerte, y volvieron a ser felices con la certidumbre de que ellos seguirían amándose con sus naturalezas de aparecidos.

[Cuando nació el niño] Amaranta Úrsula vio que era un Buendía de los grandes, macizo y voluntarioso como los José Arcadios, con los ojos abiertos y clarividentes de los Aurelianos, y predispuesto para empezar la estirpe otra vez por el principio y purificarla de sus vicios perniciosos y su vocación solitaria, porque era el único en un siglo que había sido engendrado con amor. [Amaranta lo quiso llamar Rodrigo.] «No –la contradijo su marido-. Se llamará Aureliano y ganará treinta y dos guerras.» Sólo cuando lo voltearon boca abajo se dieron cuenta de que tenía algo más que el resto de los hombres. Era una cola de cerdo. [Poco después, Amaranta Úrsula empezó a desangrarse] en un manantial incontenible (436/7). [Desesperado Aureliano recorrió los lugares de su pasado, la botica, la librería, el salón de Pilar Ternera, hasta acabar en una cantina, donde bebió y lloró con el cantinero.] Nigromanta lo rescató de un charco de vómito y de lágrimas. Creyendo que eso lo consolaba, evocó voluntariamente sus tristezas más solitarias para no dejarlo solo en el llanto (438).

Al amanecer, Aureliano abrió los ojos y se acordó del niño. No lo encontró en la canastilla. La idea de que la comadrona había vuelto por el niño en el curso de la noche le proporcionó una pausa de sosiego para pensar. Y entonces vio al niño. Era un pellejo hinchado y reseco, que todas las hormigas del mundo iban arrastrando trabajosamente hacia sus madrigueras por el sendero de piedras del jardín. Aureliano no pudo moverse, porque en aquel instante prodigioso se le revelaron las claves definitivas de Melquíades, y vio el epígrafe de los pergaminos perfectamente ordenado en el tiempo y el espacio de los hombres: *El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas* (439). [Aureliano volvió al cuarto de Melquíades para enfrentarse a los pergaminos, y] sin la menor dificultad, como si hubieran estado escritos en castellano, empezó a descifrarlos en voz alta. Era la historia de la familia, escrita por Melquíades hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación. La protección final radicaba en que Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante (440).

Impaciente por conocer su propio origen, Aureliano persiguió los caminos ocultos de su descendencia, y encontró el instante de su propia concepción entre los alacranes y las mariposas amarillas de un baño crepuscular, donde un menestral saciaba su lujuria con una mujer que se le entregaba por rebeldía. Estaba tan absorto, que no sintió la arremetida del viento, cuya potencia ciclónica arrancó de los quicios las puertas y las ventanas, descuajó el techo de la galería oriental y desarraigó los cimientos. Macondo era ya un pavoroso remolino de polvo y escombros centrifugado por la cólera del huracán bíblico, cuando Aureliano saltó once páginas y empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo. Entonces dio otro salto para averiguar la fecha y las circunstancias de su muerte. Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues todo lo escrito en [los

pergaminos] era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra (441/442).